

**LOS
QUE TIENEN HAMBRE
HEREDAN**

**Ganar las riquezas
del mundo venidero**

Zane C. Hodges

*Los que tienen hambre heredan:
Ganar las riquezas del mundo venidero*

Copyright © 2026 by
Zane Hodges Library

Traducción al español basada en Zane C. Hodges,
*The Hungry Inherit:
Winning the Wealth of the World to Come*
3rd ed. (Dallas, TX: Redención Viva 1997)

Traducción y edición en español: Óscar Pellús Ruiz

www.ZaneHodges.org

Hodges, Zane C. (1932–2008)

Salvo indicación contraria, todos los pasajes de las Escrituras son traducciones al español de las paráfrasis inglesas que el autor hizo de la versión King James de la Biblia, o traducciones al español de las versiones inglesas que el propio autor hizo del texto griego del Nuevo Testamento.

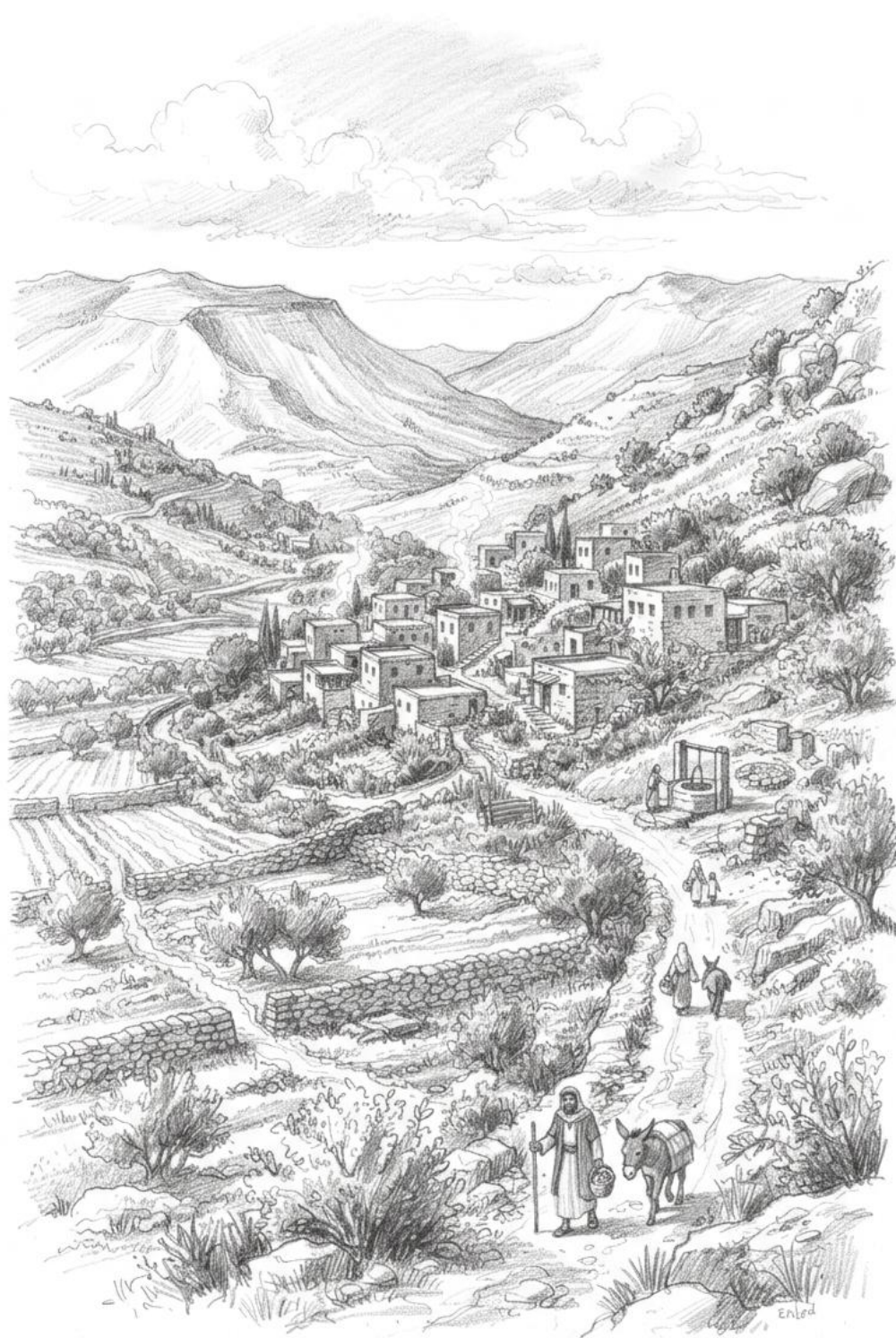
Todos los derechos reservados.

Índice

Introducción	2
1. Descubriendo el don de Dios	4
2. El verdadero alimento espiritual.....	11
3. Somos hechura de Dios	17
4. La palabra que da vida.....	22
5. Nacido de lo alto	29
6. La semilla de la Palabra	37
7. Discipulado: salvar la vida que perdemos	45
8. La fe que vive	55
9. Las riquezas del mundo venidero	66
10. Para el que tiene sed.....	74

*Este volumen está cordialmente dedicado
a Harold Poole, con la oración de que halle
un lugar rico en el reino de Dios.*

Introducción



Introducción

Venid con nosotros a Palestina, una tierra diminuta, apenas un poco mayor que el estado de Vermont, y acompañadnos hasta un antiguo pozo cerca de la pequeña aldea de Sicar. Allí está a punto de tener lugar una conversación importante, que ha cambiado radicalmente la vida de incontables miles de personas a lo largo de los siglos.

De hecho, Palestina es el mayor escenario del mundo. Pues en ese escenario se ha representado el drama más significativo de la historia. Y aunque ocurrió hace mucho tiempo, su relevancia para el hombre de nuestros días iguala —e incluso supera— la de los titulares de los periódicos de mañana. No hay un solo hombre vivo que pueda eludir las preguntas cruciales que ese drama —aquí y ahora— le plantea.

No queremos limitarnos a hablaros de ese drama. Queremos que forméis parte de él. Queremos que conozcáis a sus actores y que oigáis sus voces. Sobre todo, queremos que penséis sus pensamientos y sintáis sus sentimientos. Tal vez solo de este modo las trascendentales cuestiones que están en juego puedan revestirse de carne y sangre. Porque las personas de esta historia son de carne y sangre. Vivieron y respiraron, y hablaron y comieron, y sintieron y creyeron. Son personas reales en un mundo real, enfrentadas a preguntas reales que nosotros también debemos afrontar hoy.

Por supuesto, no encontraréis *todas* las escenas de este drama recogidas en las páginas de este libro. Para eso, debéis consultar la Biblia misma. Pero si miráis con atención, encontraréis aquí dos grandes temas que recorren todo el drama como hilos entrelazados y dan color y carácter incluso a aquellas partes que no se describen en estas páginas. Sería imposible exagerar la importancia de estos temas afines. Ocupan un lugar central en la búsqueda del hombre por comprender el sentido de su vida.

Necesitaréis un poco de imaginación al leer este libro. Porque los cuadros que aquí se pintan no son solamente los de una tierra y una cultura antiguas, sino, sobre todo, los de los corazones y las mentes de hombres que se enfrentaron a realidades sobrecogedoras. Nadie puede pintar tales cuadros a la perfección, y nosotros hemos procurado hacerlo lo mejor posible. Sin embargo, aunque haya detalles del retrato que otro podría trazar con pinceladas algo diferentes, las verdades gemelas que el retrato pretende poner de relieve son firmes y ciertas. Y hacia ellas queremos dirigir, ante todo, la atención del lector.

¿Cuáles son estas verdades? Responder aquí a esa pregunta sería adelantarnos en nuestro relato. Debemos avanzar paso a paso. Así que, por ahora, vayamos a Sicar.



Capítulo 1

Descubriendo el don de Dios

Juan 4:1–29

Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva (Juan 4:10).

El sol declinante de Palestina descargaba aún su calor sobre un viajero cansado y cubierto de polvo, que, rendido, estaba sentado sobre la gran piedra que cubría la boca de un pozo de Oriente Medio. Al fondo se alzaba la ladera del monte Gerizim, rica en las antiguas tradiciones del pueblo samaritano, en cuyo territorio se hallaba ahora el viajero. En primer plano se elevaba la cumbre, aún más alta, del monte Ebal, a cuyo pie se asentaba la pequeña aldea samaritana de Sicar. El pozo sobre el que estaba sentado el viajero se encontraba poco más allá de la entrada del estrecho valle que corría entre las crestas de Gerizim y Ebal, un valle que se abría a su derecha hacia una vasta llanura cubierta de campos de cereal que maduraban con rapidez.

Aunque el viajero estaba agotado por el largo viaje desde Judea, al sur, sus atentos ojos recorrían el paisaje hacia el norte, como si buscaran a alguien o algo que Él aguardaba. Poco después, su mirada vigilante se vio recompensada al distinguir la figura solitaria de una mujer que, con el cántaro firmemente asentado sobre la cabeza, venía en dirección al pozo. La siguió con la mirada mientras se acercaba, y una expresión compasiva cruzó fugazmente su rostro surcado de sudor. Por fin llegó ante Él. Para sorpresa de la mujer, Él le dirigió la palabra.

—Dame de beber —dijo Jesús. (Juan 4:7)

—¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana? —respondió la mujer. (Juan 4:9)

Su pregunta no era ociosa, pues conocía bien el profundo desprecio que el judío común sentía por las mujeres de Samaria. Y tanto los rasgos del hombre que tenía delante como su acento galileo lo señalaban claramente como judío. ¿Por qué, entonces, aquella petición? Un judío escrupuloso ni siquiera pensaría en beber de la misma vasija que una samaritana.

Pero la cuestión social que ella había planteado no revestía importancia en aquella ocasión. Era solo una consideración externa; al hombre que tenía delante le preocupaban asuntos mucho más hondos y de mayor alcance. Ni siquiera se detuvo a contestar su pregunta.

—Si tan solo —continuó Él— hubieras conocido el don de Dios y quién era el que te decía: ‘Dame de beber’, tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva. (Juan 4:10)

La mujer no estaba tan segura de que fuera así. ¿Qué podría inducirla a pedirle a Él que le diera de beber? Al fin y al cabo, ella tenía su propio cántaro y acudía a diario a aquel pozo. No había necesitado ayuda antes y sentía que tampoco la necesitaba ahora. Además, en aquel momento parecía bastante irrelevante hablar de algún don de Dios. Fuera lo que fuese, aquello no tenía nada que ver con llenar su cántaro.

Por supuesto, la mujer no lo entendió. En el idioma que hablaban, la expresión “agua viva” significaba agua *que fluye*, como la que surtía el profundo pozo sobre el que Jesús estaba sentado.

—Señor —respondió ella, perpleja—, no tienes cubo y el pozo es hondo. ¿De dónde sacas, entonces, esa agua que fluye? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del que bebieron él mismo, su familia y su ganado? (Juan 4:11–12)

Había ahora una nota de sarcasmo en su voz. Cavar en el árido Oriente un pozo con un caudal a la vez abundante y duradero no era, desde luego, poca hazaña. El pozo de Jacob cumplía ambas condiciones: su caudal había bastado para su numerosa familia y sus muchos rebaños y manadas; más aún, sus aguas habían seguido fluyendo a través de los siglos hasta aquel mismo día. Y por eso la mujer estaba allí.

—Él *nos* dio este pozo —había dicho—. ¿Eres tú tan grande como para hacerlo mejor?

Lo era. Pero aquel no era el momento de decírselo. Es cierto que pronto tendría que comunicarle una verdad fundamental acerca de su identidad divina, y la revelación de esa identidad haría que comparar a Jacob con Él resultara tan inútil como comparar una vela con el sol. Pero antes ella debía conocer el don de Dios. Este pozo era el don de Jacob. El don de Dios, sin embargo, pertenecía a un orden enteramente distinto; y era preciso dejarlo claro de inmediato.

—Todo el que bebe de esta agua volverá a tener sed —respondió el Salvador, dejando por completo de lado a Jacob—. Pero ¡quien beba del agua que yo le daré nunca tendrá sed! De hecho, ¡el agua que yo le daré se convertirá en su interior en un manantial de agua que brota con ímpetu para vida eterna! (Juan 4:13–14)

¡La oferta era sobrecogedora! Ni el agua de este pozo ni la de ningún otro pozo terrenal podían producir semejante resultado. De hecho, toda bebida —de cualquier clase— que el mundo ofreciera a un hombre sediento no podía tener sino un efecto fugaz y transitorio. Y si eso era cierto de todas las aguas empleadas para calmar temporalmente la sed física del hombre, lo era de manera mucho más dolorosa en el caso de las fuentes mundanas donde los hombres procuraban apagar la sed de su corazón.

Amor, éxito, riqueza, fama: no eran sino algunas de las incontables fuentes ante las cuales los hombres se habían inclinado a beber, solo para incorporarse y descubrir que no ofrecían ninguna satisfacción interior duradera, ninguna plenitud personal permanente. “Todo el que bebe de esta agua volverá a tener sed” era una afirmación que abarcaba los innumerables medios por los que los hombres habían buscado su satisfacción definitiva.

¡Pero su agua era diferente! ¡Podía realizar un milagro! El que la bebía quedaba a salvo de la sed, no solo por un tiempo, sino por toda la eternidad. “¡Quien beba de esta agua *nunca* tendrá sed!” (Juan 4:14). La necesidad que su agua estaba destinada a satisfacer y para la cual los hombres debían hacerla suya era una necesidad que jamás podría volver a presentarse. Así, por su capacidad infinita para saciar, superaba en valor a cualquier bebida terrenal tanto como un lingote de oro puro supera a un grano de arena.

Pero ¿cómo podía hacer esto? La respuesta era a la vez sencilla y misteriosa. Esta agua, cuando alguien la hacía suya, *se convertía* en algo dentro de él. “El agua que yo le daré *se convertirá* en él en un manantial de agua que brota con ímpetu para vida eterna” (Juan 4:14). Tan vital, tan transformador era aquel sorbo que en lo más íntimo del hombre que lo bebía se creaba una fuente inagotable de vida. Las aguas de aquel

manantial interior y oculto no podían agotarse; nada podía detenerlas; brotaban con tal fuerza que parecían saltar, dando lugar a la experiencia incomparable de la vida eterna. No cabía, por tanto, pensar que hiciera falta más de un solo sorbo. Por profundo que fuera el pozo de Jacob y aunque sus aguas hubieran corrido sin interrupción durante muchos siglos, quien bebía de aquella agua tenía que volver una y otra vez. Pues el manantial de Jacob estaba en la tierra, fuera de quien acudía a él. Pero el manantial del Salvador estaba dentro del corazón y saciaba sin cesar a quien había bebido una sola vez.

“¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo?” (Juan 4:12). *Tenía* que serlo. El hombre podía cavar pozos en la tierra. ¡Solo Dios podía cavar uno en el corazón humano!

Pero, una vez más, la mujer no captó el sentido.

—Señor —respondió—, dame de esta agua, para que no vuelva a tener sed ni tenga que seguir viniendo aquí a sacarla. (Juan 4:15)

Era tanto un desafío como una petición. Sería bastante fácil poner a prueba aquella oferta extraordinaria. ¡Que Él le diera de beber! No tardaría mucho en descubrir si su agua tenía el efecto duradero que Él le atribuía. Y, después de todo, ¡no *estaría* nada mal eliminar aquel pozo de su recorrido diario! ¡La vida sería, al menos, un poco más sencilla!

Pero Jesús no le había ofrecido eso. Su venida no tenía por objeto eliminar las necesidades físicas y temporales, ni era esa la meta de aquel encuentro. Él nunca había dicho que ella no tendría que volver allí a sacar agua. Su oferta respondía a su necesidad espiritual y eterna. Y hasta que ella pudiera pensar en los mismos términos que Él, no podría formular debidamente su petición. Era evidente que la conversación necesitaba un nuevo enfoque.

—Ve a llamar a tu marido y vuelve —dijo Jesús. (Juan 4:16)

Se hizo un silencio incómodo.

—No tengo marido —soltó ella.

—Tienes razón al decir que no tienes marido —prosiguió Jesús con calma—. Lo cierto es que has tenido cinco, pero el hombre con quien vives ahora no es tu marido. En esto, al menos, has dicho la verdad. (Juan 4:17–18)

Aquello fue del todo inesperado. Y nada grato. ¿Cómo sabía Él todo eso? Ella no lo había visto jamás en su vida. Estaba intrigada, pero también incómoda. ¿Cómo podría reconducir la conversación por un camino menos doloroso para ella? Entonces se le ocurrió algo.

—Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte —dijo, indicando con la cabeza el monte Gerizim, detrás de Él—. Pero vosotros decís que Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. (Juan 4:19–20)

Lo hizo con habilidad. Si Él no fuera más que un judío corriente, se limitaría a darle la respuesta habitual de los judíos, quizá incluso una diatriba religiosa, pues ella sabía lo explosivo que era el tema. Sin embargo, ya no podía evitar la impresión de que su respuesta a aquella pregunta podría resultar tan sorprendente como lo que había dicho acerca de su vida. Este no era un hombre común. ¿No podría acaso poseer una sabiduría insospechada precisamente sobre la cuestión que ella había planteado?

Su expectativa no quedó defraudada. Había introducido el tema de la adoración, y la respuesta del Salvador fue una de las declaraciones más cargadas de significado sobre este asunto que jamás habían salido de labios humanos. De hecho, una vez pronunciada,

ningún hombre podría en adelante reflexionar inteligentemente sobre el tema sin volver a considerar aquellas palabras inestimables. Como declaración sobre la adoración, aquellas palabras eran atemporales y absolutamente definitivas.

—Mujer —dijo Jesús—, ¡créeme! Viene la hora en que ni en este monte —también Él hizo un gesto con la cabeza hacia Gerizim— ni en Jerusalén *vosotros* adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis. Nosotros sabemos lo que adoramos. Al fin y al cabo, la salvación viene de los judíos. (Juan 4:21–22)

La mujer no pudo evitar pensar: *¡Eso sí que era un enfoque nuevo! ¡Un judío dispuesto a descartar Jerusalén junto con Gerizim! ¡Eso sí que era novedoso! Sin embargo, insistía en el origen judío de la salvación, y eso no era novedoso. Con todo, ella estaba intrigada.*

Jesús prosiguió:

—Pero viene la hora —sí, ya ha llegado— en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. De hecho, el Padre busca precisamente a personas así para que lo adoren. (Juan 4:23)

Así que de eso se trataba, pensó ella. Aquel hombre le estaba diciendo que Dios no se daba por satisfecho ni con la adoración de Gerizim ni con la de Jerusalén. Buscaba verdaderos adoradores, no personas cuyas oraciones piadosas y fórmulas religiosas encubrían hipócritamente el orgullo y la codicia de sus corazones. En Gerizim había demasiado de aquello, bien lo sabía ella, y en Jerusalén debía de haber aún mucho más. Al menos, estaba muy dispuesta a creerlo.

—Dios es espíritu —continuó el Salvador—, y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad. (Juan 4:24)

Él hizo una pausa, y ella también guardó silencio. Parecía que un nuevo panorama de la verdad se había abierto ante sus ojos, aunque por ahora solo alcanzaba a distinguir vagamente una parte de aquel terreno. Con todo, sus palabras tenían la resonancia de una verdad evidente por sí misma. Dios, ella lo sabía, era en verdad un ser espiritual. ¿Cómo, entonces, podía una montaña física —como Gerizim— o un edificio suntuosamente adornado —como el templo de Jerusalén— tener alguna importancia real o perdurable para un ser así? ¿No era el corazón del hombre lo que Dios escudriñaba? ¿No era la verdad lo que Él buscaba en lo íntimo del hombre? ¿No buscaba el Creador comunión con el espíritu humano, que Él mismo había hecho? ¿Y no estaba claro, entonces, que si había de ser adorado, *debía* ser adorado “en espíritu y en verdad”?

Sí, estaba claro. Pero también estaba clara otra cosa. Aquel hombre que parecía un profeta, que conocía tan bien —*demasiado bien*— la desdichada sucesión de relaciones que ella había mantenido con cinco hombres, para acabar ahora viviendo en adulterio con un sexto, hablaba de la adoración como si tuviera que ver con ella y con sus compatriotas samaritanos.

“Viene la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén *vosotros* adoraréis al Padre”, había dicho Él (Juan 4:21). En realidad, había afirmado que aquella hora ya había llegado. ¿No podría ser, después de todo, que Él mismo fuera un enviado del Dios Padre del que hablaba, cuya misión era buscarle adoradores? ¿Y no podría ser también —la idea la dejó atónita!— que *ella* fuera una de aquellas personas a las que Él buscaba?

Pero ¿cómo podría ella acercarse jamás al Espíritu infinito y eterno que deseaba su adoración? Su propio espíritu, al parecer, estaba irrevocablemente manchado por la bajeza de su vida, irremediabilmente reseco por el vacío de una existencia sembrada de

los escombros de un matrimonio tras otro. No encontraba nada en su corazón ni en su vida que pudiera servir como punto de contacto con el Dios vivo.

Entonces lo recordó. ¡*El agua!* Agua “que fluye”, había pensado ella al principio; pero la palabra que Él había usado también significaba “viva”. ¡Agua *viva!* Agua que brotaba con ímpetu para vida eterna. Vida que producía vida a lo largo de todos los siglos; un solo sorbo, por tanto, que satisfacía de una vez y para siempre su necesidad de esa vida; que la ponía en contacto vivo con Dios; que lavaba su corazón de toda esterilidad; que le concedía la capacidad de *adorar*. Todos aquellos pensamientos se agolparon de pronto en su mente. No lograba ordenarlos del todo. Pero ahora *tenía* que hacerle una pregunta.

“La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22), había dicho Él. Y Él era judío. También le había ofrecido vida —vida eterna— con solo pedírsela. ¿Podría ser Él...? ¿Sería Él...?

—Sé —respondió la mujer— que viene el Mesías, el que es llamado Cristo. Cuando Él venga, nos anunciará todas las cosas. (Juan 4:25)

Ella vaciló en formular la pregunta directamente, pero *era* una pregunta.

Después de todo, ¿no acababa Él de decirle cosas que cabría esperar que dijera el Mesías? Conocía su vida... hablaba de manera sublime sobre la adoración... incluso hablaba de la vida eterna como de un don que se recibía igual que se toma un sorbo de agua.

¡Sí, sin duda! Sus palabras contenían una pregunta inconfundible: “¿Eres *tú* el Cristo?” ¿Podía aquel hombre, que le había ofrecido vida divina, ser realmente el Mesías largamente esperado? Ella ansiaba escuchar su respuesta.

La mujer había cumplido ya lo que Jesús había dicho acerca de pedir: “*Tú le habrías pedido...*”. Ahora le correspondía a Él cumplir las palabras siguientes: “y *Él te habría dado agua viva*” (Juan 4:10). Pero para hacerlo debía compartir con ella la verdad vivificadora acerca de su propia identidad. Y así lo hace de inmediato.

Con profunda sencillez, Él dice:

—*¡Yo, el que habla contigo, soy Él!* (Juan 4:26)

El autor del relato que estamos siguiendo era el apóstol Juan. El libro en el que incluyó este relato tenía este sencillo propósito: “*Pero estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre*” (Juan 20:31).

Ahora la mujer conocía las dos cosas que Jesús había dicho que ella necesitaba conocer. Primero, por fin conocía “*el don de Dios*”. No era, como había pensado al principio, un simple sorbo de agua física. No, era nada menos que la vida eterna, el maravilloso don de Dios para las almas sedientas. Pero ahora también sabía “*quién era el que le decía: ‘Dame de beber’*” (Juan 4:10). Como Él acababa de declarar, era *el Mesías: el Cristo*.

Como mostraría más tarde su testimonio (Juan 4:28–29), ella creyó lo que Él dijo. Y en el instante en que lo hizo, recibió el don de la vida eterna. La verdad acerca de su persona llevaba consigo aquella agua, y todo el que creyera esa verdad poseía “*vida en su nombre*”. Como el apóstol Juan escribiría más adelante: “*Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios*” (1 Juan 5:1). La mujer ya creía esa verdad. ¡Así que ahora tenía el agua viva de Dios!

Pero la experiencia de recibirla arrojó nueva luz sobre las palabras que Jesús le había dicho antes. Podríamos parafrasear sus palabras de este modo: “*Si conocieras el don de*

Dios y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’, ya le habrías pedido a Él, y Él ya te habría dado agua viva” (Juan 4:10).

Jesús había querido decir que, una vez que esta mujer supiera lo que Dios quería darle y supiera quién era Él mismo, ya tendría el don del agua viva. Así que ella había preguntado quién era Él —aunque de manera indirecta—, y Él le había dado la respuesta que necesitaba cuando dijo: “*Yo soy Él*” (Juan 4:26). ¡Y aquella verdad salvadora había abierto en su corazón un manantial de agua que brotaría para siempre, rebosante de vida eterna!

De modo que, para cuando supo quién era Él, la transacción ya había concluido. Al creer que Él era el Cristo, poseía vida eterna.

Cuando se volvió para regresar a su aldea, dejó atrás un cántaro vacío. Pero llevaba consigo un corazón lleno de agua viva.



Capítulo 2

El verdadero alimento espiritual

Juan 4:27–39

Entre tanto, sus discípulos le rogaban, diciendo: Maestro, come. Pero Él les dijo: Yo tengo una comida que comer que vosotros no conocéis (Juan 4:31–32).

El cántaro estaba allí, completamente vacío y del todo olvidado. La mujer que lo había llevado hasta aquel lugar ya se había marchado, anunciando con entusiasmo su asombroso descubrimiento a los incrédulos aldeanos de Sicar. Muchas veces antes, en innumerables días exactamente como aquel, había sacado agua del pozo de Jacob; y, a esas alturas, su sabor y su aspecto le resultaban tan familiares que ya apenas reparaba en ellos. Pero *aquel* día había encontrado junto a aquel pozo —aunque no *dentro* de él— una nueva clase de agua, hasta entonces totalmente desconocida para ella.

El mismo pozo estaba ahora rodeado por los discípulos de Jesús. De los abultados zurrónes de cuero que llevaban a la cadera izquierda, sujetos por una correa que pasaba sobre el hombro derecho, iban saliendo rápidamente las provisiones que habían ido a comprar a Sicar. Ansiaban comer. Solo por un momento se habían visto apartados de ese propósito: acababan de llegar justo cuando su Maestro terminaba su conversación con la mujer de Sicar, y les había costado disimular su estupor.

Sabían muy bien que ningún rabino judío respetable se permitía entablar conversación pública con una mujer, y se habían quedado atónitos ante lo impropio que resultaba aquella escena. Sin embargo, su respeto por su maestro era demasiado profundo para permitirles pronunciar palabra alguna de censura. Habían estado muy tentados de formular preguntas como “¿Por qué hablas con ella?” o “¿Qué buscas?” (Juan 4:27). Pero aquellas preguntas habrían parecido un reproche, así que guardaron silencio. No obstante, su desconcierto había sido real.

Ahora, sin embargo, casi podían olvidarlo. La larga jornada de viaje los había dejado a todos hambrientos, y las provisiones por las que habían regateado con los mercaderes samaritanos parecían entonces valer hasta la última moneda de su exorbitante precio. Sin embargo, no habían comprado solo para sí mismos, sino también para su maestro. Ya conocían sus gustos y los habían tenido presentes mientras negociaban en el mercado de Sicar. Además, la deferencia debida a Él como rabino les impedía empezar a comer antes que Él. Así pues, con una mezcla de verdadera consideración y de interés propio, le ofrecieron algunas de las provisiones más selectas que habían comprado.

—¡Maestro, come! —dijeron. (Juan 4:31)

No estaban preparados para la respuesta.

Poco antes, una mujer había descubierto en aquel mismo lugar el *agua* que no conocía. Ahora les tocaba a los discípulos hacer un descubrimiento de otra clase. Lo que la mujer había aprendido en el pozo aquel día, los discípulos lo habían aprendido varios meses antes. Aquel a quien ahora ofrecían alimento físico ya era conocido por ellos de un modo en que la mujer no lo había conocido hasta aquel día.

Él era el Cristo, el Hijo del Dios viviente; y desde el momento en que habían reconocido esa verdad, poseían el mismo don de Dios que acababa de ser concedido a los pecadores de Sicar. Por tanto, no eran ajenos a la vida eterna. En lo profundo de su ser se había abierto tiempo atrás la misma fuente ilimitada de vida que había brotado en aquel otro corazón, justo en el lugar donde ahora estaban ellos. Aquella experiencia era tan irreplicable para ellos como para la mujer. Pero seguían ignorando por completo otra cosa.

Jesús les respondió:

—¡Yo tengo una comida que comer que vosotros no conocéis! (Juan 4:32)

¿Cómo podía ser eso? Él no llevaba provisiones propias. ¿Se habría encontrado con alguien más mientras ellos estaban ausentes? Por lo que habían visto, ella no le había dado nada.

—¿No le habrá traído alguien algo de comer? —se preguntaron unos a otros, perplejos. (Juan 4:33)

Evidentemente, una cosa estaba fuera de discusión: ¡fuera cual fuese la comida de la que hablaba su Maestro, era una comida que ellos *no conocían*! Así como la mujer nada había sabido del agua de Jesús, *ellos* nada sabían de su comida.

Su maestro había hecho una pausa para dejar que dieran vueltas a sus palabras. Cuando vio que habían agotado las pocas explicaciones que se les ocurrían, prosiguió su enseñanza.

—Mi comida —dijo Jesús— es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra. (Juan 4:34)

Aquí se abría, en efecto, un tema enteramente nuevo. ¡Hacer la voluntad de Dios! ¡Acabar su obra! A la mujer no se le había dicho una sola palabra sobre estas cuestiones, aunque parecía que habría sido muy oportuno hacerlo. Era evidente que la vida que había llevado hasta encontrarse con Jesús había atentado de manera vergonzosa e inexcusable contra la voluntad de Dios para ella. Sin embargo, Jesús no había dicho nada acerca de poner en orden su vida, aunque era evidente la urgencia de hacerlo.

No era que a Él no le *importara* —a nadie le importaba más que a Él—. Pero Él sabía que volvería a verla. Habría tiempo para seguir instruyéndola, tal como ahora instruía a sus discípulos. Pero mientras ella estaba ante Él junto al pozo, no le había dicho nada acerca de su obligación de hacer la voluntad de Dios. La razón era muy sencilla: Él estaba allí para ofrecerle un *don*. Las palabras “Si conocieras el don de Dios” habían sido el centro de lo que Él le había dicho. Y ella no habría podido comprender el deslumbrante esplendor de aquel don, su sublime y absoluta gratuidad, si Él hubiera cargado su oferta con un llamamiento a reformar su vida.

En realidad, en aquella conversación junto al pozo, no era el momento de que Jesús se ocupara de que *ella* hiciera la voluntad de Dios. Más bien, era el momento de que Él hiciera la voluntad de Dios. Y si el Padre anhelaba adoradores que lo adoraran en espíritu y en verdad, el Hijo, para hacer la voluntad del Padre, debía buscarlos. Por tanto, era la voluntad de Dios que el terreno reseco y árido del corazón de una mujer culpable bebiera aquel día de las corrientes refrescantes de la vida eterna. No hay en el universo don mayor para el hombre que este ni impulso más poderoso a la adoración agradecida que el que nace de recibir este don. Y así, junto al pozo de Jacob, Jesús hizo la voluntad de Dios.

Pero ¿qué sabían los discípulos de esto? En realidad, nada. Era verdad, desde luego, que la necesidad de sus propias almas había sido satisfecha.

Pero ¿satisfacer a Dios? ¿Encontrar adoradores para Él? ¿Alimentarse de aquella tarea y disfrutarla, como uno come y disfruta del alimento? ¡*Aquella* era una comida que ellos no conocían!

Por extraño que parezca, la mujer misma parecía haber comenzado, casi de manera intuitiva, a aprender la lección para la que los discípulos necesitaban una instrucción tan específica. Apenas había dejado atrás su cántaro sin llenar y se había apresurado a regresar a su aldea cuando empezó a proclamar entre sus habitantes lo que acababa de experimentar.

—Venid —dijo a los hombres de Sicar—, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo? (Juan 4:29)

“¿No será este el Cristo?” La cautela con que se había expresado era instintiva y acertada. Si hubiera afirmado sin rodeos la verdad de la que había llegado a convencerse, tal vez los habría repelido. La vida escandalosa que había llevado era de sobra conocida en aquella ciudad. Por eso no confundieron su planteamiento cauteloso con falta de convicción. Aunque indirecto, había sido eficaz. La curiosidad de la aldea se había despertado. ¡Y mientras el Señor Jesús preparaba a sus discípulos para participar de su comida, un grupo de hombres de Sicar se encaminaba de regreso al pozo para beber de su agua!

El Hijo de Dios seguía sentado sobre la piedra que cubría la boca del pozo de Jacob. Ante Él se extendía una vasta llanura de cereal ondulante. Sus espigas, que maduraban rápidamente, se mecían con suavidad bajo la brisa de la tarde. Pero la aguda mirada del Salvador advirtió también otro movimiento. El grupo procedente de Sicar había comenzado a salir de la aldea y avanzaba rápidamente hacia el pozo. Ante sus ojos, la cosecha de los hombres y la cosecha de Dios, al menos por unos momentos, se habían fundido en una sola.

Jesús siguió hablando a sus discípulos:

—¿No soléis decir: ‘Todavía faltan cuatro meses para que llegue la siega’? Sin embargo, yo os digo: alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. (Juan 4:35)

En la fértil llanura de Samaria sobre la que descansaba la mirada de Jesús, los cuatro meses entre la siembra y la cosecha ya habían transcurrido. La paciencia con que el agricultor palestino se resignaba al ciclo de la naturaleza —expresada tan atinadamente en tiempo de siembra con la observación de que debían pasar cuatro meses antes de que llegara el fruto— estaba ahora, una vez más, a punto de ser recompensada. Los campos estaban blancos y listos para la siega.

Sin embargo, en el campo de la cosecha de Dios no hacía falta semejante intervalo. La buena semilla de la palabra del Salvador ya había dado fruto en el corazón de una mujer pecadora. Y ahora, a su vez, la semilla de las palabras de la mujer a los aldeanos de Sicar estaba a punto de producir un fruto aún más abundante. El grupo de hombres que se acercaba, tras un cultivo brevísimo, estaba listo para ser recogido en el granero de Dios.

Pero no hay siega sin trabajo. El segador debe esforzarse para recoger la cosecha. Si el campo de Dios estaba maduro, la voluntad de Dios era que fuera segado. ¡Y segado por completo! Había que llevar al granero de Dios no solo a una mujer necesitada, sino a muchos más habitantes de la aldea donde vivía. “Mi comida —había dicho Jesús— es hacer la voluntad del que me envió y *acabar su obra*” (Juan 4:34).

El alma del Salvador ya había gustado el alimento espiritual que recibía al comunicar el don de la vida a una pecadora. Esa era la voluntad de Dios para Él. Pero la obra debía completarse; el campo de Sicar debía segarse por completo. ¡Ahora Jesús está dispuesto a invitar a los discípulos a compartir con Él aquella tarea y a participar así de la comida que ellos, hasta entonces, no conocían!

—Además —prosiguió Jesús—, el que siega recibe salario y recoge fruto para vida eterna, para que tanto el sembrador como el segador se regocijen juntos. (Juan 4:36)

¡De modo que era eso! Un tenue destello de luz comenzaba ahora a filtrarse en los recovecos entenebrecidos de la mente de los discípulos. ¡Fruto recogido para vida eterna! Era evidente que su Maestro no estaba pensando en una cosecha ordinaria, aunque instintivamente ellos habían mirado los campos de cereal que maduraban cuando Él los mencionó por primera vez. Pero la vida eterna era una realidad espiritual, no natural. Sabían que era una experiencia excelsa, disfrutada no solo en el tiempo, sino también a lo largo de toda la eternidad. Y el lenguaje figurado que Jesús empleaba les sugería una nueva imagen de aquella vida. La vida eterna, al parecer, era como un granero vasto y espacioso donde los hombres podían ser recogidos, como grano cosechado, para quedar preservados eternamente. Y para esta tarea Dios quería segadores. ¿Los querría, entonces, a ellos?

¡Sí que los quería!

—En este sentido —dijo Jesús—, se cumple el dicho de que uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os he enviado a segar una cosecha en la que vosotros no habéis trabajado. Otros han trabajado, y vosotros habéis entrado en sus labores. (Juan 4:37–38)

Sí, ellos sabían que era así. En el mundo natural, el segador no solía ser quien había sembrado la semilla. De hecho, aunque un solo hombre podía sembrar un campo entero, lanzando sobre el terreno puñados de semilla que sacaba de su saco, difícilmente podía un solo hombre segarlo una vez que la cosecha estaba madura. Por tanto, el sembrador buscaba ayuda al llegar el tiempo de la siega, y así los gozos y las recompensas de la cosecha se repartían entre un círculo más amplio que el formado por quienes habían sembrado el campo.

Y ahora Jesús había dicho claramente que Él les había encomendado segar lo que otros, y no ellos, habían sembrado. Eso no significaba que los sembradores mismos fueran a dejar de estar activos. Más bien, los discípulos se incorporarían a una labor que ya estaba en marcha.

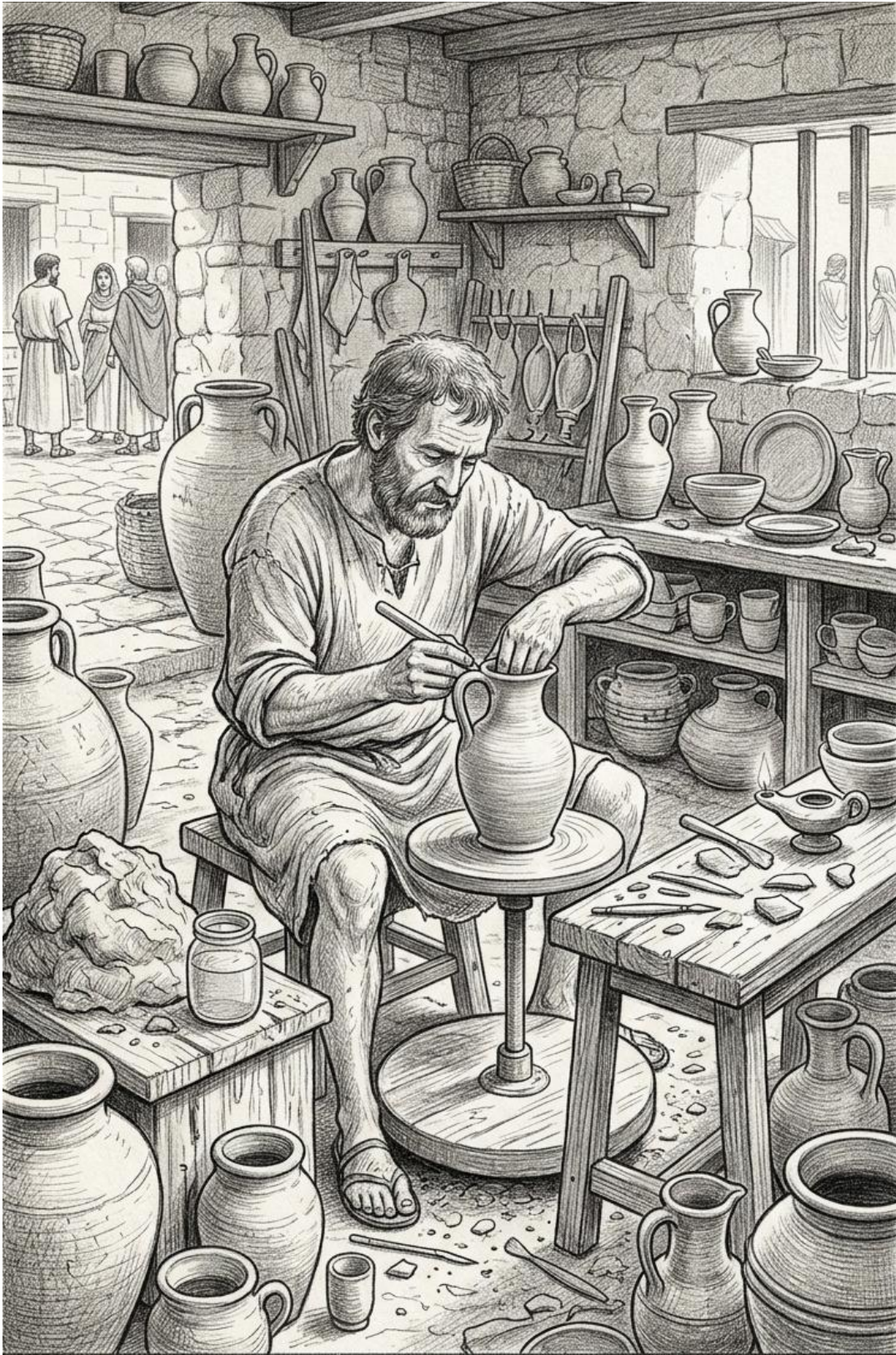
Para entonces, la multitud que venía de Sicar era ya claramente visible incluso para los discípulos. La mujer que habían visto antes los encabezaba. Era evidente que se acercaban debido a la conversación que Jesús había mantenido con ella. Lo que antes les había resultado oscuro —incluso escandaloso— ahora empezaba a quedar claro. ¡Por supuesto! ¡Deberían haberlo adivinado! Evidentemente, Jesús había estado hablando con aquella mujer acerca de la vida eterna, tal como lo habían visto hablar con tantos otros sobre ese mismo tema sublime. De hecho, no había tema del que Él hablara con tanta frecuencia, y ellos deberían haber sabido hasta qué punto sentía que hablar de aquellas cosas era su manera de hacer la voluntad de Aquel que lo había enviado. Pero también era evidente que la mujer había estado hablando; de lo contrario, aquellos samaritanos no se dirigirían hacia aquel pozo. Sacar agua era tarea de mujeres y, claramente, ellos no habían venido a hacer eso.

Los discípulos sabían lo que iba a ocurrir. ¡Tendrían que olvidarse de la cena! Debían prepararse para hablar con aquellos aldeanos tal como Jesús lo había hecho con aquella mujer. ¡Así que tendrían que intentar olvidar lo hambrientos que estaban!

¡Y entonces todo quedó perfectamente claro! “Yo tengo una comida que comer que vosotros no conocéis. Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra” (Juan 4:32, 34). Él podía olvidar fácilmente su comida terrenal con tal de participar de aquella comida espiritual. Con tal de estar en el campo de la cosecha de Dios, recogiendo almas para vida eterna, podía olvidarlo todo. Y ellos también podían, si así lo decidían. Él había sembrado, la mujer había sembrado, y ahora los discípulos tenían la oportunidad de entrar en aquellas labores. Así, ellos también podían hacer la voluntad de Dios y seguir haciéndola hasta que la obra de Dios estuviera acabada.

“Además, el que siega recibe salario” (Juan 4:36), había dicho Jesús. Su esfuerzo sería bien recompensado. El reino de Dios hacia el que dirigían la mirada sería para ellos un lugar más rico si en aquel preciso momento pudieran hacer algún pequeño sacrificio por la voluntad de Dios. Y, después de todo, ¿qué peso tenía su mísera cena, puesta en la balanza frente a los honores y las glorias de aquel reino? Ya empezaban a sentir la gozosa emoción de la tarea a la que habían sido llamados.

No era de extrañar que Él pudiera olvidarse de comer. ¡Esto era mejor que la comida! No, eso no era correcto. ¡Esto era una *comida* mejor! Él había tenido una comida que comer que ellos no conocían. Pero la multitud de Sicar acababa de llegar. La inevitable conversación empezaba ahora. ¡Y con ella comenzaba también su oportunidad de gustar aquella comida!



Capítulo 3

Somos hechura de Dios

Juan 4:40; Efesios 2:8–10

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos su hechura, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (Efesios 2:8–10).

El sol ya se había ocultado tras el horizonte, y las sombras de la noche que se acercaba se extendían rápidamente sobre el paisaje samaritano. La conversación junto al pozo había tenido un desenlace previsible. Los habitantes de Sicar habían quedado profundamente impresionados con aquel viajero judío y le habían rogado que pasara aquella noche en su ciudad. Así que Jesús y sus discípulos se dirigían ahora hacia el pueblo en compañía de sus nuevos anfitriones.

El pozo de Jacob quedaba atrás, desierto por primera vez en varias horas. La piedra que cubría su boca permanecía inmóvil. ¡Qué lástima que aquella piedra no pudiera hablar! ¡Qué palabras se habían pronunciado aquel día junto a ella! De hecho, las palabras dichas allí aquel día habían sido de tal magnitud y trascendencia que, para quienes las comprenden, son una llave que abre la Biblia.

¡Pero solo la piedra había oído *todas* aquellas palabras! Cuando Jesús había hablado del agua viva, solo estaba presente la mujer. Y cuando había hablado de un alimento que ellos no conocían, solo estaban presentes los discípulos. El agua era lo que la mujer necesitaba, y el alimento era lo que los discípulos necesitaban; el Salvador había mantenido cuidadosamente separados a ambos grupos de oyentes. ¡Qué importante!

Nada ocurría por casualidad en la vida del Hijo de Dios. Todas las circunstancias en las que se movía eran tan perfectas como Él mismo. La mujer era una pecadora que nunca había experimentado aquella salvación que era “de los judíos”. *Ella* necesitaba el agua de vida. Los discípulos ya habían llegado a conocer al Salvador y la salvación que Él daba. *Ellos* necesitaban el alimento de la obediencia a la voluntad de Dios.

Ambas cosas nunca deben confundirse. El agua es agua, y el alimento es alimento. Y un pecador no salvo es un pecador no salvo, pero un discípulo es un discípulo. Por tanto, la sed de un discípulo ya ha sido saciada para siempre. ¡Necesita alimento! Hacer la voluntad de Dios. Acabar su obra.

Aquí, pues, se encuentra la esencia misma del evangelio cristiano y la esencia misma de la experiencia cristiana. Aquí se distinguen también los distintos destinatarios a quienes va dirigido cada uno. El evangelio cristiano es la oferta del don de la vida dirigida al pecador culpable. La experiencia cristiana es la oferta de la voluntad de Dios dirigida al discípulo leal. Lo primero es agua; lo segundo es alimento. Lo primero garantiza vida eterna sin fin, por todos los siglos, a todo aquel que quiera recibirla. Lo segundo promete recompensa y un gozo extraordinario, como el gozo de una gran cosecha, a todos los que estén dispuestos a entregarse a la labor. Lo primero es un don. Lo segundo implica trabajo.

Años después de los acontecimientos junto al pozo de Jacob, un hombre bajo y algo calvo paseaba lentamente de un lado a otro por sus aposentos privados. Un centinela romano dormitaba de vez en cuando en un rincón de la habitación, mientras un escriba profesional permanecía sentado y alerta ante su escritorio, con una amplia hoja de papiro extendida delante de él y una pluma de caña en la mano, lista para escribir.

El hombre bajo que caminaba por la estancia frunció ligeramente el ceño. Sus grandes cejas parecían unirse sobre su nariz afilada y bastante prominente, mientras se esforzaba por encontrar las palabras. *¿Cómo formularé la siguiente frase? Tiene que quedar perfecta.*

Debía dejar claro a los cristianos que leerían esta carta cuál era la relación exacta entre la maravillosa bondad que Dios les había mostrado al salvarlos y su privilegio sin igual de servirle. ¡No es que no lo hubiera dejado claro antes! Durante dos años había predicado y enseñado en Éfeso, aquella bulliciosa metrópolis de Asia Menor, y aquellos a quienes ahora escribía le habían oído exponer estas verdades muchas veces (Hechos 19:10; 20:20–21, 27). Sin embargo, su larga experiencia en los campos de la cosecha de Dios le había enseñado que quienes habían sido recogidos en el granero de Dios a menudo se confundían precisamente en estos puntos. Además, siempre había siniestros agentes de Satanás, haciéndose pasar por ministros del evangelio, que cultivaban y alentaban tal confusión. Por tanto, estas verdades nunca se podían repetir demasiado ni expresar con demasiada claridad.

Ahora empezaban a acudirle las palabras. Volvió a dictar y el escriba volvió a escribir.

—Porque —dijo Pablo— por gracia habéis sido salvos por medio de la fe. (Efesios 2:8)

¿Gracia? Era una de sus palabras favoritas. Benevolencia, bondad, misericordia, generosidad: todo eso significaba aquella palabra para él. ¡Qué rebelde había sido antes de comprender de verdad lo que aquella palabra encerraba! Había rechazado obstinadamente la afirmación de que Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios. Había hostigado y perseguido con saña a todos los que habían confiado en Jesús como dador de vida, el Salvador. Había visto cómo encarcelaban a algunos y mataban a otros. Creía, por supuesto, que la salvación era de los judíos, pero no —desde luego que no!— del hombre llamado Jesús. Entonces, en el camino que llevaba a Damasco, se encontró con Él en un instante fulgurante. Y en medio del resplandor de una luz que superaba el brillo del sol del mediodía, oyó la respuesta a su pregunta: “¿Quién eres, Señor?” (Hechos 9:5).

La respuesta lo había quebrantado, pero también había revolucionado su vida. “¡Yo soy Jesús, a quien tú persigues!” (Hechos 26:9–20).

¡Y ahora era un misionero cristiano! ¡Y además apóstol! ¿Había existido jamás alguien menos merecedor de tales privilegios? No se le ocurría nadie. Pero eso era lo que la *gracia* significaba para él: la bondad suprema de Dios hacia quienes no merecen absolutamente nada. Y era preciso recordar a cada uno de los lectores de esta carta que también ellos eran beneficiarios de la gracia. La salvación que tenían y la vida eterna que habían recibido habían llegado a ser suyas simplemente por creer. “Por gracia habéis sido salvos por medio de la fe”.

—Por gracia habéis sido salvos por medio de la fe; y esto no procede de vosotros —continuó Pablo—; es don de Dios.

¡El don de Dios! ¡Qué perfecta era aquella expresión! ¡Qué plenamente reflejaba el espíritu de Aquel a quien Pablo había encontrado en las afueras de Damasco! Al fin y al cabo, no había sido Pablo el primero en emplear una expresión semejante, sino el

Salvador mismo. “Si conocieras *el don de Dios*” (Juan 4:10), le había dicho Jesús a la mujer. Y por indigna que hubiera sido su vida, ella, al igual que los efesios a quienes Pablo escribía ahora, había recibido por fe el don de Dios. Todos habían sido salvos de la misma manera. De hecho, no había otra forma de ser salvo.

—No por obras —continuó Pablo—, para que nadie se jacte. (Efesios 2:9)

¿Jactarse? ¿Cómo podía jactarse alguien que había recibido este don? ¿Podía la mujer de Sicar jactarse de que Dios la hubiera distinguido como la primera de toda su aldea en poseer vida eterna, cuando acto seguido tendría que decir: “Me dijo todo cuanto he hecho”? Ahora bien, si ella hubiera prometido *trabajar* para obtenerla o si hubiera garantizado que *compensaría* con *buenas obras* su vida sórdida y malgastada, entonces sí habría *podido* jactarse. Pero ¿cómo podía jactarse, vistas las cosas tal como eran en realidad? No había trabajado para obtenerla ni podía pagarla. ¡Era el *don de Dios*! ¡No por obras! ¿Y por qué? Precisamente para que toda la gloria fuera de Dios y nadie usurpara esa gloria.

La mujer no podía jactarse. Pablo, el antiguo perseguidor, no podía jactarse. Los cristianos efesios no podían jactarse. Ningún hombre podrá jactarse jamás a lo largo de todos los siglos de un futuro sin fin, porque la salvación no puede ganarse. Nunca se merece. Siempre es el don de Dios.

Eso era el agua. ¿Y el alimento? Pablo siguió dictando.

—Porque somos su hechura, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas. (Efesios 2:10)

Muchas veces Pablo había visto a un alfarero sentado ante el torno, en el que daba forma laboriosamente a vasijas de todos los tamaños y tipos, mientras moldeaba con cuidado una pieza que sostenía con firmeza, pero con ternura, entre sus manos. Luego había observado cómo el artesano, una vez terminada la labor en el torno, tomaba una concha, un fragmento de cerámica o un instrumento de hueso para alisar, bruñir o decorar su superficie.

El producto final de su trabajo —un cántaro, una jarra, una copa o una fuente— era siempre motivo de orgullo para un artesano concienzudo, fruto de su destreza y de su ingenio. Aquella vasija, cualquiera que fuese el uso previsto para ella, era su *hechura*. Y así —pensaba Pablo— *es todo aquel que ha sido salvo por gracia*. “Porque somos su hechura, creados en Cristo Jesús”.

Con toda seguridad no éramos nuestra propia hechura, pensaba Pablo. Nuestras obras no habían tenido nada que ver con nuestra salvación. Más bien, por medio del don de Dios, éramos el producto del Maestro Alfarero. Pecadores nos había encontrado Él: una masa miserable y deforme de barro terrenal; y cuando el toque transformador de su gracia obró sobre nosotros, recibimos una nueva vida en Cristo Jesús. Éramos, en suma, una nueva creación, fruto de la destreza y el arte del Artesano eterno.

Pero toda vasija modelada por un alfarero terrenal tiene un propósito y una función para los cuales ha sido diseñada. Y lo mismo ocurre con toda vasija modelada por el Alfarero celestial. “Somos su hechura, creados *en Cristo Jesús para buenas obras*”. Las *buenas obras*, entonces, eran nuestra función, el propósito para el que Él nos hizo. No tienen nada que ver con la concesión del don de Dios, pero tienen todo que ver con la vida que ha de seguir. El agua siempre se *da*. Por el alimento siempre se *trabaja*.

Así pues, Dios nos ha creado, decía Pablo, para buenas obras. Pero —añadía Pablo— ¡Dios también ha creado buenas obras para nosotros! “Somos su hechura, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios *preparó de antemano* para que

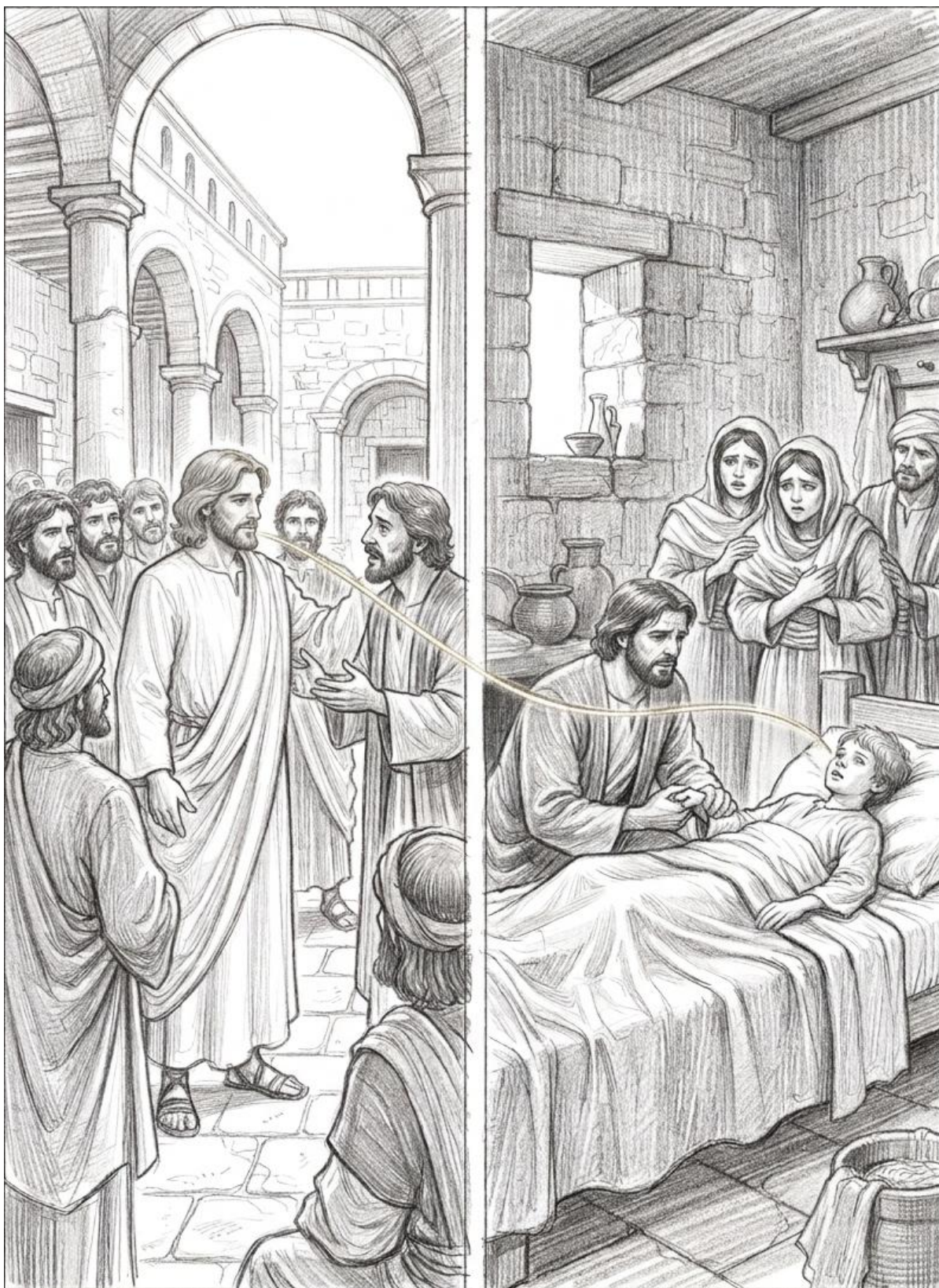
anduviéramos en ellas”. Nada queda al azar. La persona está diseñada para la obra, y la obra está diseñada para la persona. Cuando se ha probado el agua de vida, el alimento divino estará preparado y al alcance de la mano.

“¡Alzad vuestros ojos y mirad los campos —había dicho Jesús a sus discípulos—, porque ya están blancos para la siega!” (Juan 4:35). Allí estaba —la obra de Dios para ellos— justo delante de sus ojos, si tan solo estaban dispuestos a verla. Allí estaba —la voluntad de Dios para ellos— al alcance de la mano, si tan solo estaban dispuestos a hacerla!

La vida eterna ya la poseían los discípulos. También ellos eran hechura de Dios. Ahora la vasija debía emplearse en la tarea para la que había sido formada, una tarea que, a su vez, había sido formada para ella. Así, los discípulos entraron en el campo de la cosecha de Dios, uniéndose a su Maestro para hacer la voluntad de Dios y acabar su obra. Y ese era el privilegio especial del discípulo, como lo era también su gozo especial: ser guiado por su maestro hasta alcanzar cada espléndida meta que Dios había preparado para él.

La compañía que dejó el pozo de Jacob había entrado ya en la aldea de Sicar. Había caído la oscuridad, pero la conversación continuó hasta bien entrada la noche. Los discípulos estaban fatigados cuando por fin pudieron dejarse caer sobre las esteras en la casa donde se alojaban. El día siguiente probablemente sería igual de intenso, pues la sed de aquella aldea por el agua de vida aún no había sido saciada. Todavía había más almas listas para ser recogidas en el granero de Dios. La mañana llegaría demasiado pronto.

Era trabajo, sin duda. Pero, con el tiempo, aquellos hombres llegarían a ser extraordinariamente diestros en hacerlo. ¿Y por qué no? ¿Acaso no era precisamente una de las tareas para las que habían sido salvos? Y ya fuera esta buena obra o cualquiera de las innumerables buenas obras que su Salvador había diseñado, la responsabilidad de los discípulos era simplemente “andar en ellas”.



Capítulo 4

La palabra que da vida

Juan 4:39–54

Y muchos más creyeron por su propia palabra; y decían a la mujer: Ahora creemos, no por tu dicho, pues nosotros mismos lo hemos oído, y sabemos que este es verdaderamente el Cristo, el Salvador del mundo (Juan 4:41–42).

Los discípulos pasaron dos días “andando” con su Maestro en la buena obra que se estaba realizando en Sicar. Ese fue el tiempo necesario para completar la cosecha de Dios en aquella aldea samaritana. Los aldeanos habían mostrado un interés intenso — los discípulos no habían visto nada semejante entre los judíos— y parecían literalmente pendientes de cada palabra que Jesús pronunciaba. En Sicar no se realizaron milagros, y nadie pidió ninguno. A los samaritanos les bastaba la palabra de Jesús para quedar convencidos.

Al fin y al cabo, eso era lo que había convencido a la mujer junto al pozo de Jacob. “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho” (Juan 4:29), había exclamado al regresar apresuradamente a su aldea. La había asombrado que aquel completo desconocido hubiera desplegado ante ella, de principio a fin, el pergamino de su desdichada vida. “Tienes razón al decir que no tienes marido”, le había dicho Jesús. “La verdad es que has tenido cinco, pero el hombre con quien ahora vives no es tu marido” (Juan 4:17–18). ¡Aquello era toda su vida en pocas palabras! Pues nada había importado realmente a aquella mujer salvo su vana búsqueda de felicidad en el matrimonio, del mismo modo que nada había contribuido tanto a hacer de ella lo que era. No necesitaba ningún milagro que respaldara aquella palabra. La palabra que Él le había dirigido era milagro suficiente. Y cuando Él añadió aquellas declaraciones inolvidables sobre el tema de la adoración, ella estaba ya preparada para creer que Él era exactamente quien afirmaba ser: el Cristo de Dios.

Muchos de los aldeanos de Sicar habían quedado igualmente impresionados por la palabra que Él le había dirigido. Y cuando ella explicó cómo “me dijo todo cuanto he hecho” (Juan 4:39), muchos de ellos creyeron en Él, convencidos de que este debía de ser el Cristo. Pero algunos prefirieron aplazar su decisión hasta oírlo por sí mismos. Y durante aquellos dos días en Sicar tuvieron ocasión de sobra para hacerlo. Como la mujer junto al pozo, le hacían pregunta tras pregunta y quedaban continuamente asombrados por la sabiduría y la perspicacia de sus respuestas. A menudo parecía que Él hacía más que responder a las preguntas que le habían planteado. Parecía responder a las preguntas que *no* habían formulado —pero que deseaban formular—, como si les leyera el corazón. El impacto fue irresistible. Muchos más habitantes de aquella aldea creyeron en Él.

Entonces hicieron algo desconsiderado. La mujer que había despertado su interés en primer lugar había perdido por completo el respeto de sus conciudadanos por la vida disoluta que había llevado. Les disgustaba pensar que, a pesar de su carácter ruin, ella los había conducido al mayor descubrimiento de sus vidas. De hecho, podía resultar

insuportable si le permitían alimentar su amor propio con aquello. Más valía sofocar su orgullo antes de que tuviera ocasión de asomar. Así que ahora se dispusieron a hacer precisamente eso.

Coincidían en su actitud hacia la mujer tanto los que habían creído antes, cuando ella les contó las palabras que Jesús le había dicho, como los que acababan de creer después de haberlo oído en persona.

—¡Ahora creemos, no por *tu* palabrería, sino porque nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Cristo, el Salvador del mundo! —le aseguraron. (Juan 4:42)

Aquellas palabras le dolieron, pero no importaba. Su propio corazón estaba demasiado lleno del gozo del agua de vida como para detenerse a lamentar aquel rechazo. Y, después de todo, no había sido realmente *su* palabra la que había convencido a ninguno de ellos, sino la palabra que *Jesús* le había dirigido. Ella se había limitado a transmitirla. Por tanto, tanto si habían oído las palabras de Jesús por medio de ella como si las habían oído directamente de labios del propio Jesús, era *su* palabra la que había producido nueva vida en ellos.

Ya entonces, después de apenas dos días en su presencia, era evidente para ella, como lo era para todo creyente de aquella ciudad, que la palabra de Jesús era una palabra que da vida. No podía ser de otro modo. Porque allí estaba, al fin, aquel que había sido prometido, cuya venida la humanidad llevaba tanto tiempo esperando. Allí estaba, en verdad, el Salvador del mundo, el Cristo. Tal fue el descubrimiento de aquella diminuta aldea durante dos días inolvidables.

La partida de Sicar fue conmovedora: muchos acudieron a despedirlos con buenos deseos y les suplicaron que volvieran a pasar por allí. Los discípulos nunca habían sospechado que los samaritanos pudieran sentir tanto afecto por un pequeño grupo de judíos. Más aún, nunca habían sospechado que pudiera nacer en sus propios corazones semejante afecto hacia miembros de una raza tan despreciada. La verdad era que no les desagradaría volver algún día a Sicar.

Tomaron entonces el camino hacia el norte, mientras las cumbres de Gerizim y Ebal se perdían poco a poco en la distancia y ellos avanzaban junto a hileras y más hileras de espigas ondeantes. Advirtieron que sí: aquellos campos estaban ciertamente blancos para la siega, tal como Sicar lo había estado en un sentido mucho más hondo y real. De hecho, ¿podrían volver a mirar alguna vez la cosecha de la naturaleza sin recordar la cosecha de Dios? Lo dudaban. Y así, absortos en aquellos pensamientos, pronto dejaron atrás aquella pequeña y memorable aldea.

A su debido tiempo, su viaje los llevó a Galilea, tierra propia tanto de ellos como de su Maestro. Es cierto que Él, al menos, no había nacido allí —aunque por lo general se desconocía este hecho—, pero se había criado en la aldea de Nazaret y ahora tenía su hogar en Capernaúm, ciudad situada a orillas del lago (Mateo 4:13; Juan 2:12). Tanto Nazaret como Capernaúm eran ciudades galileas, como también lo era Caná, a la que ahora, por fin, se acercaban.

Al entrar en Galilea, les sorprendió la cordialidad con que los galileos recibían a su maestro. Habían comprobado que Él no recibía honra en su propia tierra. En Nazaret, especialmente, no gozaba de especial estima. Había aprendido en casa el oficio de carpintero y carecía de formación teológica formal. A los aldeanos de Nazaret nunca les había parecido que mereciera ser reconocido como un rabino cualificado, y mucho menos como profeta de Dios. Al fin y al cabo, no era para ellos más que un hombre del

pueblo, conocido de todos, un joven de apenas treinta años que no había realizado nada extraordinario en la ciudad donde había crecido (Marcos 6:1–6; Lucas 3:23; 4:16–24; Juan 7:15). Pero aquel espíritu, que en mayor o menor medida impregnaba la actitud general de los galileos hacia Jesús, ahora parecía haberse atenuado notablemente, y en su lugar había un nuevo ambiente de respeto.

No era difícil explicar aquel cambio. Como era su costumbre, los galileos habían cumplido recientemente sus obligaciones religiosas viajando al sur, a Jerusalén, para la Pascua. Jesús, por supuesto, también había estado allí y, con los milagros que había realizado, había asombrado a los numerosos peregrinos judíos que abarrotaban la ciudad. Por tanto, los galileos habían tenido ocasión de contemplar aquellos milagros durante la fiesta y habían quedado, como era de esperar, impresionados. Ahora recibían a Jesús como el obrador de milagros que era.

Pero ¡ay! Él era más que eso. Era un profeta que hablaba la Palabra de Dios. Sobre todo, era el Cristo cuya palabra podía crear un pozo inagotable de vida en todo corazón que confiara en Él. Esto, al menos, lo habían aprendido los samaritanos simplemente escuchándolo hablar. Los galileos no lo habían aprendido ni siquiera viendo los milagros que Él hacía. Pero esos mismos milagros estaban preparando ahora a algunos de ellos para comprender precisamente eso.

Llegaban ahora a Caná y se dirigían al mercado para comprar provisiones. Allí la bienvenida parecía inusualmente cálida, y no era para menos: aquella era la ciudad donde el Salvador había realizado una de sus obras de poder más impresionantes. Seis grandes tinajas de piedra habían sido llenadas de agua siguiendo las instrucciones de Jesús, mientras en torno a ellas bullían los festejos de una boda. Luego, a los siervos que las habían llenado —ien conjunto, las tinajas contenían unos 450 litros!— se les había dicho que sumergieran recipientes más pequeños en ellas y llevaran lo que sacaran al encargado del banquete. Pero lo que sacaron fue un vino exquisito, que suplió con creces la embarazosa escasez de vino que de pronto habían sufrido los anfitriones (Juan 2:1–11). Así pues, Jesús había desplegado en aquella ciudad nada menos que el poder del Creador.

Por supuesto, al principio solo los siervos que habían sacado el agua conocían el secreto de aquella transformación. Pero en los días siguientes hablaron y hablaron de lo que sus ojos habían visto. Naturalmente, no siempre se les creyó, pero ahora su testimonio parecía quedar confirmado por los milagros que los galileos habían presenciado recientemente en Jerusalén. Así pues, Caná era como una ciudad abierta para aquel viajero y para el grupo de hombres que lo seguía.

De pronto, entre la multitud que se estaba reuniendo rápidamente alrededor de Jesús y sus discípulos, apareció un hombre cuyas vestiduras, a todas luces costosas, lo distinguían claramente del resto de los aldeanos de Caná. A un ojo experto le bastaba una mirada a su túnica para advertir que aquel hombre pertenecía al séquito real al servicio de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y amante del lujo. Al acercarse a Jesús, su semblante tenso y demacrado delataba por igual el cansancio de un viaje y la profunda ansiedad que lo embargaba. Un instante después, estaba ya ante el Salvador, volcando ante Él la angustia que lo había traído hasta allí.

Era, en efecto, un funcionario de Herodes, como sus costosas ropas habían revelado, y su hogar estaba en la aldea de Capernaúm, a orillas del lago de Genesaret, adonde Jesús se había trasladado no hacía mucho. Allí, en ese mismo instante, su hijo yacía gravemente enfermo, y el padre temía que la muerte fuera inminente. Así que en cuanto

le llegó la noticia de que Jesús había vuelto de Judea y había entrado en Galilea, aquel funcionario real había partido con la esperanza de encontrar a Jesús en su ruta hacia el norte. No tenía manera de saber con qué rapidez viajaría Jesús por Galilea ni cuándo tenía intención de llegar a Capernaúm. Pero ahora le imploraba que emprendiera de inmediato el viaje hasta allí. Aunque no podrían recorrer aquel mismo día los cerca de treinta kilómetros del trayecto, todavía podían ponerse en camino. Parecía urgente partir cuanto antes, y el funcionario suplicaba con una insistencia casi lastimera.

La respuesta de Jesús lo sobresaltó y al principio le sonó como una fría negativa.

—Si no veis señales y prodigios, sencillamente no creeréis. (Juan 4:48)

Era verdad, por supuesto. Aquellos galileos no eran en absoluto como los samaritanos. La palabra de Jesús —sin ir acompañada de ninguna manifestación visible de lo milagroso— no parecía bastarles. En Sicar había bastado, pero no allí. Un profeta —cuando se limitaba a hablar como profeta— no tenía honra en su propia tierra.

—Señor, desciende antes que mi hijo muera. (Juan 4:49)

Las palabras le salieron casi entre lágrimas. Sabía que aquel hombre tenía poder para ayudarlo. ¿Cómo podía Él negárselo? El padre no podía soportar pensar en la tragedia que sobrevendría.

Las siguientes palabras que oyó fueron más sorprendentes que las primeras.

—Regresa. ¡Tu hijo vive! —dijo Jesús. (Juan 4:50)

¿*Mi hijo vive?* —pensó el funcionario real—. Entonces la recuperación estaba asegurada. Su muchacho regresaría del umbral de la muerte. ¡Promesa maravillosa! ¿Podía creerla? Sí, sí podía. No tenía prueba alguna; no había nada visible en lo que apoyarse: solo la palabra desnuda de Jesús. Eso era todo lo que tenía. Pero aquella palabra tenía una solemnidad propia. Quien la había pronunciado lo había hecho con un tono de autoridad absoluta e inmovible. “¡Tu hijo vive!” ¿Creerlo? Sí, podía. ¡Y creyó!

Jesús y sus discípulos permanecieron aquella noche en Caná. El funcionario real, no. El viaje que, muy poco antes, había insistido en que Jesús hiciera, ahora lo hizo él solo. Regresó hacia el norte y el este, atravesando las colinas galileas, y avanzó cuanto pudo hasta que la noche puso fin a su marcha. A la mañana siguiente, al clarear el día, se levantó y pronto estaba de nuevo en camino. Pero no tardó en divisar a unos viajeros que avanzaban rápidamente hacia él por el mismo camino, en dirección contraria. Cuanto más se acercaban, más familiares le parecían, hasta que por fin los reconoció: eran sus propios siervos. Era evidente que traían noticias; nada más podía haberlos hecho salir a su encuentro. En cuanto se encontraron con él, no perdieron un instante en comunicárselas.

—¡Tu muchacho vive! —le anunciaron. (Juan 4:51)

Las palabras lo estremecieron por un instante. Eran casi idénticas a las que Jesús mismo había pronunciado la tarde anterior. Al menos, allí estaba la palabra decisiva: *¡vive!*

Tras recobrar la compostura, al funcionario real se le ocurrió una pregunta. Quizá, después de todo, aquel asunto no fuera sino una coincidencia extraordinaria. Quizá, cuando él se había marchado, su muchacho había empezado a mejorar por sí solo. En tal caso, el viaje para ver a Jesús habría sido innecesario, y las palabras “Tu hijo vive” no habrían tenido el efecto decisivo que al principio había imaginado. Había una manera de averiguarlo. Preguntaría a aquellos siervos a qué hora había empezado a

mejorar su hijo. Evidentemente, la respuesta a esa pregunta era crucial para él y determinaría por completo cómo entendía lo sucedido. Así que les hizo la pregunta.

La respuesta le cayó como un rayo.

—Ayer, a la séptima hora, la fiebre lo dejó —le informaron. (Juan 4:52)

¿La fiebre lo *dejó*? Entonces no se trataba en absoluto de que hubiera *empezado* a mejorar, sino de que había sanado de golpe. Jesús le había dicho: “Tu hijo vive”, ¡pero él había subestimado por completo el alcance de aquellas palabras! No eran, como había creído al principio, el momento en que comenzaba la recuperación. Eso ya habría sido lo bastante maravilloso, y era todo lo que al principio había sido capaz de aceptar. ¡Pero eran más que eso! Eran el momento en que su salud había quedado plenamente restablecida. Aquellas palabras no iniciaron proceso alguno; llevaron a cabo toda la obra. ¡Habían sanado a su muchacho por completo y al instante!

“¡Tu hijo vive!” Había *vida* en aquella declaración, y el funcionario ya no podía resistirse a la siguiente conclusión. Una persona que podía pronunciar esas palabras con semejante resultado, sin que las colinas y los valles que separaban a Jesús del muchacho constituyeran obstáculo alguno, tenía que ser más que un hombre mortal. Al fin y al cabo, ¿no había sido la *palabra* del Dios Creador la que había hecho que todas las cosas saltaran de la nada a la existencia? ¿No había dicho antiguamente el salmista: “Por la palabra del SEÑOR fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de su boca... Porque Él habló, y fue hecho; Él mandó, y quedó firme” (Salmo 33:6, 9)? La pregunta que ahora cobraba forma en el alma del funcionario no era distinta de la que la mujer junto al pozo había planteado a los aldeanos de Sicar: “¿No será este el Cristo?” (Juan 4:29). Y la respuesta que su corazón le dio fue idéntica a la de la mujer: el funcionario creyó.

En Caná de Galilea, Jesús convirtió el agua en vino: ¡el poder del Hacedor había transformado un elemento de su creación en otro! ¡Qué apropiado era que también allí aquellas palabras, “Tu hijo vive”, transformaran la enfermedad en salud y la muerte inminente en una vida que seguía su curso! Pero aquello no era todo lo que aquellas palabras habían realizado con su poder creador. Por medio de ellas, el funcionario de Herodes había llegado a creer que Aquel que las había pronunciado era el Cristo de Dios. Y en el momento en que nació esa fe, tuvo lugar un acto de creación aún mayor. Pues allí mismo brotó en el corazón del funcionario una fuente eterna, “un manantial de agua que brota con ímpetu para vida eterna” (Juan 4:14). ¡También el *padre* vivía!

Así, el funcionario llegó a ser hechura de Dios, formado de manera especial para determinadas buenas obras. También para él, como para la mujer de Sicar, aquellas obras comenzaron en un campo de cosecha muy cercano. En su caso, ese campo se encontraba en su propio hogar, en la aldea de Capernaúm. Pues apenas llegó allí, contó a todos los de su casa —siervos y familiares por igual— el descubrimiento que había hecho acerca de Jesús. Su testimonio era convincente, su convicción evidente, y se recogió fruto para vida eterna. Todos los que vivían bajo su techo estaban ahora de acuerdo con él. Aquel hombre llamado Jesús era verdaderamente el Cristo, el Salvador del mundo.

Así, desde Samaria hasta Galilea, desde Sicar hasta Capernaúm, el poder de la palabra de Jesús seguía siendo el mismo. Creaba vida en todo corazón creyente. Es cierto que, en Galilea, el deseo de ver milagros había constituido al principio una barrera para esa obra creadora, mientras que en Samaria no había sido así. Pero incluso en

Galilea había ahora al menos un hogar en el que aquella palabra había triunfado por completo.

Toda una familia —la del funcionario— creía ahora. Pero quedaba una tragedia. Porque en la misma ciudad donde vivía el funcionario —Capernaúm—, la familia del propio Jesús también se había instalado hacía poco. Y en *aquel* hogar su palabra vivificadora seguía encontrando resistencia. Por una ironía incomparable, algunos que habían vivido durante años bajo el mismo techo que el Príncipe de la vida no sabían nada de esa vida ni del poder de su palabra para impartirla. Con todo, había esperanza. Pues si la palabra vivificadora del Creador había abierto manantiales de agua viva en su propia ciudad, ¿no podría abrirlos también de la misma manera en el seno de su propia familia?



Capítulo 5

Nacido de lo alto

Santiago 1:1–18

No erréis, amados hermanos míos. Toda buena dádiva y todo don perfecto procede de lo alto y desciende del Padre de las luces, en quien no hay variación ni sombra producida por cambio alguno. De su propia voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que fuéramos una especie de primicias de sus criaturas (Santiago 1:16–18).

“Un profeta no recibe honra en su propia tierra”, había testificado Jesús, y el ansia de los galileos por obtener pruebas milagrosas lo había confirmado sobradamente. Más adelante, el Salvador desarrollaría aquel testimonio de un modo aún más incisivo. “¡Un profeta no carece de honra sino en su propia tierra, entre sus parientes *y en su propia casa!*” (Marcos 6:4). Fue en su propia casa donde el Hijo de Dios había apurado, más que en ningún otro lugar, el amargo poso del rechazo y la incredulidad.

Jesús era el mayor de cinco hermanos varones (Marcos 6:3). Quizá sería más exacto decir que los otros cuatro eran medio hermanos suyos, pues, aunque ellos eran hijos del carpintero José y de su esposa María, Él era hijo únicamente de María, concebido por el poder de Dios cuando ella aún era virgen (Lucas 1:27–35).

Por supuesto, a José no le había resultado fácil asimilar que la mujer con quien estaba desposado estuviera embarazada antes de que consumaran el matrimonio. La explicación que ella dio —que el Espíritu de Dios había hecho que concibiera— era más de lo que él podía aceptar. De hecho, ya había decidido dar formalmente por terminado el compromiso, procurando exponerla lo menos posible a la vergüenza pública, cuando un sueño enviado por Dios interrumpió sus planes. Tranquilizado por aquel sueño, José siguió adelante con el matrimonio, aunque se abstuvo cuidadosamente de mantener relaciones con ella hasta después del nacimiento de Jesús (Mateo 1:18–25). Posteriormente, sin embargo, su unión llegó a ser plena, y tuvieron el gozo de traer hijos e hijas al mundo.

Los cuatro hijos varones que tuvieron se llamaron Santiago, José, Judas y Simón (Mateo 13:55). Santiago era el mayor y, al hacerse hombre, no tardó en mostrar notables cualidades de carácter e inteligencia que lo capacitaban para el liderazgo.

En la diminuta aldea de Nazaret, era inevitable que los interrogantes en torno al nacimiento de Jesús perduraran durante muchos años. Al parecer, cuando Jesús alcanzó notoriedad, el rumor se extendió mucho más allá de aquella pequeña localidad. Incluso en Jerusalén el asunto era ya tan conocido que, en medio de una controversia, el Salvador tuvo que oír estas hirientes palabras: “¡Nosotros no hemos nacido de fornicación!” (Juan 8:41).

Por tanto, era del todo inevitable que los cuatro hermanos de Jesús oyeran lo que a veces decían los vecinos acerca de su nacimiento. Sin duda, lo negaban con vehemencia y estaban dispuestos a discutir con cualquiera que mancillara la honra de su madre. Sin embargo, no podían negar que, de forma sutil, tanto su padre como su madre trataban

a Jesús de modo distinto. Peor aún, percibían que el propio Jesús se consideraba de algún modo diferente de ellos. Tenían que reconocer que su conducta hacia ellos era siempre ejemplar y que los trataba con suma bondad. Con todo, había algo en Él que les producía resentimiento, y las desagradables murmuraciones de la aldea avivaban periódicamente las llamas de ese resentimiento.

La situación empeoró cuando Jesús comenzó a predicar. La irritación que despertaba en ellos se hizo mayor que nunca. A veces les parecía que casi estaba dispuesto a reconocer como ciertas aquellas sórdidas especulaciones sobre su origen a las que ellos habían tenido que hacer frente. ¡Solo que *Él* hacía de ello una virtud! Para entonces, la gente había comenzado a especular acerca de su hermano a la luz de las esperanzas mesiánicas de la nación. Y, tanto implícita como explícitamente, Jesús parecía alentar tales especulaciones y, peor aún, fomentar la conclusión hacia la que apuntaban. ¡Pero eso equivalía a afirmar que era el Hijo de Dios! ¿Cómo podía sacar tan burdamente partido de las sombras que aún se cernían sobre su nacimiento, como si insinuara que no tenía un origen meramente mortal, sino que había descendido de lo alto? ¿Quién se creía que era? ¡Después de todo, se habían criado con *Él*!

De todos los hermanos, ninguno sentía estas cosas tan hondamente como Santiago. Al fin y al cabo, si Jesús era realmente ilegítimo, el derecho de primogenitura le correspondía a él. Pero procuraba no detenerse nunca conscientemente en aquel pensamiento, aunque a veces le resultaba difícil reprimirlo. Y luego, cuando Jesús comenzó a hacer milagros, a medida que su fama se extendía y su popularidad crecía, también parecía aumentar la tensión en el interior de Santiago. Siempre que pensaba en su hermano y en las cosas que este hacía y decía, era como si una tormenta se hubiera levantado en su alma. Santiago conocía bien las tormentas, en especial aquellas borrascas repentinas que con tanta frecuencia y de manera tan inesperada convertían el mar de Galilea en un hervidero de espuma. Así era a veces su corazón. ¿Quién *era* en realidad su hermano? ¿Un impostor? ¿Un hombre fuera de sí? (Marcos 3:21). ¿O era realmente, como no pocos habían llegado ya a creer, el Hijo de Dios? ¡Cuánto ansiaba Santiago la sabiduría que respondiera a aquella pregunta!

Para entonces, la relación de Santiago y sus hermanos con *Él* se había vuelto difícil. Siempre que volvía a casa, la tensión entre ellos era eléctrica. Rechazaban sus pretensiones, pero al mismo tiempo lo incitaban a probarlas.

—Si haces estas cosas —le dijeron en una ocasión—, manifiéstate al mundo. (Juan 7:3-5)

—Ofrece al mundo una demostración espectacular y decisiva que confirme lo que afirmas —venían a decirle—. Resuelve la cuestión de una vez por todas.

Era una burla, pero también un grito de auxilio. ¡En lo profundo de sus almas, *ellos* querían estar seguros!

Y entonces llegó la tragedia. Mientras se encontraban en Jerusalén con motivo de una de las celebraciones anuales de la Pascua, la trayectoria de su hermano tuvo un final brusco y desastroso. Por desgracia para *Él*, había despertado los celos y la enemistad de la aristocracia religiosa de aquella ciudad; y los dirigentes, confabulados con uno de los que se declaraban discípulos suyos, habían logrado arrestarlo y obtener su condena a muerte.

Bien sabían que el método romano de ejecución —la crucifixión en un patíbulo de madera— era espantosamente doloroso, y todavía conservaban suficiente afecto fraternal como para no permanecer impasibles ante aquello.

Lo peor de todo era la agonía que sabían que su madre habría de sufrir por causa de todo aquello. Sería como una espada afilada que le atravesara el alma misma, causándole una angustia que solo una madre puede sentir. De hecho, desde cierta distancia, la contemplaron, desolada, al pie de la cruz de Jesús, con uno de sus discípulos más leales a su lado (Lucas 2:35; Juan 19:26–27).

Solo más tarde supieron que Jesús había encomendado a aquel discípulo el cuidado de su madre. ¡No a ellos, sus hermanos! ¡A un discípulo! Aquello también les dolió, como si su hermano mayor se sintiera más cercano a ese seguidor suyo que a ellos. Pero, por supuesto, comprendían por qué. Al fin y al cabo, le habían dejado claro su rechazo. No podían reprocharle aquel gesto suyo al morir. Sin embargo, les produjo una punzada en el corazón.

Aquello ocurrió un viernes. El domingo siguiente se produjo un hallazgo que habría de sacudir toda la ciudad de Jerusalén. Se encontró vacía la tumba de Jesús, y en los días siguientes comenzó a circular la noticia de que algunos de sus seguidores lo habían visto vivo. Como era natural, el rumor llegó a la familia de Jesús y los dejó atónitos. María pareció dispuesta a creerlo de inmediato; era lo natural en una madre, pensaron los hermanos. Pero *ellos* seguían escépticos; no ya, sin embargo, con el escepticismo de antes, nacido de la hostilidad. Sus sentimientos eran ahora distintos, teñidos de tristeza y de una esperanza que no se atrevían a abrigar. Si su hermano *podía* resucitar de entre los muertos, aquello resolvería todas sus preguntas. Entonces no tendrían dificultad alguna para concluir que... Pero aquello era absurdo. Lo habían visto morir.

¡Y entonces sucedió! Santiago lo vio (1 Corintios 15:7). Se encontraron cara a cara y hablaron. Y desde aquel momento, Santiago —seguido poco después por los demás hermanos— se convirtió en esclavo leal y entregado de aquel mismo que se había criado con él en el hogar de Nazaret (Hechos 1:14; Santiago 1:1).

Santiago nunca negó el vínculo fraternal que los unía en la tierra, pero tampoco hizo jamás hincapié en él. Ahora, aquella relación se había transformado radicalmente: su hermano era también su Señor. Ahora comprendía, además, el misterio del nacimiento de Jesús, al conocer por boca de su madre el milagro obrado en los días de su virginidad. Aquel milagro había hecho posible el acontecimiento más trascendental de todos: Dios se hizo hombre y habitó en la tierra. Su hermano, por tanto, era el Señor de gloria. ¡Había descendido de lo alto, del Padre de las luces!

“Santiago, esclavo de Dios y del Señor Jesucristo” (Santiago 1:1) eran las palabras con las que comenzaba una carta pastoral que escribió años más tarde. Habían sucedido muchas cosas durante aquellos años. La iglesia cristiana había sido fundada en Jerusalén, y la persecución había dispersado entonces a muchos de sus miembros por las regiones de Judea y Samaria (Hechos 8:1). El propio Santiago había llegado a ocupar la posición de liderazgo en la congregación de Jerusalén, para la cual sus cualidades innatas lo capacitaban especialmente bien (Hechos 15:13–21).

Más aún, a aquellos primeros creyentes les parecía que Santiago se asemejaba mucho al hermano a quien ahora llamaba Señor. Había en Santiago una integridad moral, unida a una sabiduría práctica, ambas inconfundiblemente familiares para muchos de los que habían visto y escuchado a Jesús. Había también en él un espíritu compasivo, manifestado sobre todo en su solicitud por los pobres, los huérfanos y las viudas, que asimismo había caracterizado al Salvador (Santiago 1:27). Además, los cristianos valoraban aquellos vislumbres íntimos sobre su Maestro que, de vez en cuando,

conseguían arrancarle a Santiago. Pero, tanto como cualquier otra cosa, valoraban su rica visión de Dios como el dador incomparable.

Algunos de los cristianos a quienes dirigió su carta pastoral se contaban entre quienes habían sido dispersados por aquella primera persecución. Desde entonces, ellos y sus hermanos en la fe habían sufrido duras pruebas de muy diversas maneras, tanto por sus circunstancias como por la oposición y la enemistad de los hombres. Por eso Santiago escribió para alentarlos y exhortarlos a sacar todo el provecho posible de cada prueba que se presentara.

Santiago les decía: “Tened por sumo gozo cuando caigáis en pruebas ‘de múltiples colores’” (Santiago 1:2). Porque —seguía asegurándoles— Dios se serviría de aquella dificultad, cualquiera que fuese su tono o matiz, para proporcionarles precisamente aquello que les faltaba para hacer de ellos cristianos cabales. Pongamos, por ejemplo, que la dificultad pusiera de manifiesto su falta de sabiduría. La solución era sencilla. “Si alguno de vosotros carece de sabiduría, pídasela a Dios, quien da a todos generosamente y no reprocha; y le será dada. Pero pida con fe, sin debatirse en su interior. Porque quien se debate es semejante a una ola del mar, impulsada y agitada por el viento. No piense ese hombre que recibirá cosa alguna del Señor” (Santiago 1:5–7).

—Manteneos serenos en vuestra hora de prueba —les estaba diciendo Santiago a aquellos cristianos—. Aquietad la tormenta de vuestra alma y dejad que se apacigüen las olas del debate interior. Que haya en vuestro espíritu una calma como la de un mar inmóvil, para que la voz de Dios pueda dirigir palabras de sabiduría a vuestro corazón necesitado. Solo tenéis que pedirla con fe. Porque Él da —¡oh, con qué generosidad!— y jamás os reprocha la ignorancia que hizo necesario que la pidierais. ¿Acaso no había sido ignorante el propio Santiago en otro tiempo, con el alma azotada por la violencia de su incertidumbre interior acerca de Jesús? Sin embargo, un Señor generoso había apaciguado aquella tempestad y le había concedido la sabiduría de la fe. Por eso ahora estaba seguro de que aquel mismo Dios, tan generoso al dar, concedería con abundancia a sus lectores cualquier sabiduría menor que pudieran necesitar.

Poco después de escribir aquellas palabras en la áspera hoja de papiro que tenía ante sí, Santiago volvió a hablar de Dios como dador. Si los cristianos a quienes escribía se sentían, en medio de sus dificultades, incitados a hacer el mal, nunca debían culpar a Dios de aquella tentación. La inclinación a pecar nacía en su interior, insistía, y el fruto último del pecado era la muerte. Nada semejante, por tanto, podía proceder de Dios. Pero ¿qué procedía de Él? El alma de Santiago rebotaba mientras sumergía la pluma en la tinta y se disponía a escribir las palabras siguientes.

“No os extraviéis, amados hermanos míos”. Aquellas palabras transmitían la ternura de espíritu con que procuraba instruir a esos hermanos en la fe, tan queridos para él. “Toda buena dádiva y todo don perfecto procede de lo alto y descende del Padre de las luces” (Santiago 1:17).

Era una afirmación de alcance universal. Iba mucho más allá de decir simplemente que, si Dios daba un don, este sería bueno y perfecto. Eso era cierto, por supuesto, pero Santiago quería decir algo más. Si un don era verdaderamente bueno y perfecto, era porque Dios lo había dado. “Toda buena dádiva y todo don perfecto procede de lo alto”. El hombre no puede dar dones semejantes, cercado como está siempre por las limitaciones y debilidades de la naturaleza humana; todo don que ofrece lleva adherido algún rastro de su fragilidad, algún indicio de su propia mortalidad. En el mejor de los casos, los dones del hombre no pueden perdurar para siempre. En el peor, pueden ser

completamente desacertados e inadecuados para sus destinatarios. No, para que un don fuese bueno y perfecto en el sentido más verdadero de esas palabras, tenía que proceder de Dios. Tenía que descender de lo alto, de un Padre de las luces inmutable.

“Toda buena dádiva y todo don perfecto procede de lo alto y descende del Padre de las luces, en quien no hay variación ni sombra producida por cambio alguno” (Santiago 1:17).

Santiago pensaba ahora en aquellas luces celestiales —el sol, la luna, las estrellas— de las que Dios era Padre por haberlas creado. El salmista de antaño había dicho: “Dad gracias al Señor de señores... al que hizo las grandes lumbreras” (Salmo 136:3, 7). Pero —venía a decir Santiago— el Creador es mayor que su creación. El Padre de las luces es más admirable que las luces mismas. Pues en Él no hay ni rastro de la variación que tan claramente se observa en las luminarias del cielo. La luna, aquel orbe celeste que gobierna la noche, pasa regularmente por sus fases mientras crece y mengua mes a mes. Del mismo modo, el sol, que gobierna el día, recorre desde el amanecer hasta el ocaso el curso que le ha sido señalado y hace que las sombras de la tierra se alarguen o se acorten, según se halle bajo en el horizonte o arda con toda su fuerza en el cielo del mediodía.

Todo cambia; ninguna de las luces que iluminan a la humanidad permanece invariable. No así Dios. Cuando Él da aquellos dones buenos y perfectos que solo Él puede dar, llevan, para cuantos los reciben, el sello de su dador inmutable. Como dones, nunca dejan de ser todo lo que un don debe ser; su incomparable excelencia nunca se desvanece ni pierde brillo, y jamás proyectan sombra alguna sobre la vida que bendicen.

Cuando Dios da, está siempre en el cenit de su gloria, resplandeciendo como un sol de mediodía para el cual no puede haber tarde ni crepúsculo. Dones buenos y perfectos da: solo esos, y siempre esos. Él es el Padre de las luces, “en quien no hay variación ni sombra producida por cambio alguno”.

Pero ¿cómo podía Santiago ilustrar esta verdad? ¿De qué don hablaría, entre los incontables dones que Dios da, para ofrecer la demostración suprema del principio que acababa de declarar? La respuesta era evidente:

“De su propia voluntad nos engendró por la palabra de verdad” (Santiago 1:18).

¡Eso era! ¡El don por excelencia! Aquel mismo don del que el Salvador había hablado junto al pozo de Jacob, impartido únicamente por su palabra. ¡El don de la vida! Dios nos ha dado *vida* —estaba diciendo Santiago—, pues nos *engendró*. Y la semilla que hizo surgir aquella vida fue la semilla de su propia palabra. Fue así porque Él *quiso* que así fuera. No hubo esfuerzo alguno por nuestra parte, ni obra ni trabajo; fue sencillamente un acto de la voluntad divina.

“¡Tu hijo vive!” (Juan 4:50). Tal había sido la declaración mediante la cual se había manifestado el poder vivificador de la palabra del Salvador. Y aunque, durante aquellos largos años de doloroso rechazo, Santiago había permanecido ajeno a ese poder, ahora sí lo conocía. La palabra del evangelio del Hijo de Dios, la palabra que proclamaba que la vida eterna estaba gratuitamente al alcance del hombre, esa palabra, lo sabía, era la palabra de verdad. Y por medio de ella Dios podía engendrar hijos espirituales: almas individuales, como la mujer de Sicar o el propio Santiago, que poseerían entonces la vida misma de Dios.

“De su propia voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que fuéramos una especie de primicias de sus criaturas” (Santiago 1:18).

Somos hechura suya, pensó Santiago, aunque para expresar esa verdad recurría a una imagen propia. El Padre de las luces, cuya palabra creadora había llamado a la existencia al mundo natural, un día rehacería aquel mundo, y todas sus “criaturas” — todo cuanto había sido creado— serían hechas nuevas. La esperanza cristiana era clara y definida al respecto. “Nosotros, conforme a su promesa, esperamos cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales se establece la justicia”, habría de decir más adelante otro apóstol (2 Pedro 3:13).

Pero los cristianos habían esperado aquel mundo nuevo desde el principio. Santiago también lo esperaba y, al hacerlo, declaraba que aquellos a quienes Dios había engendrado eran las primeras señales de su llegada. Somos una “especie de primicias” con respecto a toda la creación, afirma. Lo que el primer fruto de una cosecha representa para la cosecha entera —de la misma naturaleza que ella y promesa de más fruto—, eso somos nosotros con respecto al mundo venidero. Rehechos por la palabra vivificadora de Dios, imbuidos de la vida del mundo venidero, somos un primer resplandor de la nueva creación que aún ha de venir.

¿Podía haber un don mayor? ¿Podía haber alguno más perfecto? Evidentemente no. Porque esto es la vida eterna. Y precisamente porque esa vida jamás puede faltarle a quien la posee y porque se convierte dentro de él en un manantial cuya agua jamás puede agotarse, es el don más adecuado para manifestar el carácter inmutable de Aquel en quien no se halla variación ni sombra producida por cambio alguno.

El Creador había caminado sobre la tierra. En Caná había convertido el agua en vino y había transformado la enfermedad de un niño en una salud rebosante. Lo más asombroso de todo, a juicio de Santiago, era que se hubiera dignado a habitar en aquel hogar de Nazaret, una aldea insignificante de Galilea. El problema que planteaba su presencia allí había desatado en otro tiempo una tormenta en el corazón de Santiago; pero ahora aquella tormenta se había aquietado y la sabiduría de Dios había ocupado su lugar. Santiago sabía ahora que Él no tenía su origen en aquel hogar, sino que había descendido de lo alto. Y había traído consigo el don bueno y perfecto por excelencia: la vida eterna. Por tanto, dondequiera que iba predicando y enseñando (¡cuánto había irritado aquello a Santiago en otro tiempo!), lo que proclamaba era la palabra de verdad, y lo que ofrecía, el don de la vida.

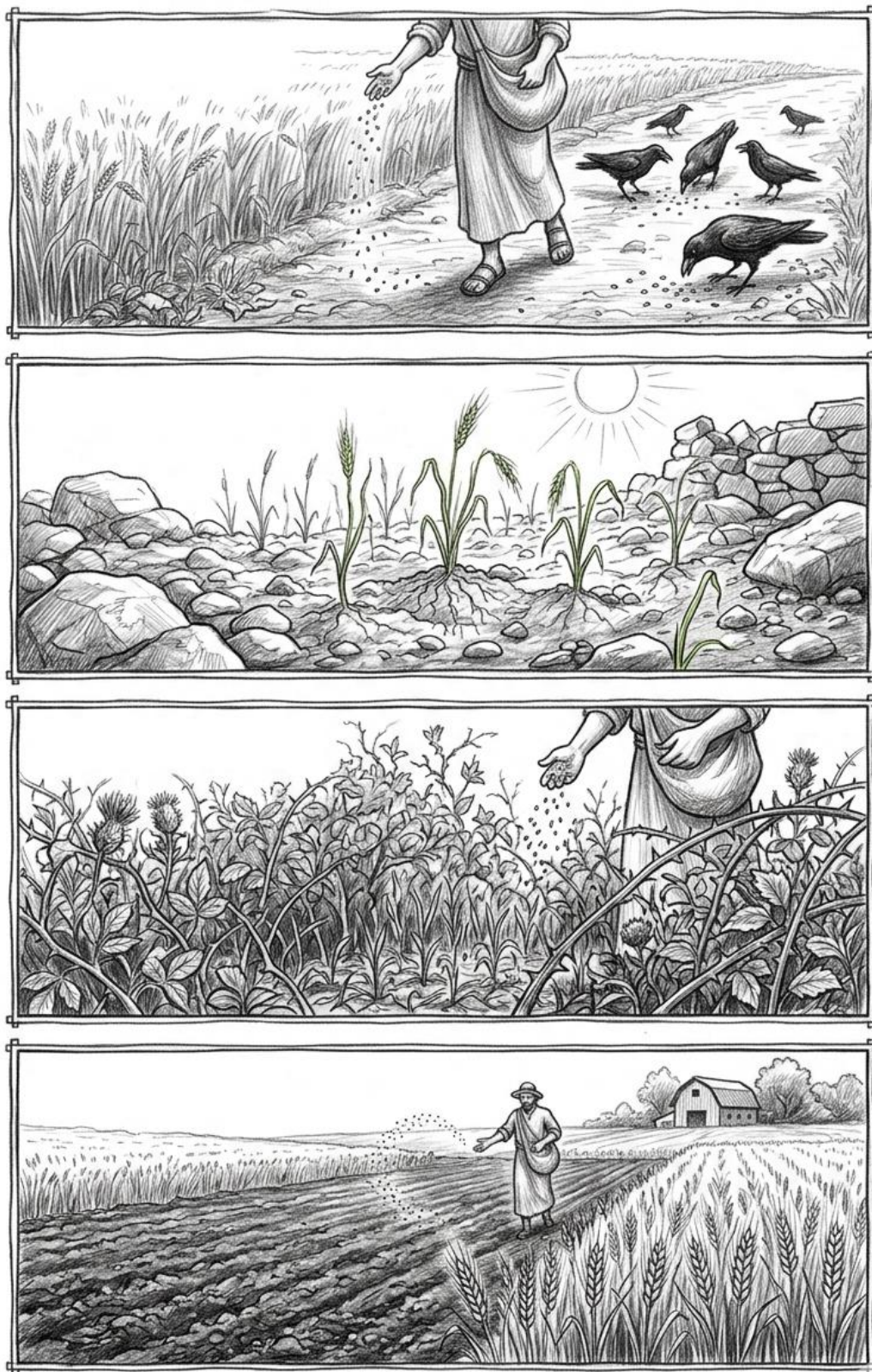
Más de una vez Santiago deseó poder volver atrás y vivir de nuevo aquellos años tan decisivos. En vez de haberse quedado en casa, cegado por la incredulidad, habría seguido por todas partes a su hermano enviado del cielo y habría estado pendiente de cada palabra llena de vida que pronunciara el Salvador. ¡Cuánto habría podido aprender de ese modo! ¡Cuánto habrían aprendido los discípulos que sí lo habían seguido por todas partes! En efecto, a Santiago le parecía que aquellos discípulos poseían una comprensión tan rica y variada del pensamiento de Dios que podía pasarse horas enteras escuchando cómo contaban cuanto habían oído en compañía de Jesús. Ahora que Santiago había sido engendrado por la palabra de verdad de Dios, por mucho que aprendiera acerca de la vitalidad de esa verdad en los corazones de aquellos a quienes había dado vida, nunca le parecía suficiente. Y precisamente sobre eso los discípulos parecían tener tanto que decir. Por eso, naturalmente, cuando los discípulos hablaban, Santiago escuchaba.

Pero Santiago no se quejaba en absoluto. Todo había sucedido conforme al plan soberano de Dios. Si él nunca había sabido lo que era seguir al Hijo de Dios mientras proclamaba su palabra por los caminos y senderos de su tierra natal, tampoco los

discípulos habían sabido lo que era crecer junto a Él. ¡Qué privilegiado había sido! ¡Mucho más de lo que las palabras podían expresar! Vivir bajo el mismo techo con Aquel que había descendido del cielo.

¡Pero había un privilegio aún mayor! Era un privilegio que ahora compartía con la mujer de Sicar, con el funcionario real de Capernaúm y con los propios discípulos. Y sobre este tema podía hablar con tanta elocuencia como cualquiera de ellos. De hecho, ninguno de ellos describió jamás este privilegio con mayor belleza que el propio Santiago. “Toda buena dádiva y todo don perfecto procede de lo alto y desciende del Padre de las luces... ¡De su propia voluntad nos engendró por la palabra de verdad!” (Santiago 1:17–18).

La semilla de la Palabra



Capítulo 6

La semilla de la Palabra

Lucas 8:1–15

Ahora bien, esta es la parábola: la semilla es la palabra de Dios. Los de junto al camino son los que oyen; luego viene el diablo y quita de sus corazones la palabra para que no crean y sean salvos. Los de la roca son los que, cuando oyen, reciben la palabra con gozo; pero estos no tienen raíz: creen por algún tiempo y en tiempo de prueba se apartan. Los de entre espinos son los que, después de haber oído, siguen adelante, pero quedan ahogados por los afanes, las riquezas y los placeres de esta vida, y no llevan fruto hasta la madurez. Pero los de la buena tierra son los que, habiendo oído la palabra con un corazón recto y bueno, la retienen y dan fruto con perseverancia (Lucas 8:11–15).

“De su propia voluntad nos engendró por la palabra de verdad”. Así había identificado Santiago el medio por el cual se comunicaba a los hombres el don de la vida. También los aldeanos de Sicar habían reconocido, de hecho, cuánto debían a aquella misma palabra. “Ahora creemos —insistieron ante la mujer—, no por tu palabrería, pues nosotros mismos *lo hemos oído* y sabemos que este es verdaderamente el Cristo, el Salvador del mundo” (Juan 4:42).

El poder de dar vida residía, por tanto, en las palabras de Jesús. Su declaración “Tu hijo vive” había comunicado vida en el plano físico exactamente del mismo modo que su evangelio la comunicaba en el plano espiritual. Su palabra era, pues, como una semilla que impartía el germen de la vida eterna a todo corazón creyente.

Santiago conocía ya la verdad de que la Palabra de Dios es como una semilla, pero siempre lamentó no haber estado presente cuando el Hijo de Dios expuso por primera vez las maravillosas ramificaciones de esa verdad. Aquel privilegio había sido concedido a los discípulos que lo habían acompañado de un lugar a otro, mientras Santiago permanecía en casa sumido en su incredulidad. Así pues, en años posteriores, Santiago recurría a aquellos discípulos para que le contaran el relato sencillo pero inolvidable en el que el Salvador había consagrado para siempre aquella verdad.

Y ellos sabían contarlo bien. De hecho, la parábola de la semilla y los terrenos había quedado grabada de manera indeleble en sus mentes y corazones, pues de todas las vívidas historias que Jesús les había contado, ninguna se la habían oído repetir tantas veces como esta. Al repetirla una y otra vez, su Maestro parecía indicar también la importancia que le concedía. Y tampoco se mostraba reacio a explicarles más de una vez su sentido profundo.

Años después recordaban, en particular, cierta ocasión en que habían recorrido con Él numerosas aldeas y ciudades de Palestina, seguidos por aquel fiel grupo de mujeres que atendía con tanta constancia las necesidades cotidianas de todos ellos. Aquel viaje con Jesús parecía atraer multitudes aún mayores de lo habitual. Cada ciudad y cada aldea por la que pasaban parecía engrosar las filas de quienes se agolpaban a su

alrededor. Por tanto, la multitud era inmensa cuando una mañana Jesús se detuvo para enseñar.

El lugar escogido estaba junto a un camino de Galilea (era del todo imposible acomodar a una multitud tan numerosa dentro de una aldea o ciudad). Para que todos aquellos a quienes hablaba pudieran verlo, su Maestro había escogido un terreno elevado, salpicado de rocas que sobresalían abruptamente del suelo, y se sentó sobre una de las piedras que coronaban aquella elevación.

A los discípulos les pareció una suerte que al pie de aquella loma hubiera una maraña de espinos, pues aquel matorral formaba una barrera natural entre Jesús y la multitud y le proporcionaba el espacio que tanto necesitaba. Así pues, la gente siguió su ejemplo y comenzó a sentarse tanto en el camino, delante de Jesús, como en el campo del labrador, al otro lado del camino. Cuando por fin todos encontraron un lugar que al menos pareciera razonablemente cómodo, el Salvador comenzó a hablar.

—Un sembrador salió a sembrar su semilla.

Las palabras sonaban tan naturales en aquel entorno agrícola que algunos de la multitud volvieron instintivamente la mirada hacia el campo que tenían detrás, casi esperando ver a un labrador entregado a su labor.

—Y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino; fue pisoteada y las aves del cielo se la comieron. (Lucas 8:5)

Entonces algunos de los que habían conseguido sentarse en el camino, justo delante de Jesús, bajaron la vista. *Sí —pensaron—, el labrador que había sembrado el campo junto a nosotros bien podía haber dejado caer alguna semilla allí mismo.* Pues cuando metía la mano en el gran saco que llevaba colgado del hombro y lanzaba un puñado de semillas sobre su terreno, no pocos de aquellos diminutos granos podían caer precisamente en aquel borde del camino. Pero allí no podían hallar una morada permanente.

Pronto los divisarían las aves, siempre al acecho, y los devorarían por completo. Ya no servía de nada buscar allí semilla alguna, ni siquiera un brote. Todo había sido arrebatado hacía mucho tiempo.

—Y otra parte cayó sobre una roca; y, tan pronto como brotó, se secó por falta de humedad. (Lucas 8:6)

Eso también podía ocurrir fácilmente allí mismo, pensaron los oyentes. Si el labrador se encontraba cerca del camino cuando lanzaba un puñado de semillas, algunos granos podían ir a parar al otro lado del camino, justo allí, en la ladera rocosa donde Jesús estaba sentado. Podían introducirse en las grietas y hendiduras de las piedras que sobresalían de la superficie del terreno, hallando allí una morada permanente, a salvo de las aves que tan fácilmente dejaban limpio el camino. Pero aquello era de escaso valor para el labrador. De aquellas grietas y hendiduras pronto podían asomar los brotes de la futura cosecha, pero no tardarían en marchitarse y quedar arruinados por el calor al que estaban expuestos. Y como la semilla no podía hundir sus raíces en aquella morada rocosa hasta alcanzar la humedad del suelo que había debajo, jamás llegaría a dar fruto.

—Y parte cayó entre espinos; y los espinos brotaron juntamente con ella y la ahogaron. (Lucas 8:7)

Y, por supuesto, los espinos estaban allí mismo, ante sus ojos. Nadie habría querido meter la mano en aquella masa erizada y enmarañada de zarzas. ¡Qué morada tan inhóspita ofrecerían a un grano de trigo que llevaba vida en sí! ¿Cómo podían los brotes

de aquel grano abrigar siquiera la esperanza de alcanzar la madurez en aquel miserable entorno? Sin duda, como Jesús había dicho, quedarían ahogados.

—Y otras cayeron en buena tierra, brotaron y produjeron fruto a ciento por uno. (Lucas 8:8)

La idea estaba clara. La capacidad de la semilla para dar fruto dependía del carácter del terreno sobre el que caía. La semilla era siempre la misma, pero el suelo no. Junto al camino, quedaba expuesta a las aves del cielo. Sobre la roca, no podía penetrar en su lecho de piedra. Entre los espinos, quedaba aplastada por la espesura que le servía de morada. Pero en buena tierra, bien arada y surcada para recibirla, la cosecha final podía ser verdaderamente maravillosa.

Hasta ahí, todo estaba claro. Pero los oyentes se preguntaban por qué había contado Jesús aquella historia. También los discípulos se lo preguntaban. Al fin y al cabo, las verdades que contenía eran evidentes en la naturaleza y, en una región salpicada de campos de cultivo, su valor informativo parecía verdaderamente escaso. Por eso, todos se sorprendieron un poco cuando Jesús prosiguió con otra enseñanza sin arrojar luz alguna sobre la parábola que acababa de contar.

Pero era una parábola, de eso estaban seguros los discípulos. A esas alturas ya conocían bien la manera de enseñar de su Maestro. Y uno de los mayores privilegios del discipulado consistía en los conocimientos especiales que tantas veces recibían de Él, además de lo que revelaba a las multitudes. Así que, más tarde aquel mismo día, en cuanto tuvieron ocasión, le pidieron una explicación:

—¿Qué podría significar esta parábola?

Su respuesta reveló la razón de su reserva ante las multitudes.

—A vosotros os ha sido concedido conocer los misterios del reino de Dios —dijo Jesús—. Pero a los demás se les presentan en parábolas, para que, viendo, no vean y, oyendo, no entiendan. (Lucas 8:10)

Los discípulos sabían que su Maestro no consideraba la verdad de Dios algo trivial ni común. Tampoco creía que debiera arrojarla sin más ante sus oyentes, sin poner a prueba su deseo de desentrañar su sentido. Y esto era especialmente cierto respecto a todo aquello que Él consideraba un *misterio* del reino de Dios. De hecho, cuando exponía alguno de estos secretos divinos, procuraba hacerlo siempre ante personas profundamente receptivas a su enseñanza. Los discípulos lo eran, al igual que las mujeres devotas que lo seguían. A ellos, pero no a las volubles multitudes de fuera, les eran reveladas las realidades ocultas que caracterizaban el reino de Dios.

El Señor Jesús continuó:

—Ahora bien, esta es la parábola: la semilla es la palabra de Dios. (Lucas 8:11)

¡Por supuesto! ¡Cuánta luz arrojaba ya aquello sobre la parábola, antes incluso de que dijera nada más! ¡La Palabra de Dios! ¡El evangelio del Hijo de Dios! Esa era la semilla que encerraba vida, la palabra que había abierto un manantial de agua viva en los corazones de Sicar y había hecho lo mismo en los suyos. Se refería a la palabra de verdad por medio de la cual habían sido engendrados para vida eterna, al igual que todos los que recibían aquella palabra con fe.

¡Qué maravillosa capacidad de dar fruto latía en aquella palabra! ¿Quién podía siquiera comenzar a calcular el potencial para el bien que comunicaba a los corazones en los que hallaba morada? ¿Quién podía medir el fruto que debía producir para la gloria de Dios? “Somos su hechura, creados para buenas obras”, y esas obras debían ser tan abundantes como pudiera hacerlas la fuente de vida que había dentro de ellos.

—Los de junto al camino —explicó Jesús— son los que oyen; luego viene el diablo y quita de sus corazones la palabra para que no crean y sean salvos. (Lucas 8:12)

Eso estaba bastante claro, les pareció a los discípulos. Había en la Palabra de Dios un poder vivificador que despertaba la hostilidad del adversario del hombre. Cada vez que se procuraba que aquella semilla vital hallara morada en algún corazón humano por medio de la fe, Satanás trataba con igual empeño de impedirlo. Por encima de todo, no podía permitir que la Palabra de Dios se alojara en aquel corazón. Tenía que devorarla de algún modo y, de esa manera, quitarla de allí antes de que surgiera la fe. Porque si surgía la fe, también se produciría la salvación! Era urgente para él impedir que “creyeran y fueran salvos”.

Años después, si no ya en aquel mismo momento, los discípulos también reflexionarían sobre lo apropiado que resultaba el camino como imagen del corazón al que el enemigo arrebatava la Palabra de Dios. Porque un camino, a diferencia de un campo o de un terreno con rocas o espinos, era una vía de paso. Jesús había dicho que la semilla era “pisoteada” y que *después* las aves la arrebataban. Y esto sugería la clase de corazón que era, por así decirlo, un camino por el que transitaba una multitud de pensamientos. Distráido por sus propias preocupaciones, sus propias ideas y sus propias ambiciones, aquel corazón se convertía en un lugar donde la Palabra de Dios era pisoteada, sofocada y aplastada por las innumerables inquietudes que habían hecho de él su vía de tránsito. Así, con su consumada destreza y su magistral comprensión de la psicología humana, el diablo podía desatar en aquel corazón una actividad irrelevante o confusa en el preciso momento en que oía la palabra de verdad. De ese modo, la Palabra no se oía con fe; no se discernía ni se apreciaba su sencillez, y muy pronto se olvidaban su sentido y su relevancia. Así, el enemigo lograba arrebatársela. La salvación no se producía.

Sin embargo, antes de que Jesús añadiera nada más, los discípulos ya comprendían intuitivamente un aspecto del resto de la parábola. Del camino —y solo del camino— había sido arrebatada la Palabra de Dios. El propio Salvador había señalado expresamente que aquel arrebato tenía por objeto impedir que se produjera la salvación. Allí, y solo allí, Satanás había triunfado por completo. Las aves habían devorado la semilla. Pero ni del terreno rocoso ni del terreno con espinos ni del campo surcado había sido retirada jamás la semilla vital. Tanto si no producía fruto alguno como si lo producía en abundancia, la semilla había encontrado morada en el suelo en el que cayó, y las aves malignas jamás la habían tocado.

La conclusión era clara. En todos los demás corazones, cualquiera que fuese el carácter de su suelo, había surgido vida nueva. La semilla vivificadora, la palabra viva de un Dios vivo que, por su propia voluntad, engendró a los hombres mediante la palabra de verdad: eso era lo que había caído en aquellos corazones para quedarse. Pero ¡qué distintos eran los resultados! Los discípulos aguardaban ansiosos que Él arrojara más luz.

“Los de la roca son los que, cuando oyen, reciben la palabra con gozo; pero estos no tienen raíz: creen por algún tiempo y en tiempo de prueba se apartan” (Lucas 8:13).

Sí, los discípulos habían acertado. En el corazón que el Salvador describía ahora *había* surgido la fe; y no una fe meramente pasiva —aunque incluso esa habría sido suficiente—, sino una fe *gozosa*. “Cuando oyen, reciben la palabra *con gozo*”. Pero ¡ay! La fe mediante la cual habían hecho suyo el don de la vida no había perdurado. Estos eran los que “creen por algún tiempo y en tiempo de prueba se apartan”.

La *fe* no había perdurado. ¡El *don* de Dios sí! En efecto, aquel don perduraba siempre, pues, como Jesús había insistido, “¡Quien beba del agua que yo le daré nunca tendrá sed! Pero el agua que yo le daré se convertirá en su interior en un manantial de agua que brota con ímpetu para vida eterna” (Juan 4:14).

El hombre, ciertamente, estaba sujeto al cambio. ¡El Dios que le había dado aquel don no lo estaba! Y el don de la vida, como toda buena dádiva y todo don perfecto, tenía su origen y su fuente en un dador inmutable. Procedía de lo alto, del Padre de las luces, en quien no hay variación ni sombra producida por cambio alguno. No, el sentido de las palabras de su Maestro era claro. La semilla viva permanecía en el corazón. La fe que la había recibido, no.

¡Trágica realidad! Los discípulos creían haberla visto en acción. Incluso podían recordar, en algunas de las muchas ciudades por las que habían pasado, a ciertas personas que habían oído la palabra de su Maestro con un entusiasmo casi ilimitado. Abiertamente y con valentía lo habían reconocido como el Cristo de Dios y se habían regocijado en la salvación que habían recibido de Él. Tan intensa había sido, de hecho, su reacción inicial que había impulsado a otros habitantes de su aldea a compartir su fe. Así, con sorprendente rapidez, la semilla viva que había en ellos comenzaba a brotar.

Sin embargo, meses después, cuando el Salvador volvió a pasar por aquel lugar, resultó difícil ponerse en contacto con aquellas personas. Y cuando por fin dieron con ellas, la frialdad de su saludo, la mirada esquiva, la excusa apenas disimulada para marcharse: todo contaba la misma historia sombría. Su actitud había cambiado; su fe había desaparecido. A menudo, cuando los discípulos hacían averiguaciones en aquellos lugares, salía a la luz una enmarañada trama de circunstancias, en la que destacaban los oscuros hilos de las dificultades y la persecución. El entusiasmo inicial que habían sentido se había derrumbado bajo el peso de las tribulaciones y las pruebas. Y, con él, se había derrumbado también su fe.

¡Cuánto ayudaba la parábola de su Maestro a comprender casos como aquellos! El suelo de aquellos corazones era *rocoso*. El terreno sobre el que había caído la semilla era duro, recio y resistente. Y, por esa misma razón, era también poco profundo, pues la semilla no podía atravesar su barrera de piedra para hundir sus raíces en la tierra húmeda que había debajo. De ahí que brotara antes, pero también que se marchitara antes al quedar expuesta al calor implacable. Al no poder hundir sus raíces hasta lo más profundo de su morada, la semilla no podía producir cosecha alguna.

¡Ahora lo entendían! En adelante no darían por sentado que el entusiasmo inicial fuera siempre una señal de que el corazón era fértil. De hecho, podía indicar precisamente lo contrario, pues podía revelar una superficialidad de espíritu que apenas dejaba penetrar la verdad de Dios. Solo el paso del tiempo y las pruebas podían revelar qué clase de suelo había encontrado la Palabra de Dios. Era mucho mejor que los brotes tardaran en aparecer mientras la verdad echaba raíces profundas en el alma en la que había entrado, para que al final el fruto fuera abundante y la presencia de la semilla quedara manifiesta sin lugar a dudas.

Una vez muertos los pequeños brotes que habían surgido sobre las rocas, ¿quién podría adivinar que allí permanecía una semilla vivificadora, ahora mezclada con la tierra sobre la que había caído? ¿Quién supondría que un hombre que se había apartado de su fe había poseído alguna vez la vida? Pero si alguna vez había estado allí, allí permanecía todavía. ¡Y ese era uno de los misterios del reino de Dios!

Pero ¿y los espinos?

—Los de entre espinos —continuó el Salvador— son los que, después de haber oído, siguen adelante, pero quedan ahogados por los afanes, las riquezas y los placeres de esta vida, y no llevan fruto hasta la madurez.

Ahora comenzaba a resultar más fácil. Había una progresión en las imágenes del Maestro. La semilla caída junto al camino desaparecía por completo, sin llegar a mostrar su vitalidad ni siquiera mediante un solo brote. La semilla que había caído sobre la roca echaba unos cuantos brotes, prueba de la vida que los producía, pero estos pronto desaparecían. La semilla de entre espinos llegaba más lejos. La fuerza vital que contenía volvía a actuar, pero el tallo que producía quedaba raquítico y nunca llegaba a madurar por completo. Los espinos entre los que la semilla había encontrado su morada habían impedido que el tallo madurara y lo condenaban a no pasar nunca de ser una planta enana.

Los discípulos conocían demasiado bien la clase de persona a la que se aplicaba la figura de los espinos. Más de una vez, delante de ellos, Jesús había invitado a alguien a seguirlo (Lucas 9:59–62). Tal vez aquella persona acababa de llegar a creer en Él, y ahora el Salvador le presentaba la senda del discipulado. Después de haber concedido a aquel corazón el agua de vida, ahora lo invitaba a comer de su alimento.

Su llamamiento era un desafío a hacer la voluntad de Dios y acabar su obra. Pero, con demasiada frecuencia, la invitación recibía una negativa cortés. Había responsabilidades familiares; había negocios que atender; la vida con Jesús sería demasiado dura; había mil excusas, pero todas se reducían a las mismas cosas. Los afanes de la vida, los placeres de la vida, el amor al dinero: ¡esos eran los espinos! Espinos lacerantes y erizados, profundamente arraigados en el mismo corazón en el que la Palabra de Dios había entrado con poder vivificador.

No se trataba de perder la fe, como en el caso de aquellos cuyos corazones eran terreno rocoso, sino de encontrar espacio para que la verdad de Dios floreciera. Se trataba de permitir que la vida de Dios en su interior creciera hasta alcanzar su plena expresión y produjera la exuberante cosecha de obras para la cual había sido sembrada la semilla. Pero los espinos lo impedían: crecían junto con la Palabra de Dios y la ahogaban.

Por fortuna —pensaron los discípulos—, había otra clase de terreno.

—Pero los de la buena tierra —concluyó Jesús— son los que, habiendo oído la Palabra con un corazón recto y bueno, la retienen y dan fruto con perseverancia. (Lucas 8:15)

Los discípulos no podían evitar pensar en las mujeres que viajaban con ellos. María Magdalena era una de ellas; también Juana, esposa de Chuza, un alto funcionario de Herodes; una mujer llamada Susana; y muchas más. ¡De cuántas maneras los habían ayudado! Habían cocinado, habían cosido, habían invertido tiempo y energía y, no menos importante, habían gastado su propio dinero; todo ello para hacerle un poco más llevaderos aquellos viajes en los que predicaba la Palabra de Dios.

Juana, en particular, había dejado la cómoda vida en la corte de Herodes Antipas para seguir a Jesús en aquellos viajes agotadores. Los discípulos habían perdido la cuenta de cuánto dinero llevaba gastado —probablemente también la propia Juana—, pues era muy acomodada.

¿Qué las hacía diferentes de otros que oían la Palabra de Dios y creían en ella? ¿No era la actitud de sus corazones? ¿No era el espíritu de gratitud que las llenaba? ¿Acaso no eran sus corazones buena tierra, como un campo bien surcado sobre el que había

caído la semilla de Dios? ¡No era de extrañar que persistieran en seguir al Salvador mes tras mes por los fatigosos caminos que Él recorría!

Los discípulos se maravillaban de la lealtad de aquellas mujeres, pero entendían muy bien qué las movía. Sus propios corazones les brindaban una explicación que estaban seguros de poder aplicar también a otros. Les parecía que la devoción al Salvador era el único proceder sensato y honrado que les cabía. Después de todo, ¿no les había concedido Él aquel don de la vida que les garantizaba un lugar con Él en el mundo venidero? ¿No estaban, por el mero hecho de poseer aquel don, preservados para siempre de la condenación del infierno? Era un don glorioso, tan bueno y perfecto que, a su entender, inspiraba la más profunda gratitud hacia quien se lo había dado. Por tanto, ninguna tarea era demasiado ardua ni ningún sacrificio demasiado grande si se hacía por Él. Los discípulos creían que aquellas mujeres sentían lo mismo.

No había en ellas ni rastro de la dureza y superficialidad propias de un corazón que, como un terreno pedregoso, solo permitía que la verdad de Dios morara en la superficie. Las raíces de la nueva vida que habían recibido ya habían penetrado hasta lo más hondo de sus almas, extrayendo la humedad de la devoción y del amor a Dios.

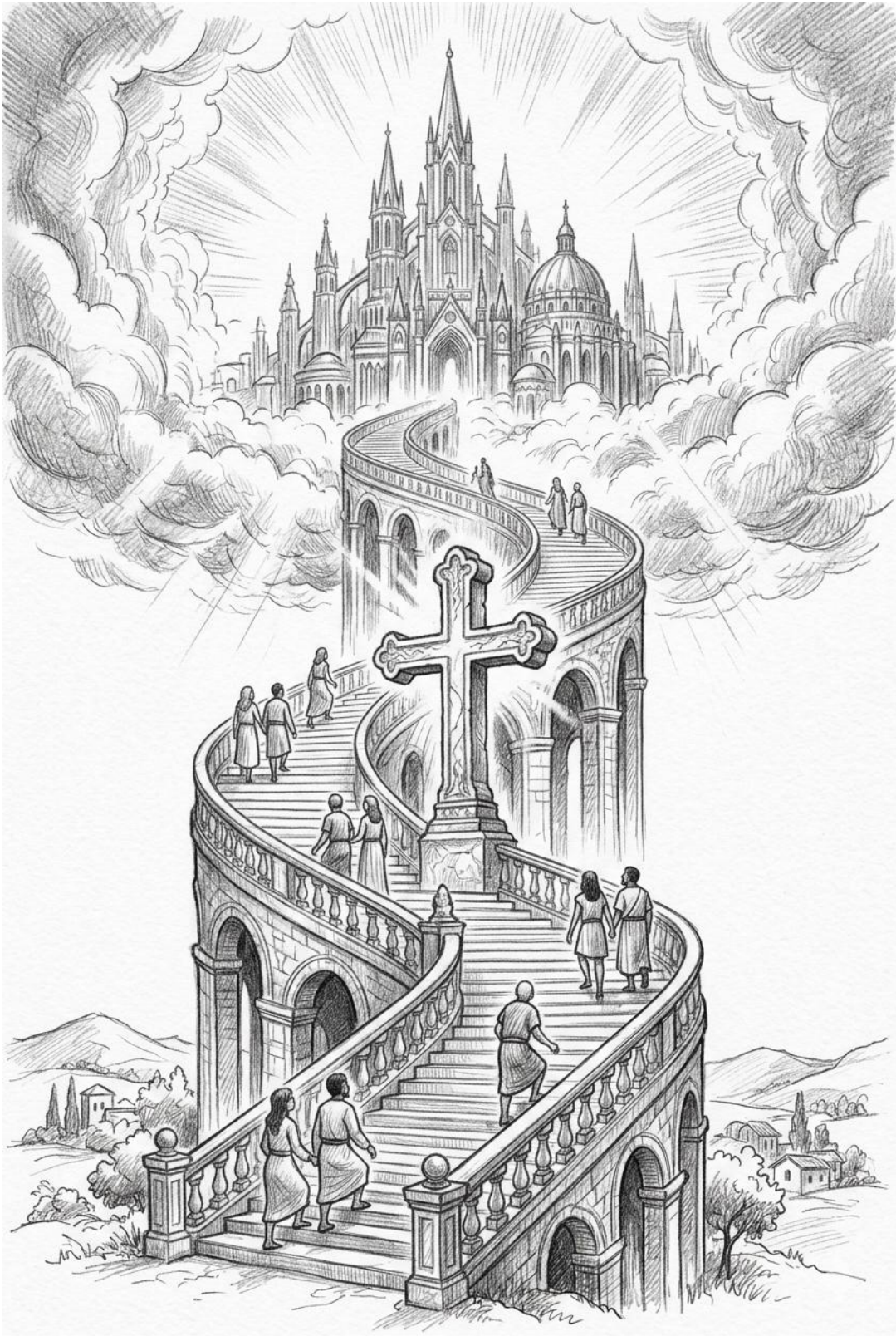
Los espinos tampoco las estorbaban. Todas podrían haberse quedado en casa, alegando las apremiantes preocupaciones de la vida diaria, pero no lo habían hecho. ¿Llegaría su fruto a la madurez? ¿Sería verdaderamente abundante la cosecha de sus vidas para Dios? Los discípulos estaban seguros de conocer la respuesta. Solo podían desear que sus propios corazones fueran tan rectos y buenos como, según creían, los de aquellas mujeres.

¡Cuánta luz habían recibido de aquella sencilla parábola! ¡La semilla era la Palabra de Dios! Y solo aquel corazón del que la semilla podía ser arrebatada de inmediato, antes de que la fe la hiciera suya —solo un corazón así— quedaría sin participar de la vida. Pero la medida de aquella vida —el alcance de su plenitud y de su bendición— dependía de la clase de terreno en el que había caído la semilla.

Siempre era la misma semilla vital, rebosante de vida eterna y de todo el potencial divino de aquella vida. Pero si no podía echar raíces profundas en su nueva morada, las señales de su presencia serían breves y pasajeras: poco más que unos cuantos brotes débiles, pronto marchitados por el calor de la prueba. Y si tenía que compartir el terreno con un espíritu mundano, con el amor al dinero o a los placeres, o sencillamente crecer en un corazón invadido por las preocupaciones terrenales, jamás podría realizar plenamente cuanto prometía ni alcanzar la plena estatura hacia la que tendía.

No, la plena cosecha de buenas obras en la vida de quien había probado el agua de vida dependía de la sinceridad de un corazón capaz de aferrarse firmemente a la Palabra de Dios y guardar esa verdad como su posesión más preciada. Dependía de una entrega interior capaz de perseverar en medio de las pruebas y las dificultades. La vida contenida en la semilla era el don de Dios. Pero el fruto de aquella vida dependía del espíritu del hombre en cuyo corazón habitaba ahora la semilla.

A los discípulos les pareció haber oído aquello antes. De hecho, estaban seguros de ello. Se podía tomar gratuitamente del agua de vida y poseerla para siempre. Pero era preciso trabajar para hacer la voluntad de Dios y acabar su obra. Y si un hombre no lo hacía, ¡aquella comida podía seguir siéndole desconocida para siempre!



Capítulo 7

Discipulado: salvar la vida que perdemos

Lucas 9:18–26

Y dijo a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida la perderá; pero todo el que pierda su vida por causa de mí, ese la salvará. Pues ¿qué provecho obtiene un hombre si gana el mundo entero, pero se pierde a sí mismo o queda desechado? Porque todo el que se avergüence de mí y de mis palabras, de este se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su propia gloria, en la de su Padre y en la de los santos ángeles (Lucas 9:23–26).

Seguir al Señor Jesús por los pueblos y aldeas de Palestina podía resultar sumamente agotador. A veces, los discípulos casi se sentían tentados a preguntarse si realmente todo aquello valía la pena. En alguna rara ocasión, cuando lograban escapar de las multitudes, se limitaban a sentarse en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Y en aquellos momentos de reflexión era natural que sus pensamientos volvieran al hogar, a la familia y a los amigos.

Casi parecía que la vida pasaba de largo ante ellos. En vez de recorrer aquellos caminos polvorientos, tratando de comunicarse con muchedumbres que a menudo parecían tan poco agradecidas y tan incapaces de comprender, deberían estar en casa con sus esposas, ganándose un sustento seguro y criando a sus hijos. Eso era lo que todos los demás parecían hacer, incluso muchos que creían en su Maestro y habían recibido su don de la vida. Y si los demás podían hacerlo, ¿por qué ellos no? Tal como estaban las cosas, a veces pensaban que estaban perdiendo la vida. En la plenitud de sus años, se estaban perdiendo las satisfacciones más básicas de la vida.

Sin embargo, aquellas reflexiones solían ser muy fugaces. Sabían por qué hacían lo que hacían. El Salvador en quien creían tan profundamente los había llamado a aquella vida. Si Él hubiera sido un hombre más, lo habrían abandonado en un instante. Pero era más que un hombre, más incluso que el más grande de los hombres, más que los mayores portavoces de Dios en la historia judía. Era el Redentor del mundo. Por eso lo seguían. Que los corazones de otros fueran terreno rocoso. Que otros quedaran ahogados por los espinos de los afanes mundanos. Ellos seguirían a Jesús.

Algunos miraron hacia Él. Estaba orando. Pocas cosas los conmovían más que ver orar a Jesús. Era una faceta suya que las multitudes nunca veían. Cuando Jesús quería orar, siempre procuraba apartarse de las multitudes que se agolpaban a su alrededor. Pero no le importaba que ellos estuvieran cerca, ¡y cuánto se alegraban de que fuera así! Nunca habían visto a nadie orar como Él. Por lo general, no alcanzaban a oír sus palabras, pues solía apartarse un poco de ellos. Pero no necesitaban oírlas. Era evidente que, para Jesús, la oración era la forma más rica imaginable de comunión con su Padre celestial. Contemplaban, siempre que podían, su rostro y, si estaban lo bastante cerca, sus ojos vueltos hacia el cielo. ¡Qué sencillez de espíritu —creían percibir—, qué

confianza, qué amor! ¡Cómo deseaban *ellos* poder orar así! Quizá algún día estuviera dispuesto a enseñarles (Lucas 11:1).

Había terminado de orar. Se puso en pie y volvió junto a ellos. Con expresión pensativa, se sentó con ellos y, al cabo de un momento, les planteó una pregunta.

—¿Quién dice la gente que soy? —preguntó. (Lucas 9:18)

No había una respuesta única a aquella pregunta. Los discípulos habían oído muchas conjeturas al mezclarse con quienes escuchaban a Jesús. La mayoría, en efecto, coincidía en que Jesús era alguien de gran importancia en el plan de Dios. Pero allí terminaba el consenso y comenzaba la diversidad de opiniones.

—Juan el Bautista —comenzaron, proponiendo una opinión muy extendida—; pero otros dicen que Elías, y otros, que uno de los antiguos profetas ha resucitado. (Lucas 9:19)

—Y *vosotros*, ¿quién decís que soy? —prosiguió Jesús.

Por supuesto, Él ya sabía quién creían que era. Pero, como solía hacer, prefería que fueran ellos quienes formularan aquella afirmación, en vez de hacerlo Él mismo. Maestro consumado como era, sabía muy bien que una verdad expresada con claridad una sola vez por el alumno valía por diez afirmaciones semejantes de boca del maestro.

Y su respuesta *fue* tan clara como rotunda. Pedro habló en nombre de los demás.

—El Cristo de Dios —afirmó. (Lucas 9:20)

Era una afirmación decisiva. Si Jesús hubiera sido simplemente un profeta de antaño que hubiera reaparecido, o Juan el Bautista, decapitado poco antes pero ahora vuelto a la vida, o incluso Elías, regresado de los cielos adonde había sido llevado milagrosamente, aquello habría sido algo prodigioso. Y las multitudes estaban dispuestas a creer que en aquellos días sucedía algo prodigioso. Pero en semejantes conjeturas no había salvación. Ni siquiera el mayor de los profetas podía otorgar el don de la vida eterna. La mujer de Sicar había aprendido precisamente eso: para dar agua viva a los hombres, Jesús tenía que ser quien los discípulos decían que era: el Cristo de Dios.

Los sorprendió la reacción que la confesión de Pedro provocó en su Maestro. Apenas la hubo pronunciado, Él les ordenó con bastante severidad que no revelaran aquel hecho a nadie. Por supuesto, entendieron lo que quería decir: deseaba que ellos hicieran precisamente lo que Él acababa de hacer con ellos. Debían procurar que los hombres llegaran por sí mismos a la conclusión de quién era Él, en lugar de imponérsela mediante una afirmación directa. Ese había sido el método del Salvador desde el principio.

En el pozo de Jacob, por ejemplo, Él no había mencionado su título mesiánico hasta después de que la mujer lo mencionara. “Sé que viene el Mesías, el que es llamado Cristo. Cuando Él venga, nos anunciará todas las cosas”, había dicho ella (Juan 4:25). Aquella, por supuesto, era la conclusión a la que Él había querido que llegara, y estaba dispuesto a confirmarla de inmediato. “Yo, el que habla contigo, soy Él”, había dicho Jesús (Juan 4:26). Pero, en realidad, *ella* misma había llegado a esa conclusión, aunque Él la había guiado hábilmente hasta ella mediante la perspicacia y la sabiduría de sus palabras. Así era también como a menudo prefería llevar a los hombres, paso a paso, a la fe y a la salvación. En ese sentido, no había nada particularmente nuevo en aquella severa orden.

Pero a ellos les pareció que sus palabras contenían una nueva urgencia. También había una nueva razón.

—El Hijo del Hombre —dijo Jesús— debe padecer muchas cosas, ser rechazado por los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas, ser muerto y resucitar al tercer día. (Lucas 9:22)

Les costaba asimilarlo. Como el Cristo de Dios, pensaban entonces, debía de estar a punto de establecer su reino e iniciar un reinado glorioso. Solo después de que los acontecimientos que ahora describía tuvieron lugar, llegaron los discípulos a comprender cuán necesarios habían sido. En efecto, podría haber establecido su reino de inmediato —ningún poder humano habría podido resistirlo si hubiera decidido hacerlo—, pero habría sido un reino vacío de hombres. Los santos ángeles, que se contaban por miríadas, podrían haber entrado en ese reino. Pero no así los hombres culpables, hechos de carne. El mismo don de la vida eterna, un don que garantizaba a los hombres el acceso a ese reino, no podía darse a ningún corazón sin los decisivos acontecimientos de los que Jesús hablaba ahora.

Un don, por supuesto, es gratuito para quien lo recibe. Pero puede tener un coste inconmensurable para quien lo da. Y así sucede con el don de la vida eterna. Ofrecido gratuitamente a cualquiera que lo deseara —“Si conocieras el don de Dios... le habrías pedido” (Juan 4:10)—, era, sin embargo, una dádiva por la que se pagó un precio terrible. Y Jesús, su dador, debía pagar aquel precio. Debía sufrir. Debía morir. Debía cargar con los pecados de aquellos a quienes daba su don; sí, incluso con los de aquellos que, para su eterna desdicha, rechazaron aquel don.

Los discípulos aún no comprendían aquello. Pero, cuando llegaron a comprenderlo, lo incorporaron al mensaje que proclamaban a los hombres. Entonces hicieron plenamente suyas las palabras que todavía habría de pronunciar otro apóstol llamado Pablo: “que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:1–4).

De estos acontecimientos necesarios les hablaba ahora Jesús.

—El Hijo del Hombre *debe* padecer muchas cosas, ser muerto y resucitar al tercer día —les estaba diciendo.

Y la necesidad de que todo esto sucediera parecía ser la razón por la que ahora insistía en que mostraran aún mayor reserva a la hora de divulgar que Él era “el Cristo de Dios”. La ceguera de las multitudes y sus desacertadas conjeturas acerca de quién era Él pronto favorecerían los planes de los enemigos de Jesús. Los ancianos de la nación, los principales sacerdotes del templo, los escribas de la ley judía: todas aquellas fuerzas hostiles descubrirían que una turba ciega e incrédula era fácil de manipular durante los trágicos acontecimientos que se avecinaban (Mateo 27:20–25). Aunque los discípulos apenas vislumbraban lo que todo aquello significaba, desde entonces caminaban con Jesús a la sombra de su cruz.

Por eso —pensarían más tarde— no era de extrañar que, cuando volvió a hablar a todo el pueblo, sus palabras llevaran la impronta de aquel nuevo tema que acababa de introducir y sobre el cual, sin duda, había estado orando.

—Si alguno quiere venir en pos de mí —dijo el Salvador a todos los que lo escuchaban—, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. (Lucas 9:23)

Era la primera vez que mencionaba la palabra “cruz”. Para el público en general, la expresión podía resultar casi incomprensible. Para los discípulos, a la luz de lo que les había dicho en privado, aquella palabra cobraba una fuerza extraordinaria. Era evidente que significaba muerte. ¡Y qué muerte: lenta, prolongada, agonizante! La sola idea los estremecía. Además, sus palabras hicieron revivir en sus mentes la imagen familiar de

un criminal condenado que cargaba con su propio patíbulo de madera hasta el lugar escogido para su ejecución. Así pues, su Maestro estaba diciendo —¡apenas podían creer que lo dijera!— que ellos, como otros tantos malhechores condenados, debían tomar cada uno su propia cruz y ponerse en fila tras Él. Les había dicho que Él debía morir. ¡Ahora les decía que marcharan tras Él!

Evidentemente, aquella no era manera de atraer discípulos de entre la multitud. De hecho, era una buena manera de ahuyentarlos. La experiencia había mostrado cuántas personas tenían el corazón como un terreno rocoso o cubierto de espinos. Sin duda, aquel no parecía el modo de vencer el obstáculo que la semilla viva de la Palabra de Dios encontraba en tales vidas. Pero, pensándolo mejor, probablemente Él lo sabía. Sin duda lo sabía. No se trataba en absoluto de apelar al corazón duro o mundano, sino de entresacar de todos ellos a quienes tenían un corazón recto y bueno. Era, por tanto, un esfuerzo por depurar las filas de sus seguidores y dirigirse únicamente a aquellos cuya entrega era genuina.

Todo respondía a un mismo principio: su reticencia a imponer a los hombres la conclusión de que Él era “el Cristo de Dios” cuando se conformaban con pensar que solo era un profeta, y su reticencia a atraerlos al discipulado sin hacerles la más rigurosa advertencia sobre su coste.

En el primer caso, quienes se conformaran con permanecer en su ceguera no llegarían a recibir el don del agua de vida. En el segundo, quienes se conformaran con seguir llevando una vida cómoda no llegarían a probar ese alimento: hacer la voluntad de Dios. A medida que se acercaba la hora de su rechazo, con todo el trágico dolor que traería para quienes estaban más cerca de Él, el Salvador iba apartando de entre sus seguidores a los faltos de verdadera resolución y a quienes no lo seguían con sinceridad.

¿Quería decir realmente que *todos* ellos debían morir? Tal vez, pero eso no estaba en absoluto claro. Para los discípulos era evidente que aquellas palabras contenían un sentido simbólico. Obviamente, no se trataba de recoger literalmente un madero y cargar con él durante sus constantes viajes. ¡Aquellos viajes ya eran bastante agotadores de por sí! No, debía de tratarse más bien de un principio, de aceptar todo cuanto una cruz pudiera significar. Y a ello había unido un llamamiento a negarse a sí mismos.

Más adelante, cuando tuvieron más ocasión de reflexionar, comprendieron que en eso consistía precisamente el discipulado. Cuando soñaban con su hogar, con sus seres queridos o con las comodidades que habían dejado atrás, pero perseveraban en seguir a Jesús adondequiera que Él los condujera, aquella era la negación de sí mismos de la que hablaba. Y cuando les parecía que, día tras día, su vida personal se perdía en aras de la obra de Dios y de la difusión del evangelio, aquello era sin duda una forma de morir que los privaba de la experiencia normal de la vida.

Seguir a Jesús, por tanto, significaba renunciar a los propios intereses, decir no al deseo natural de alcanzar toda la satisfacción que la vida terrenal pudiera ofrecer y aceptar una cruz en su lugar. Expresado así, sonaba bastante severo. No se mencionaba el gozo profundo que solo podían conocer quienes habían saboreado aquel espléndido alimento que era hacer la voluntad de Dios. Pero ese era precisamente el propósito de su Maestro en aquel momento.

Él se encaminaba hacia una cruz, con toda su cruda realidad y todo su sufrimiento. Nadie que de veras quisiera entregarle su vida debía abrigar la ilusión de que el camino fuera cómodo y fácil. Sin duda, una vida así tenía recompensas incluso aquí y ahora.

Pero también entrañaba privaciones y sufrimiento —quizá incluso la muerte—, y el verdadero discípulo debía aceptar esa premisa sin reservas.

¡Qué dicha saber que la entrada en el reino de Dios no dependía del discipulado! Si así fuera, ¡qué pocos entrarían jamás en aquel reino! De hecho, los propios discípulos no podían evitar preguntarse si, a la larga, serían realmente capaces de estar a la altura de semejantes exigencias. Si la vida eterna hubiera dependido de ello, no habrían podido tener seguridad alguna de que realmente la poseían ni de que alguna vez llegarían a poseerla. Solo habrían podido esperar alcanzarla al final.

¡Pero qué dulce, qué incomparablemente dulce, saber que la vida era verdaderamente suya —en aquel mismo momento— como don de Dios! No la habían ganado; no podían perderla! Habían bebido del agua viva y jamás volverían a tener sed. ¡Jamás, por toda la eternidad! Al reflexionar en ello, se maravillaban al comprobar cómo aquella seguridad sostenía y fortalecía su determinación de perseverar como discípulos. Podrían haber pensado que produciría el efecto contrario: que los volvería descuidados al saber que su destino eterno estaba asegurado. Pero no era así en absoluto. De hecho, les proporcionaba aquella seguridad interior fundamental en su relación con Jesús. Esa seguridad constituía su mejor defensa contra el desánimo y el fracaso.

El discipulado era difícil y, si las palabras de su Maestro significaban algo, estaba destinado a hacerse aún más difícil. Les habría resultado psicológicamente insoportable pensar que un fracaso en algún punto del camino pudiera echar por tierra toda su experiencia con Dios. Pero eso era imposible. Fuera lo que fuese lo que los aguardara, alentador o desalentador, el manantial vivo que había en su interior seguiría brotando con ímpetu para vida eterna. Y aquel pensamiento era como un Gibraltar espiritual, contra el que las olas de la inseguridad y del desánimo podían estrellarse en vano.

Las siguientes palabras de Jesús fueron tan solemnes y graves como las que acababan de oír. Además, confirmaron la impresión que las anteriores les habían causado.

—Porque todo el que quiera salvar su vida la perderá; pero todo el que pierda su vida por causa de mí, ese la salvará. (Lucas 9:24)

Sí, habían acertado plenamente en su interpretación de aquellas palabras. La cruz que debían tomar con valentía para seguir a Jesús les hablaba de perder la vida: aquella misma vida que tantas veces sentían que realmente *estaban* perdiendo durante las interminables jornadas por los caminos con el Salvador. Seguían respirando, comiendo y durmiendo, por supuesto. Pero, en lo referente a los gozos terrenales y al cumplimiento de las ambiciones mundanas, semejante experiencia se reducía a un rotundo cero. Era la vida menos todo aquello que los hombres del mundo llaman “vida”. Era, por tanto, en esencia la pérdida de la “vida”.

Sin embargo, Jesús decía que, cuando los hombres intentaban conservar su vida, en realidad terminaban perdiéndola. Y cuando la perdían por causa de Él, como hacían los discípulos día tras día, en realidad la salvaban. Era una paradoja sorprendente. Y aunque exigía mucha más reflexión de la que los discípulos podían dedicarle en aquel momento, su sentido general estaba claro. A un hombre le resultaría bastante fácil rehuir los rigores y las privaciones del discipulado para aferrarse a su hogar, su familia, su trabajo y sus placeres. Era natural querer vivir plenamente la propia vida aquí y ahora, pero hacerlo equivalía a sacrificar su valor eterno. Vivir así era vivir de manera egoísta, y una vida semejante no podía tener significado ni valor perdurables. Desaparecía tan pronto como había sido vivida. Al tratar de conservarla, por tanto, el hombre en realidad la perdía.

A la inversa, la paradoja del Maestro afirmaba que perder la vida por causa de Él era, en realidad, salvarla. Hacer de Jesús el centro de la propia vida, aunque en apariencia exigiera sacrificar tantas cosas queridas por los hombres, era descubrir el secreto de prolongar el valor de esa vida en un futuro eterno. Los discípulos no eran tan obtusos ante las realidades espirituales que su maestro proclamaba como para no percibir la verdad de aquello.

Bastaba pensar en algo tan fundamental como ofrecer el agua de vida a pecadores sedientos. Allí había, sin lugar a dudas, una actividad cargada de consecuencias eternas. Trabajar en los campos de la cosecha de Dios, hacer su voluntad y acabar su obra era, según habían aprendido, el proceso mediante el cual se recogía fruto para vida eterna. Por duros y frustrantes que a veces pudieran parecer aquellos recorridos de predicación con Jesús, seguía en pie un hecho inmutable: el granero de Dios se estaba llenando de pecadores salvos por gracia. Y los discípulos sabían que, como segadores, su gozo sería inmenso cuando por fin toda la cosecha estuviera recogida. Entonces sí podrían mirar atrás, desde la perspectiva del futuro reino de Dios, y quedar satisfechos de haber empleado bien sus vidas.

Aquel día podrían mirar a su alrededor y ver a los hombres y mujeres a quienes habían contribuido a alcanzar con el evangelio y ganar para Cristo, y sabrían que su experiencia pasajera de la vida humana no había sido malgastada ni vaciada de valor por afanes egoístas e interesados. La vida que creían haber perdido por Jesús había sido, en realidad, salvada. Su abnegación en el presente quedaría más que compensada por el gozo y la plenitud que los aguardaban en el futuro.

Por supuesto, también existía la posibilidad de perder literalmente la vida al servicio de Dios. Como Él mismo había reconocido, su Maestro se encaminaba precisamente hacia una experiencia semejante. Y, desde luego, las palabras que pronunciaba serían tan verdaderas en ese caso como en cualquier otro plano de significado.

Si un hombre procuraba conservar su vida física cuando el servicio a Dios lo llamaba a entregarla, semejante empeño por preservarla implicaría una pérdida incalculable. En cambio, morir literalmente por causa de Jesús era acrecentar en grado sumo el valor eterno de la vida así entregada a Dios.

El principio era siempre el mismo. El egoísmo procuraba conservar la vida para el propio uso y satisfacción. El discipulado la entregaba —si era necesario, en el sentido último de esa idea— para el cumplimiento de la voluntad y la obra de Dios. El primer camino, a la luz de un futuro eterno, equivalía a perder la vida; el segundo, a salvarla. Pero el Maestro no hablaba de un sacrificio realizado de una vez para siempre —salvo en el acto final del martirio mismo—, sino de una sumisión constante al principio de la entrega de sí mismo, para la gloria de Dios. “¡Que tome su cruz —había dicho Jesús— y me siga!” (Lucas 9:23).

El Salvador siguió hablando.

—Pues ¿qué provecho obtiene un hombre si gana el mundo entero, pero se pierde a sí mismo o queda desechado? (Lucas 9:25)

El mundo del comercio ocupaba ahora la mente de su maestro. Se estaban cuadrando los balances. Supongamos que en la columna positiva del libro de cuentas de la vida pudiera anotarse el mundo entero como ganancia. Eso sería el egoísmo elevado a la enésima potencia. Todo cuanto un hombre pudiera desear o esperar de la vida: todos los placeres y posesiones del mundo, sin descontar una sola jota ni una tilde; todo ello

plenamente experimentado y disfrutado durante sus días sobre la tierra. ¡Qué “beneficio” parecería arrojar una vida así!

Pero no era así, decía Jesús. En la columna negativa del mismo libro había que consignar “yo mismo”. En el proceso de ganar todo cuanto el mundo podía ofrecer, el precio sería su propio ser, que habría desechado y perdido sin pensarlo. Sería, en verdad, una pérdida descomunal. Tan descomunal, de hecho, que, al compararla con la ganancia anotada en la columna opuesta, el beneficio total quedaría en cero. “Pues ¿qué provecho obtiene un hombre...?”. Esa había sido la pregunta del Salvador. Y la respuesta era evidente: ¡absolutamente ninguno!

Cuando el mundo presente, con todas sus posibilidades de placer y ganancia material, hubiera pasado, nada le quedaría al hombre que las hubiera agotado. Desnudo había venido al mundo, y desnudo volvería a dejarlo. Nada de cuanto hubiera experimentado o adquirido egoístamente en aquel mundo podría prolongarse en el reino de Dios. El mundo venidero borraría las satisfacciones de una vida ligada a la tierra tan por completo como un nuevo día borra la noche que lo precede.

Por tanto, nada de la experiencia humana presente es eterno, salvo el hombre mismo. De ahí que sea imprescindible que el hombre se cultive *a sí mismo*, en vez de cultivar el mundo en el que vive. Es indispensable que aprenda las lecciones de la vida y se adentre en sus secretos más preciosos si desea llegar a ser una persona plenamente desarrollada, preparada para disfrutar del reino de Dios. Solo así su vida arrojaría un “beneficio” genuino y perdurable.

No todas las ramificaciones del pensamiento de su Salvador resultaban evidentes para los discípulos en aquel momento. Más tarde llegaron a comprenderlas con mayor profundidad. Y cuando lo hicieron, comprendieron que la premisa de todo cuanto Él decía ahora era sencilla: el sufrimiento y el sacrificio personal son los que verdaderamente forjan al hombre. Quien lleva una vida fácil y entregada a sus propios gustos es un cascarón vacío, demasiado débil para soportar la menor presión y demasiado indigno para merecer el menor honor. Años después, uno de los discípulos, Pedro, escribiría con fervor a sus hermanos cristianos acerca de la importancia del sufrimiento en la vida de los seguidores de Jesús: “Que el Dios de toda gracia, que os ha llamado a su gloria eterna en Cristo Jesús, después de que hayáis *padecido un poco*, os haga completos: Él os confirmará, fortalecerá y establecerá” (1 Pedro 5:10). Por tanto —decía Pedro—, Dios desea moldearos en el crisol de la aflicción y haceros así todo lo que debéis ser. “Que el Dios de toda gracia os haga *completos*”.

El hombre “completo”, la persona plenamente desarrollada: esa es la meta para la que este Maestro prepara a quienes lo siguen. Esto exige negarse a uno mismo, exige aceptar una cruz y entraña llegar a saber qué significa perder la vida para salvarla; ¡pero es provechoso! El propio ser, plenamente realizado en todo su grandioso potencial para el mundo venidero: eso es lo que ofrece este maestro. Frente a esa plenitud personal se alza el mundo entero, y los hombres deben escoger. No pueden poseer ambas cosas. Si un hombre gana una, pierde la otra. Y, en verdad, “¿qué provecho obtiene un hombre si gana el mundo entero, pero se pierde *a sí mismo* o queda desechado?” (Lucas 9:25).

¿Qué significa para el futuro que un hombre llegue realmente a perderse a sí mismo? ¿Qué significa, en particular, para quien ha aceptado el don de la vida? ¿Qué les aguarda a aquellos cuyos corazones resultan ser terreno rocoso o terreno cubierto de espinos? Las siguientes palabras de Jesús arrojan un torrente de luz sobre todo ello.

—Porque todo el que se avergüence de mí y de mis palabras —declaró entonces el Señor Jesús—, de este se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su propia gloria, en la de su Padre y en la de los santos ángeles. (Lucas 9:26)

Su Maestro había desplegado ante ellos un panorama espléndido, una escena colmada de luz y asombro: el día de su venida para reinar. Aunque todavía no comprendían con claridad que Él debía marcharse, por sus palabras percibían que de algún modo aparecería ante los hombres aquel día con una gloria que ahora estaba velada a sus ojos. Era, por supuesto, el reino de Dios, el reino con el que soñaban y que anhelaban. También estarían allí todos los gloriosos ángeles de Dios, en medio de aquel esplendor, junto con el fulgurante resplandor del Padre mismo.

Ningún mortal que no hubiera sido vivificado por Dios, comprendían instintivamente, podía mantenerse en pie ante aquella luz sobrecogedora. Ningún ser humano, por sí solo, podía entrar en aquel reino luminoso, a menos que Dios lo hubiera preparado para ello. En efecto, los discípulos sabían que el Salvador había dicho: “A menos que un hombre nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Y sabían que era verdad. Si el Padre de las luces, de quien procedía toda buena dádiva y todo don perfecto, no engendraba por su propia voluntad a un hombre mediante la palabra de verdad, aquel hombre debía quedar desterrado para siempre de la presencia divina y de la gloria del reino divino. Pero si Él lo engendraba, aquel hombre pasaba a formar parte de una especie de primicias de todas sus criaturas, preparado de antemano para la nueva era que un día habría de amanecer. Por tanto, todo el que hubiera de hallar un lugar en aquella escena radiante y tornasolada debía poseer el don de la vida eterna.

¡Pero allí *había* algunos de quienes *Él* se avergonzaba! No dijo nada de echarlos fuera ni de desterrarlos de su presencia; solo dijo que, en medio de todo aquel esplendor, se avergonzaba de ellos. Si estaban allí, necesariamente poseían el don de la vida. Pero había algo que ahora, trágicamente, no poseían. Era evidente que carecían de la dignidad de carácter que le habría permitido reconocerlos con orgullo. En un día en que Él mismo recibía honores tan elevados, no podía honrarlos en absoluto.

¿Por qué se avergonzaba de ellos? ¡Porque *ellos* se habían avergonzado de *Él*! No porque lo hubieran rechazado ni porque no creyeran: sencillamente, Él era para ellos motivo de vergüenza. En vez de manifestar la lealtad del verdadero discipulado, en vez de tomar su cruz de abnegación y mostrarse abiertamente ante los hombres como seguidores suyos, se habían avergonzado de hacerlo. Se habían avergonzado de Él personalmente y —algo igualmente triste— de sus palabras.

Así, no habían difundido con vigor el mensaje vivificador que había llegado hasta ellos. No habían entrado sin reservas en los campos de la cosecha de Dios para recoger fruto para vida eterna. Otros, como aquellas mujeres, lo seguían fielmente de un lugar a otro, aunque solo fuera para hacerle un poco más llevadera la vida mientras predicaba la Palabra de Dios. *Ellos*, en cambio, se habían quedado en casa. Llevar una cruz tras Él les había parecido un escándalo, no un honor. Y ya fuera pedregoso el suelo de sus corazones o estuviera lleno de espinos, habían fracasado de manera lamentable y desastrosa en hacerse dignos de su elogio en presencia de su Padre y de sus santos ángeles.

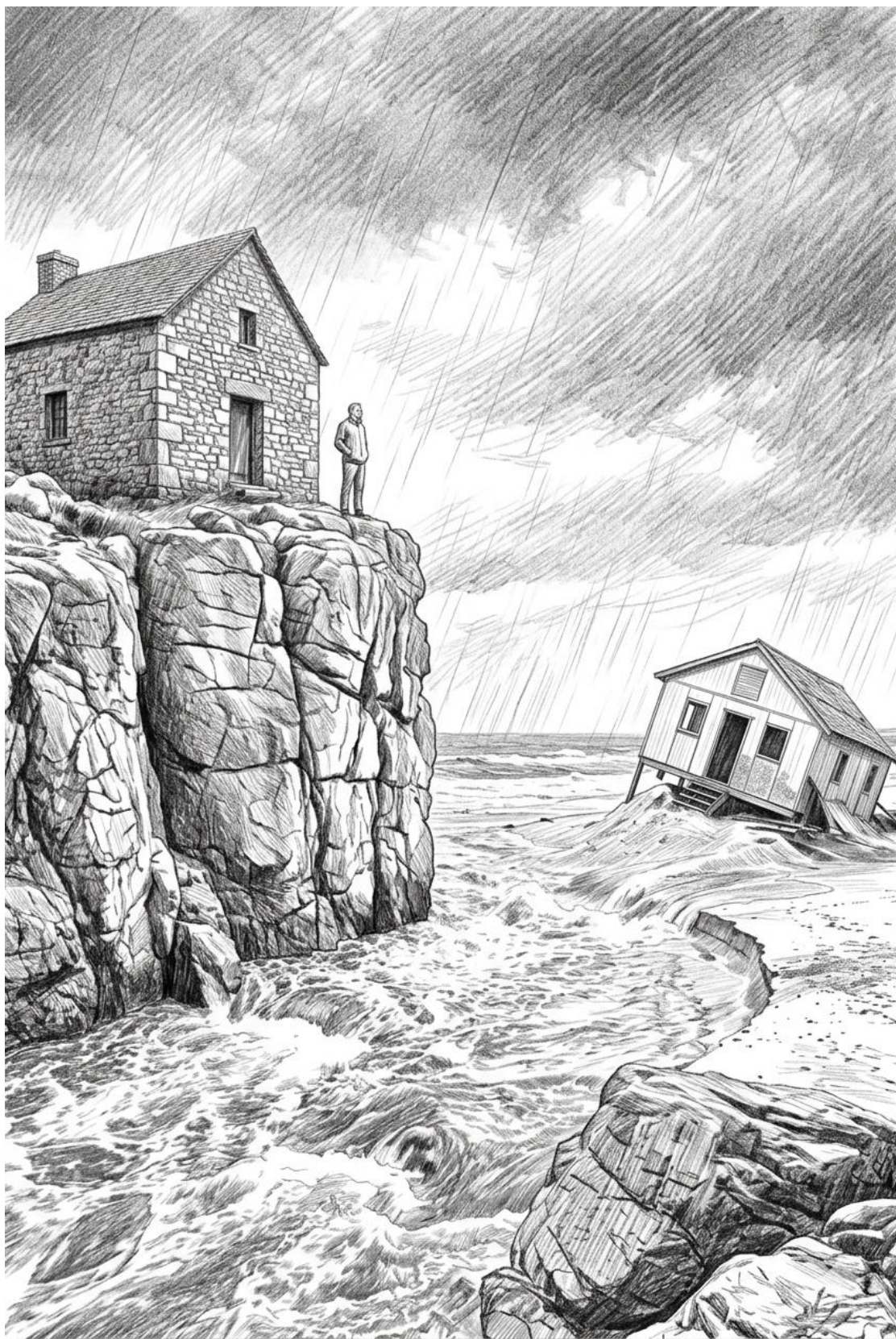
¡Eso era, pues, lo que significaba perderse a sí mismo! Era la pérdida absoluta de todo mérito y valor personales en el momento mismo en que más importaban. Porque entonces, en aquel día, el falso oropel de un mundo pasajero ya no podía engañar la

vista ni seducir el corazón. Ya no podían ser exaltados los indignos entre los hombres mientras los dignos eran despreciados. La realidad había desterrado la mera apariencia, y la verdad devastadora hacía añicos la miserable hipocresía de los hombres. Ahora, por fin, si la vida que un hombre había vivido había importado *de verdad*, el universo estaba dispuesto a contemplarla. Los santos ángeles estaban allí para observar; el Padre, dispuesto a aprobar; ¡pero de Jesús tenía que venir el elogio! Y si no podía hacerlo, si no quería hacerlo, aquella era la máxima vergüenza personal. En efecto, aunque un hombre hubiera poseído el mundo entero hasta aquel preciso instante, eso ya no habría importado en absoluto. Porque lo único que importaba entonces era lo que él era —el hombre mismo— a los ojos de su eterno Hacedor y Redentor.

“Pues ¿qué provecho obtiene un hombre si gana el mundo entero, pero se pierde a sí mismo o queda desechado?” (Lucas 9:25). La contabilidad divina arrojaba “cero”, y la eternidad confirmaría aquel total. Porque si, tras haber vivido para sí y no para Dios, el hombre mismo no valía nada, tampoco valían nada sus posesiones. Para entonces, *estas* ya habrían desaparecido; solo él permanecería. Por tanto, la pregunta acerca de la vida que el Hijo de Dios planteaba a sus oyentes era profundamente escrutadora. No era “¿Qué tuviste?”, sino “¿En qué te convertiste?”. Y si un hombre se *convertía* en un verdadero discípulo del Maestro, sería reconocido y honrado en el reino de Dios. De no ser así, el Salvador se avergonzaría de él.

Al considerar todo aquello, los discípulos sentían que la solemnidad de aquellos pensamientos casi los abrumaba. Por áspera que a menudo fuera su vida itinerante con Jesús, vislumbrar la realidad a esta luz les infundía un renovado sentido de propósito y determinación. Ya no podían envidiar a quienes, aunque creían en su Maestro, habían rehuido la senda a la que Él los invitaba para evitar las penalidades que entrañaba. En realidad, solo podían compadecerlos y sentir cierta tristeza por la vergüenza que un día aguardaba a quienes tan mal habían escogido su camino.

Años más tarde, los discípulos tendrían el privilegio de enseñar tales preceptos a muchos miembros de la naciente iglesia cristiana. Hombres como Santiago, que ni siquiera habían sido creyentes durante el ministerio terrenal del Salvador, se sentirían hondamente interpelados y poderosamente impulsados por estas verdades. La conciencia de los seguidores de Jesús quedaría teñida para siempre por aquella misma sabiduría que los discípulos iban cosechando por los polvorientos caminos de Galilea y Judea. Por supuesto, en aquel momento los discípulos no podían imaginar cuánto habría de beneficiar a los creyentes de todas las épocas lo que ellos mismos iban comprendiendo cada vez mejor. Pero sí advertían cuánto los beneficiaba ya a ellos. De hecho, decidieron no volver a quejarse de aquellos agotadores viajes con Jesús, ni siquiera para sus adentros. ¡Al día siguiente, su cruz les pareció sorprendentemente más ligera!



Capítulo 8

La fe que vive

Santiago 1:19–2:26

Por tanto, desechad toda inmundicia y todo exceso de maldad, y recibid con mansedumbre la palabra implantada, que es capaz de salvar vuestras almas. Pero sed hacedores de la palabra y no solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos (Santiago 1:21–22).

Porque así como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta (Santiago 2:26).

Con el tiempo, las enseñanzas del Salvador acerca del camino de la cruz dieron todo su fruto en la vida de sus discípulos. Tras aprender por experiencia propia lo que significaba “salvar su vida” mediante una sumisión abnegada a su Maestro, proclamaron este principio dondequiera que enseñaban la Palabra de Dios. En particular, en Jerusalén, después de que el Señor Jesús regresara a la gloria celestial de la que había venido, los discípulos contribuyeron a formar una comunidad cristiana para la que esta verdad tenía una importancia trascendental.

En efecto, en aquella naciente comunidad de creyentes, la entrega de sí mismos en el nombre de Jesús era una forma de vida (Hechos 2:44–45). Y fue allí donde Santiago se nutrió durante los primeros días de su fe, escuchando con toda la avidez de un corazón hambriento las enseñanzas de los primeros seguidores de su Señor. Ansiaba oír cuanto antes, y tantas veces como fuera posible, todo cuanto su hermano había enseñado sobre aquel tema incomparable; y el concepto de “salvar la propia vida” no tardó en penetrar hasta las fibras mismas de su ser. Aunque no había oído personalmente al Salvador proclamar esta verdad en público, para cuando Santiago llegó a ser maestro en la iglesia, aquella verdad ya formaba parte de la urdimbre y la trama de su propio ministerio.

Claro está, hubo algunas ocasiones en que oyó predicar a su hermano. Y aun entonces, en medio de su incredulidad, no había podido evitar sentirse impresionado. Baste pensar, por ejemplo, en el sermón del monte. Jesús lo había pronunciado en Galilea, al comienzo del ministerio del Salvador, y Santiago había estado presente. Gran parte de lo que su hermano dijo aquel día no se le olvidó jamás. Aunque todavía no había recibido de Jesús el don “bueno y perfecto” de la vida, algunas de las frases de gran fuerza y de las imágenes inolvidables que Jesús había empleado quedaron grabadas en su memoria.

Años después, cuando llegó a creer en su hermano y aceptó de buena gana convertirse en su “esclavo”, Santiago recordó muchas de aquellas palabras memorables y se valió de ellas. Si hablaba a sus hermanos cristianos del gozo que podían experimentar en el tiempo de prueba, no lo hacía sin recordar que Jesús había dicho: “Bienaventurados sois cuando los hombres os insulten, os persigan y digan falsamente toda clase de mal contra vosotros por causa de mí. Gozaos y alegraos en gran manera, porque grande es vuestra recompensa en los cielos; pues así persiguieron a los profetas que fueron antes

de vosotros” (Mateo 5:11–12). Y si hablaba del Padre como quien da toda buena dádiva y todo don perfecto, había otro recuerdo de aquel sermón guardado en lo más hondo de su corazón. “Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenos dones a vuestros hijos —había afirmado Jesús—, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a quienes se las pidan?” (Mateo 7:11).

Santiago guardaba muchos otros recuerdos de aquel mensaje pronunciado en el monte, pero pocos moldearon su pensamiento tan profundamente como las últimas palabras de Jesús aquel día. Durante el resto de su vida, las recordó con claridad. “Por tanto —dijo Jesús—, a cualquiera que oye estas palabras mías y las hace, lo compararé con un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca. Descendió la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y azotaron aquella casa; pero no cayó, porque estaba cimentada sobre la roca. Y cualquiera que oye estas palabras mías y no las hace será comparado con un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena. Descendió la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y azotaron aquella casa; y cayó, ¡y grande fue su caída!” (Mateo 7:24–27).

Con aquellas palabras, Jesús terminó de hablar. Era una conclusión impresionante, y entre la enorme multitud que lo había escuchado se levantó un murmullo de comentarios. Santiago recordaba algunos de aquellos comentarios y, sobre todo, la observación que se repetía una y otra vez: Jesús enseñaba de un modo distinto al de los escribas judíos (Mateo 7:28–29). Mientras aquellos hombres apelaban constantemente a los dictámenes y las interpretaciones de los más grandes rabinos de Israel, Jesús no apelaba a ninguna autoridad más allá de sí mismo. Hablaba como un oráculo de Dios y afirmaba inequívocamente las exigencias que sus palabras imponían a todos cuantos las oían. De eso trataba precisamente la conclusión de su mensaje. El hombre que oía sus palabras *y las hacía* era como un constructor prudente cuya casa estaba a salvo de la tormenta; en cambio, el hombre que las oía y no las hacía era un hombre insensato cuya casa estaba destinada a la ruina.

Años después, Santiago recordaba que ya entonces había pensado lo lógica que era, en realidad, la exigencia de Jesús. Su hermano no se presentaba ante los hombres como un mero escriba de la ley judía, sino como el Cristo de Dios. Tal vez no solía afirmarlo de manera explícita, pero estaba claramente implícito en todo lo que decía y hacía. Ya eran muchos quienes aseguraban haber hallado vida eterna por medio de Él y lo confesaban con valentía como su Salvador. Y era evidente que Jesús acogía esa fe y la alentaba. Por tanto, Santiago había comprendido que, si su hermano era realmente el Cristo de Dios —aunque él no pudiera creerlo ni por un instante—, entonces sus palabras sí tenían todo el peso que Él les atribuía. En tal caso, las palabras de Jesús eran las palabras de Dios, con toda la autoridad suprema y santa que ese hecho implicaba.

Por consiguiente, era evidente que la figura de los dos constructores cobraba pleno sentido si se aceptaba la premisa de que Jesús hablaba la Palabra de Dios. La “casa” que cada uno edificaba debía representar su vida, pues un hombre “vive” en su casa. De ello se seguía que, si las palabras de Jesús eran realmente la verdad eterna de Dios, no existía ningún otro fundamento seguro sobre el cual un hombre pudiera edificar su vida.

Oír aquellas palabras, por tanto, no bastaba. Era imprescindible *hacerlas*. Pues la parábola afirmaba enfáticamente que, cuando la vida de un hombre era azotada por las tormentas y desgracias que inevitablemente sobrevienen en la experiencia humana, solo podía resistir las pruebas si estaba firmemente cimentada en *hacer* lo que Jesús decía.

La obediencia, por tanto, era la clave de la perseverancia. Limitarse a oír las palabras de Jesús era peligroso. Era como edificar una casa sobre arena sin pensar siquiera en lo que podría suceder ante una sola tormenta fuerte. En cuanto la tormenta azotara aquella casa, esta se desplomaría, dejando la vida de quien la había construido reducida a ruinas irreparables. De hecho, aquella vida podía incluso llegar a su fin si la tormenta que la azotaba era la definitiva: la muerte misma. Incluso entonces, Santiago ya lo había comprendido.

Santiago recordaba también haber pensado entonces que, si alguna vez llegaba *de veras* a creer en su hermano, sin duda se convertiría también en discípulo suyo. De hecho, al comienzo mismo de aquel sermón inolvidable, Jesús había apartado de manera deliberada y manifiesta a sus discípulos del resto de la multitud, permitiéndoles acercarse a Él y sentarse a su alrededor mientras hablaba (Mateo 5:1-2). Era evidente que quería que sus oyentes comprendieran que sus palabras solo podían hacerse realidad en sus vidas si lo seguían como discípulos.

Esto, por supuesto, implicaba que debían tener fe en Él, pero implicaba también algo más. Implicaba que estuvieran dispuestos a dejar que Él diera un nuevo rumbo a sus vidas. En suma, la casa que habitaban debía edificarse sobre el fundamento de su Palabra y en obediencia a sus instrucciones. Solo así estarían seguros en medio de la tormenta. Más tarde, Santiago comprendería que la fe en Jesús traía a los hombres el don de la vida. El discipulado los llevaba a hacer la voluntad de Dios y a llevar a cabo su obra. Por medio de la fe, eran engendrados por Dios; por medio del discipulado, sus vidas eran edificadas y preservadas de la ruina y la pérdida.

Había transcurrido mucho tiempo desde entonces. Santiago se había convertido en una figura destacada en la iglesia cristiana de Jerusalén, y sus preocupaciones pastorales se extendían mucho más allá de aquella ciudad. Eran días difíciles para los seguidores de Jesús, y la persecución y las pruebas de toda clase parecían afligirlos con frecuencia. Además, como aquellos creyentes en el Hijo de Dios solían ser pobres en lo material, estaban especialmente expuestos a la opresión de hombres ricos que rechazaban al Salvador. Más de una vez algún cristiano indefenso había sido arrastrado ante los tribunales por algún hombre rico y blasfemo que había formulado falsas acusaciones contra él. Tales experiencias eran como violentas tormentas que se abatían sobre sus vidas, y necesitaban desesperadamente la orientación y el consejo de un pastor espiritual.

En esa clase de pastor se había convertido Santiago. Creyendo en Jesús —su hermano según la carne, pero también el Señor de gloria—, ahora lo servía como “esclavo”. Los intereses del Salvador eran ahora sus intereses; las preocupaciones del Salvador, también las suyas. Por tanto, al escribir a diversas iglesias cristianas dispersas por muchos lugares, Santiago procuraba aconsejar a sus atribulados lectores como creía que su Señor mismo los habría aconsejado de haber estado allí. Así, las palabras que trazaba sobre la hoja de papiro extendida ante él estaban impregnadas de principios extraídos de las enseñanzas de Jesús, especialmente de los que Él había expuesto en su sermón del monte.

Después del saludo inicial de su carta, Santiago fue directamente al grano. ¿Se hallaban sus lectores agobiados por pruebas “de múltiples colores”? ¿Que se gozaran en ellas! ¡El Salvador les habría dicho que lo hicieran! ¿Necesitaban sabiduría en el tiempo de prueba? Que se la pidieran a Dios, el Padre que, según Jesús, sabía dar buenos dones a quienes se los pedían. Pero si, en medio de sus dificultades, se sentían tentados a hacer

el mal, debían cuidarse de atribuir tales impulsos a un Dios generoso. Del impulso de pecar solo podía proceder la muerte; del Padre de las luces, únicamente dones buenos y perfectos (Santiago 1:1–18).

“Que nadie diga cuando es tentado: ‘Soy tentado por Dios’ —escribió Santiago—, porque Dios no puede ser tentado por el mal ni Él mismo tienta a nadie. Pero cada uno es tentado cuando es atraído y seducido por su propia concupiscencia. Entonces la concupiscencia, después de haber concebido, da a luz el pecado; y el pecado, cuando ha alcanzado la madurez, da a luz la muerte. No os extraviéis, amados hermanos míos. Toda buena dádiva y todo don perfecto procede de lo alto y desciende del Padre de las luces, en quien no hay variación ni sombra producida por cambio alguno. De su propia voluntad nos engendró por la palabra de verdad” (Santiago 1:13–18).

—No culpéis nunca a Dios de vuestras tentaciones a pecar —estaba diciendo Santiago—. Hacerlo es no comprender el carácter mismo de Dios, que no puede ser tentado por el mal, y juzgar mal su manera de obrar. Dios nunca tienta a un hombre a pecar. Eso lo hace su propia concupiscencia. Dios, por el contrario, da dones buenos y perfectos. Además, la concupiscencia es como una mujer perversa de la calle que, al unirse íntimamente a nuestros corazones, queda encinta de un acto pecaminoso. Cuando nace ese acto —en suma, cuando hacemos lo que la concupiscencia nos impulsa a hacer—, se convierte en la hija de nuestro deseo perverso; una hija que, al desplegar sus consecuencias, puede crecer hasta alcanzar la madurez y dar a luz a un nuevo hijo. ¡Y ese hijo es la muerte! Pero ese hijo es descendencia de nuestra concupiscencia por medio del pecado, y de ningún modo descendencia del Padre de las luces. ¡Nosotros, en cambio, *sí* somos hijos suyos, pues “de su propia voluntad nos engendró por la palabra de verdad”! (Santiago 1:18).

Y allí quedaba todo expuesto con tanta claridad como Santiago podía expresarlo. En verdad hemos recibido el don bueno y perfecto de la vida eterna y por medio de ese don hemos llegado a ser hijos de Dios. Pero ese hecho, por maravilloso que sea, no anula la capacidad del corazón para pecar. Nuestro nacimiento divino se produce por la palabra de verdad, una semilla viva implantada en nuestro ser. Pero el fruto de esa semilla depende enteramente de lo que se permita que suceda en el corazón en el que ahora ha entrado.

Jesús había enseñado que, si en el corazón había terreno rocoso, la semilla no podía alcanzar profundidad alguna. Si había espinos, no podía alcanzar la madurez. Y, afirma Santiago, si hay *concupiscencia*, iquien satisface esa concupiscencia puede *morir*!

—No confundáis nunca ambas cosas —insistía Santiago—. Por el don del Padre poseemos vida eterna. Como consecuencia del pecado, podemos sufrir la muerte física.

El principio que Santiago estaba enunciando era tan antiguo como las Escrituras mismas, con las que se había formado en aquel piadoso hogar de Nazaret. Mucho tiempo atrás, Salomón, el más sabio de los hombres, había observado: “El temor del Señor prolonga los días, pero los años de los impíos serán acortados” (Proverbios 10:27), y “La justicia conduce a la vida; quien persigue el mal persigue su propia muerte” (Proverbios 11:19). Y también: “La ley del sabio es fuente de vida, para apartarse de los lazos de la muerte” (Proverbios 13:14). No cabía duda alguna. Una vida justa contribuía a prolongar los días de un hombre sobre la tierra. Que esos días terminaran prematuramente era una consecuencia demasiado frecuente del pecado. La afirmación de Santiago, por tanto, era innegablemente cierta: “¡El pecado, cuando ha alcanzado la madurez, da a luz la muerte!”.

Después de contraponer así el don de la vida otorgado por Dios al “don” de muerte del pecado, Santiago estaba ya preparado para recalcar un consejo práctico. Quería que sus lectores cristianos, engendrados por la palabra de verdad, evitaran las consecuencias mortíferas de cualquier conducta injusta a la que pudieran sentirse tentados a entregarse bajo la presión de sus dificultades. En suma, quería salvar sus vidas. El mero hecho de evitar el pecado podía, en un sentido muy real, alcanzar ese fin. Pero Santiago comprendía también que el concepto de salvar la vida había adquirido una nueva dimensión en la enseñanza de Jesús.

Mediante una paradoja —recurso que tanto gustaba emplear al Salvador—, Jesús había enseñado que la vida de un hombre podía salvarse aun cuando se perdiera. Por supuesto, exigía justicia para alcanzar ese fin, tal como el Antiguo Testamento la exigía para prolongar los días de un hombre. Pero la justicia en la que Jesús insistía se llevaba a la práctica mediante el discipulado, por el cual los hombres eran llamados a tomar su cruz y seguirlo. Y aunque aquel camino condujera al martirio, aun así, aquella vida quedaba salvada.

De hecho, en un sentido muy real, la vida podía perderse *día* tras *día* cuando un hombre sacrificaba sus intereses personales para hacer la voluntad de Dios; pero, al hacerlo, iba preservando su vida para la eternidad. Pues una vida semejante nunca podía terminar realmente —ni siquiera cuando, paradójicamente, terminaba—, porque su valor y su significado perdurarían para siempre.

Así, el concepto del Antiguo Testamento de prolongar la vida había sido transformado de manera admirable en las enseñanzas de Jesús. Según la doctrina del Antiguo Testamento, la justicia prolongaba la vida y retrasaba la llegada a la tumba. Según la doctrina de Jesús, el discipulado prolongaba la vida *más allá* de la tumba. En ambos casos, la vida quedaba salvada; pero el sentido más rico y profundo correspondía a los preceptos de Jesús. Mientras Santiago se disponía a escribir su consejo práctico, quizá tuviera presentes ambos conceptos.

“De su propia voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que fuéramos una especie de primicias de sus criaturas” (Santiago 1:18), acababa de escribir Santiago. Ahora prosigue: “Por tanto, amados hermanos míos, sea todo hombre pronto para oír, lento para hablar y lento para airarse. Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. Por tanto, desechad toda inmundicia y todo exceso de maldad, y recibid con mansedumbre la palabra implantada, *que es capaz de salvar vuestras almas*” (Santiago 1:19–21).

¡Qué sentido tan práctico tenían las palabras de Santiago para sus lectores en medio de sus pruebas! Bajo la presión de las pruebas y las dificultades, a veces se sentían tentados a culpar a Dios de algún insidioso deseo interior de hacer el mal. Al fin y al cabo, Él permitía que sufrieran dificultades. Sin embargo, el deseo de pecar procedía de la concupiscencia de sus corazones, mientras que el Dios a quien se sentían inclinados a culpar era precisamente Aquel cuyo don bueno y perfecto de la vida habían recibido tan gratuitamente. Por medio de la palabra de verdad, Él realmente los había engendrado.

¿Qué debían hacer, entonces? ¿Culpar de su propio pecado a un Dios tan generoso? ¡Lejos de ellos semejante pensamiento! Ahora, más que nunca, era el momento de escuchar la Palabra de Dios. Era, por tanto, tiempo de oír, no de hablar, y mucho menos de airarse con impaciencia. ¡La ira nunca obraría la justicia de Dios en sus vidas! No, debían desechar sus inclinaciones al mal y recibir humildemente la instrucción de

aquella misma palabra mediante la cual habían nacido de nuevo. Aquella palabra de verdad ya los había convertido en una especie de primicias de las criaturas de Dios. ¡Ahora podía salvar sus almas!

“¡Salvar vuestras almas!”. Para quien leyera estas palabras en griego —la lengua en la que Santiago escribía—, aquellas palabras podían significar igualmente: “Salvar vuestras *vidas*”. De hecho, era exactamente la misma expresión que Jesús había empleado cuando dijo: “Todo el que quiera salvar su vida...”. Así pues, en griego, una misma palabra significaba “alma” y “vida”. Había, por supuesto, otras palabras para designar la vida, pero esta en particular sugería el ser interior, que estaba *vivo* y era capaz de experimentar cuanto la existencia humana podía ofrecer. Era, por tanto, la “vida” concebida como inseparable del propio ser.

“¿Salvar vuestras vidas?” ¿Qué quería decir Santiago? Como mínimo, estaba claro que las consecuencias mortíferas del pecado se evitarían si ellos prestaban verdadera atención a la Palabra de Dios. La vida física podía, por tanto, prolongarse mediante la humilde sumisión a la verdad de Dios cuando un hombre desechaba su propia inmundicia y rechazaba la maldad como un elemento superfluo y sin valor en su experiencia. Pero salvar la vida significaba más que eso, como Jesús mismo había enseñado. Consistía en que la vida de un hombre fuera capaz de resistir toda tormenta, toda prueba y toda dificultad —incluso la muerte misma—, de modo que la estructura esencial y el valor de aquella vida perduraran más allá de la tumba.

Fue precisamente en este punto cuando el pensamiento de Santiago volvió inevitablemente a la parábola de los dos constructores que había oído tantos años atrás en aquel sermón del monte (Mateo 7:24–27). Aquella parábola dejaba claro que la vida de quien seguía a Jesús como discípulo poseía, en tiempos de dificultad, una capacidad de resistencia de la que carecía por completo una vida que no se viviera de ese modo. El discípulo era nada menos que un constructor prudente que cimentaba su vida —su casa— sobre roca firme. ¡Y aquella roca, como Jesús había dejado claro, era su *Palabra*!

La parábola de Jesús no enseñaba simplemente que la casa edificada sobre la roca duraba *más* que la edificada sobre la arena. Enseñaba, más bien, que la primera *perduraba* y la segunda no. Así, daba a entender inequívocamente que nada —ni siquiera la muerte— puede destruir la vida de quien la edifica sobre las palabras del Salvador, mientras que muchas cosas —y *especialmente* la muerte— pueden reducir a ruinas la vida de quien no lo hace. Por tanto, la palabra de Jesús era el secreto para salvar la propia vida en el sentido último de esa verdad.

“Recibid con mansedumbre la palabra implantada, que es capaz de salvar vuestras vidas”. ¡Cuánto necesitaban oír aquello los lectores de Santiago! Azotados como estaban por las dificultades y tentados a menudo a pecar, necesitaban saber dónde hallar una roca verdaderamente firme para sus vidas. Necesitaban aprender a dar a sus vidas una seguridad y una solidez que ninguna de las vicisitudes de su tormentosa experiencia pudiera conmover. La palabra de verdad es vuestro secreto, decía Santiago. La palabra implantada puede preservar vuestras vidas, ya sea en el tiempo o en la eternidad.

¡La palabra *implantada*! El término evocaba una imagen tomada de la naturaleza, pero, en el uso corriente, significaba “innata”. La palabra que salva la vida os es “innata”, estaba diciendo Santiago. Esa palabra no os es extraña, pues por medio de ella fuisteis engendrados por el Padre de las luces. De ahí que sea una palabra “con la que nacisteis”, porque por medio de ella “nacisteis en” la familia de Dios. Como una semilla plantada

en la tierra de vuestro corazón, la Palabra de Dios forma ahora parte de vuestro propio ser. Por tanto, responder a ella es lo más natural para vosotros.

Aun así, aseguraos de responder a ella, continuó escribiendo Santiago. “Pero sed hacedores de la palabra y no solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra y no hacedor, es semejante a un hombre que contempla en un espejo el rostro que recibió al nacer. Pues se contempla, se marcha y al instante olvida qué clase de persona era. Pero quien mira atentamente en la ley perfecta de la libertad y persevera —no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra—, ese será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1:22–25).

La parábola de Jesús resonaba ahora en los oídos de Santiago. “A cualquiera que oye estas palabras mías y las hace, lo compararé con un hombre prudente” (Mateo 7:24). También había dicho: “Cualquiera que oye estas palabras mías y no las hace será comparado con un hombre insensato” (Mateo 7:26). El contraste que había presentado el Salvador —el que oye y hace, frente al que solo oye— era el mismo que ahora exponía Santiago. ¡Qué insensato era limitarse a ser oidor de la Palabra y no ser también hacedor de ella! Tan insensato, de hecho, como un hombre que se examinara en un espejo y luego olvidara de inmediato qué aspecto tenía. ¡Evidentemente, una necedad absoluta!

Pero la nueva imagen de Santiago encerraba algo más. En un espejo corriente, un hombre podía ver el rostro que había recibido en su nacimiento natural, “el rostro que recibió al nacer” (Santiago 1:23). Pero en la palabra de verdad podía ver el rostro que había recibido en su nacimiento de lo alto. Allí podía discernir “qué clase de persona era” (Santiago 1:24), ahora que había nacido de Dios. En efecto, la Palabra de Dios en la que debía contemplarse era una palabra “innata”, propia de su ser interior, porque por medio de ella había sido engendrado por el Padre de las luces. Era, por tanto, un espejo excelente en el que contemplar lo que la gracia de Dios había hecho de él.

En el mundo natural, una sola mirada al espejo podía bastar para que un hombre quedara perdidamente prendado de su rostro natural. En cualquier caso, no era probable que olvidara pronto aquella imagen. ¿Por qué, entonces, en el ámbito espiritual no habría de quedar cautivado por el maravilloso semblante que poseía como hijo de Dios?

“De su propia voluntad nos engendró... para que fuéramos una especie de primicias de sus criaturas” (Santiago 1:18). ¿Una especie de primicias de sus criaturas? ¡Qué visión se ofrecía a la mirada en el espejo divino! ¡Descubrir que, por nuestro nacimiento de lo alto, somos hombres capaces de reflejar la pureza y la santidad del mundo venidero! ¡Descubrir que, después de todo, somos hechura de Dios, creados para las buenas obras que Él ha preparado para que andemos en ellas! ¡Qué radiante semblante espiritual podía contemplarse en el espejo de la Palabra de Dios! Allí está la semejanza misma de Jesús, y esa es la clase de hombres que somos porque la vida del Salvador está en nosotros. ¿Cómo podríamos contemplarlo y después olvidarlo? Sin embargo, eso era precisamente lo que hacíamos cada vez que oíamos su palabra y no la poníamos por obra. Era el colmo de la insensatez.

A la inversa —estaba diciendo Santiago—, si somos lo bastante sabios como para mirarnos atentamente en el espejo de la Palabra de Dios y perseveramos en ella, poniéndola por obra en vez de limitarnos a oírla, entonces recibiremos verdadera bendición. Al fin y al cabo, la Palabra en cuyo espejo hemos de mirarnos con corazones obedientes no es una ley de esclavitud, sino una ley de libertad. ¿No había dicho Jesús cierta vez a algunos que creían en Él: “Si permanecéis en mi palabra, entonces sois

verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”? Sí, esas habían sido sus palabras, a las que después había añadido: “Todo el que comete pecado es esclavo del pecado” (Juan 8:31–32, 34). Así pues, era el pecado lo que despojaba a los hombres de su libertad más auténtica. Pero seguir a Jesús como discípulos y perseverar obedientemente en su Palabra les devolvía esa libertad.

Ese era, pues, el único camino verdaderamente sabio.

—Puesto que habéis nacido de lo alto —estaba diciendo Santiago—, cada uno de vosotros debe adoptar este propósito inquebrantable: no ser un oidor olvidadizo, sino un *hacedor* de la Palabra de Dios.

Así, en la carta que estaba escribiendo, Santiago enseñaba la misma verdad que Jesús mismo había enseñado en su sermón del monte. En medio de las dificultades y las tormentas de la experiencia humana, la vida de un hombre —su casa— quedaba salvada por la Palabra de Dios *si* ese hombre oía esa Palabra *y la ponía por obra*. De ese modo, aquella vida cobraba un valor eterno que ni siquiera la muerte podía sacudir. Pero si era solo oidor, corría el riesgo de sufrir un desastre colosal. Condenaba su experiencia terrenal a quedar reducida a trágicas ruinas.

¡Ahí estaban de nuevo: el agua y la comida! Por un lado, el don de Dios, concedido gratuitamente, que nunca falla y perdura eternamente. Por otro, el llamamiento del discipulado a hacer la voluntad de Dios y acabar su obra. Jesús había hablado de ambas cosas junto al pozo de Sicar. En manos de Santiago, aquellas dos verdades gemelas recibían una exposición renovada y llena de vida. El nacimiento de lo alto no requería esfuerzo humano alguno. “De su propia voluntad nos engendró” (Santiago 1:18), decía Santiago. Pero preservar la propia vida sí requería obras.

“Pero quien mira atentamente en la ley perfecta de la libertad y persevera —no siendo oidor olvidadizo, sino *hacedor* de la obra—, ese será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1:25). Por tanto, para que la bendición de Dios reposara verdadera y plenamente sobre la vida de cualquiera a quien Él hubiera engendrado, esa persona tenía que obrar sin falta. Solo así podía salvarse la vida.

A medida que avanzaba en su carta, Santiago pasó a especificar algunas de las obras que la conciencia cristiana aprobaba. Una de ellas consistía en mostrar una generosidad práctica y concreta hacia los necesitados, especialmente hacia los huérfanos y las viudas. Otra buena obra consistía en tratar con la misma imparcialidad a ricos y pobres en la iglesia cristiana local, de modo que no se favoreciera al rico ni se menospreciara al pobre. En suma, la misericordia, en todas sus formas y expresiones, debía cultivarse con esmero, pues quien mostraba misericordia recibía siempre la misericordia de Dios.

Y la misericordia era precisamente lo que más necesitaba un hombre en su hora de dificultad y tormenta. Si el juicio de Dios caía sin alivio misericordioso alguno sobre la casa que un hombre había edificado —sobre su vida—, ¿cómo podría resistir aquella casa? ¿Qué podría salvarlo del desastre y la ruina que *aquello* ocasionaría? ¿Podría salvarlo una mera fe, sin obras que la acompañaran? Algunos lectores de Santiago evidentemente pensaban que sí. Simplemente por ser creyentes en el único Dios verdadero y en su Hijo, el Señor Jesucristo, esperaban que Dios los vindicara en medio de sus dificultades y los justificara ante los hombres en el tiempo de prueba. Cuando llegaran las tormentas, esperaban recibir automáticamente la misericordia de Dios y ser librados de sus dificultades por ser personas de fe.

Ese era un grave error, siguió señalando Santiago. En la hora de la prueba, un hombre necesita más que fe para salir airoso. ¡Necesita *obras*! Pensemos en el patriarca

Abraham. ¿Cómo superó *su* prueba suprema cuando se le pidió que sacrificara a su propio hijo? ¿Cómo fue *él* vindicado en *su* prueba, de manera que mereció el título de “amigo de Dios”? (Santiago 2:23). ¿Solo por la fe? ¡No! Fue por una fe que *obraba*, produciendo obediencia a la Palabra de Dios que le había llegado.

Pensemos también en Rahab, cuya historia los lectores de Santiago conocían por el libro de Josué. ¿Cómo superó *ella* su prueba cuando Jericó, su ciudad, estaba a punto de quedar reducida a ruinas y todos sus habitantes iban a morir? ¿Se salvó *su vida* solo por la fe? Una vez más, ¡no! Más bien, sobrevivió por sus obras —por la ayuda concreta que prestó a los mensajeros que acudieron a ella—. Y así también ella fue justificada: vindicada por sus obras en una hora de posible calamidad.

—¿Deseáis ser vindicados en medio de vuestras dificultades, como personas verdaderamente justas? —les estaba preguntando Santiago—. En tal caso, seréis justificados por obras. La fe sola no basta para *esta clase* de justificación. ¡Pues la única clase de fe que puede salvar una vida es la que está *viva* y *obra*! “Porque así como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (Santiago 2:26).

¡Los lectores de Santiago no estaban muertos! ¡Al menos, todavía no! Pero “el pecado, cuando ha alcanzado la madurez, da a luz la muerte” (Santiago 1:15). Era un pensamiento solemne. Y la obediencia a la palabra implantada de Dios era el único medio de impedirlo. No bastaba con afirmar que la palabra era verdadera. Ni con oírla. ¡Había que *hacerla*! La fe que respondía obedientemente a la verdad de Dios —esa clase de fe, y solo esa— era verdaderamente vital y viva. La fe era como un cuerpo que necesitaba ser animado por un espíritu interior. Por tanto, sin la influencia vivificadora de las buenas obras en la vida de un hombre, la fe moría y se convertía, en su experiencia, en un mero cadáver. Podía ser muy real, tan tangible como un cuerpo sin vida, pero igualmente inactiva y adormecida. ¡Y una fe muerta ciertamente no podía salvar la propia vida!

Años antes de que Santiago escribiera estas palabras, el Señor Jesús había hablado de la semilla que cayó sobre terreno rocoso. Unos pequeños brotes habían surgido de inmediato, pero después murieron. Al interpretar la imagen que Él mismo había empleado, el Salvador había explicado que aquellos brotes pasajeros revelaban una fe temporal en las personas que describía: “Creen por algún tiempo, pero *en tiempo de prueba* se apartan” (Lucas 8:13). Las dificultades que habían sufrido como creyentes en Él habían resultado excesivas para ellos, y su fe se había marchitado y había muerto. No tardó en desaparecer por completo, arrastrada, por así decirlo, por los violentos vientos de la adversidad, pues “en tiempo de prueba se apartan”. Claro está, la vida de Dios dentro de ellos no había desaparecido, porque el manantial de agua viva seguía brotando con ímpetu para vida eterna, tal como Jesús había prometido. Pero la semilla vital de aquella vida había quedado estéril, oculta a los ojos en alguna grieta o hendidura de su morada rocosa.

Ese era un peligro real y presente para todo creyente en el Salvador que se enfrentara a las tormentas de la vida. Si no cuidaba de mantener la vitalidad de su fe, reavivándola constantemente mediante una vida de buenas obras —una vida edificada firmemente sobre la obediencia a Dios—, aquella fe podía marchitarse y morir. Y si moría, podía desaparecer por completo, descomponiéndose, por así decirlo, como un cadáver y quedando sepultada para siempre bajo una experiencia estéril y malgastada.

Por tanto —insistía Santiago—, mantened viva vuestra fe cultivándola mediante las obras. Edificad vuestra casa firmemente sobre la voluntad y la Palabra de Dios.



Capítulo 9

Las riquezas del mundo venidero

Santiago 2:5

Y viendo las multitudes, subió al monte; y, después de sentarse, se acercaron a Él sus discípulos. Y abriendo su boca, les enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 5:1–3).

Y alzando los ojos hacia sus discípulos, dijo: Bienaventurados vosotros, los pobres, porque vuestro es el reino de Dios (Lucas 6:20).

Oíd, amados hermanos míos: ¿No ha escogido Dios a los pobres de este mundo para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que lo aman? (Santiago 2:5).

Tanto Jesús como Santiago habían crecido en un hogar pobre. Poco menos de seis semanas después del nacimiento de Jesús, José y María lo habían presentado ante Dios en el templo de Jerusalén, conforme a la ley judía. Pero no habían podido costear el cordero prescrito para el sacrificio de aquella ocasión, por lo que se habían acogido a la provisión de la ley de Moisés para los pobres. En su lugar, habían ofrecido una paloma (Levítico 12:6–8; Lucas 2:21–24). José era un humilde carpintero, y no le resultaba fácil sostener a la numerosa familia de hijos e hijas que él y María estaban criando. Por tanto, Jesús y Santiago habían aprendido desde niños a contentarse con poco más que lo indispensable para vivir. Pero, aunque en su hogar había pobreza, también había dignidad, y jamás se habían sentido avergonzados.

Años después, cuando ya había llegado a creer en Jesús, Santiago había meditado a menudo en la asombrosa realidad de que el Hijo de Dios hubiera abandonado el esplendor sin mengua del cielo para vivir en un hogar como aquel. Bien habría podido escoger una morada más rica —un palacio real, si así lo hubiera querido—, pero, en cambio, había escogido el hogar de Santiago, con todas sus carencias y necesidades materiales, y se había contentado con crecer allí. ¡Qué revelador resultaba aquello —no podía evitar pensar Santiago— acerca de lo poco que Dios estimaba las riquezas de la tierra! ¡Con qué claridad sugería que, fueran cuales fueran las verdaderas riquezas a los ojos del Padre celestial, no eran las riquezas de esta era!

Y cada vez que pensaba así, volvía a recordar aquel inolvidable sermón del monte. ¡Cuántos recuerdos de aquel mensaje acudían a su mente! Poco podía imaginar entonces que el hermano en quien todavía no podía creer estaba, sin embargo, moldeando poderosamente sus convicciones con las palabras que había pronunciado en aquella ocasión. Solo ahora comprendía Santiago cuánta vida y cuánto poder transformador encerraban aquellas palabras. Y entre las que no podía olvidar estaban estas: “No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde los ladrones fuerzan la entrada y roban. Acumulad, en cambio, para vosotros tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde los ladrones

no fuerzan la entrada ni roban. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:19–21). Estas palabras, tanto o más que cualesquiera otras que hubiera oído, habían moldeado su concepto de la verdadera riqueza. Las verdaderas riquezas no eran las que los hombres acumulaban aquí, sino las que acumulaban para el mundo venidero.

“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”. Santiago ya había pensado entonces: *¡Qué cierto era!* Un hombre vivía para aquello que de veras valoraba. Si, por tanto, lo que más valoraba era aquello que podía acumular en esta vida, vivía para ello. Pero si sus esperanzas más preciadas solo podían cumplirse en el mundo venidero, fijaría el corazón en aquel mundo invisible y viviría para él. Pero hacía falta *fe* para rechazar las riquezas terrenales y preferir las celestiales. Las riquezas de la tierra eran visibles, tangibles y accesibles aquí y ahora, mientras que las del cielo aún no podían verse ni experimentarse. Por eso, desde el principio, Santiago había percibido que llegar a ser rico en el reino de Dios requería mucha fe, pues exigía la capacidad de captar las realidades de un mundo futuro y mantener el corazón fijo en ellas sin vacilar.

Esto, por supuesto, era mucho más que la fe mediante la cual los hombres hacían suyo el don de Dios: la vida eterna. Para ello, Dios solo requería un instante de confianza sencilla, como la de un niño. Bastaba beber una sola vez del agua viva del Salvador para fijar para siempre el destino de quien bebía: nunca volvería a tener sed. Pero se requería mucho más que un instante de fe si uno estaba decidido a acumular tesoros en el cielo mientras rechazaba el atractivo de los tesoros de la tierra. Hacer semejante elección y mantenerla hasta el fin de la vida exigía claramente una fe a la vez vigorosa y muy abundante. Así pues, Santiago llegó finalmente a comprender que la riqueza de aquella era futura pertenecería sin duda a quienes poseyeran una riqueza de fe aquí y ahora.

Pero ¿qué decir de aquellos que, como algunos cristianos que Santiago conocía, apenas tenían más fe que al principio, cuando creyeron por primera vez en el Salvador? Supongamos que, por carecer de una fe rica y exuberante, continuaban viviendo principalmente para las satisfacciones de esta vida, en vez de para las de la vida venidera. ¿No se seguía de ello, con una lógica irresistible, que, si las riquezas del reino de Dios dependían de cumplir el mandato del Salvador de acumularlas, quienes desatendieran aquel mandato se verían privados de buena parte de las riquezas del mundo venidero? *Sin duda era así*, pensaba Santiago.

De hecho, como Santiago comprendía ahora con toda claridad, en cierto sentido habría ricos en aquella era futura, del mismo modo que los había en la presente. Todos los que entraran en aquel mundo espléndido lo harían por haber recibido el don de Dios mediante una fe sencilla. Pero todos los que adquirieran los tesoros de aquel mundo lo harían gracias a la riqueza de su fe, con la cual habían acumulado aquellos tesoros. ¡No era de extrañar, por tanto, que Jesús hubiera escogido un hogar pobre mientras estuvo aquí en la tierra! Pues aquí no importaba que uno fuera pobre. Las riquezas que importaban pertenecían a la era venidera.

Además, Santiago sabía ahora que la distinción entre los “ricos” y los “no ricos” en el reino de Dios describía con exactitud la diferencia de destino entre el discípulo y quien no era discípulo. El discípulo era aquel que, con una fe viva y fructífera en Jesús, se negaba a sí mismo, tomaba su cruz y seguía al Salvador con entrega. Era él quien salvaba su vida mientras, paradójicamente, parecía perderla. Pero el que no era discípulo, por su escasez de fe, seguía un camino de autocomplacencia mundana y acababa perdiendo sin remedio la vida que tan desesperadamente había procurado conservar. Al primero

lo aguardaban riquezas eternas sin medida al final del camino de la vida; al segundo, una triste pérdida y vergüenza.

Ambos entrarían con toda certeza en el reino de Dios —ese era el don de Dios—, pero uno disfrutaría allí de mucho más que el otro. Al primero cabía llamarlo “rico”; al segundo, en cambio, solo cabía describirlo con las palabras que Jesús aplicó en cierta ocasión a un rico insensato: “*no rico para con Dios*” (Lucas 12:21).

Santiago ya no contemplaba a los ricos con aquella punzada de envidia que a veces había sentido de muchacho. ¡Qué fugaz y transitoria era la riqueza que poseían! ¡Qué pronto desaparecía aquella riqueza —y con ella la vida misma—, dejando a su orgulloso poseedor tan empobrecido que abandonaba este mundo exactamente como había entrado en él: con las manos vacías! ¿Quién podía envidiar una experiencia semejante? ¿O siquiera desearla? ¿No era mucho mejor seguir al Salvador, afrontar las privaciones que aquel camino pudiera entrañar y llegar así a ser rico para con Dios? ¿Qué importaba poseer riquezas aquí si no se poseían en el mundo venidero? Mucho mejor ser pobre ahora si así podía uno ser rico en la era venidera.

De hecho, Santiago comprendió que había un sentido en el que era necesario ser pobre ahora para ser rico entonces. Y, una vez más, las palabras del Maestro en su sermón del monte habían moldeado su manera de entender estas cosas. Recordaba claramente la declaración fundamental con la que se abría aquel sermón: “Bienaventurados los pobres en espíritu, *porque de ellos es el reino de los cielos*” (Mateo 5:3). Recordaba también que Jesús había dirigido deliberadamente aquellas palabras a sus discípulos, que acababan de apartarse de la multitud para sentarse ante Él. Parecía evidente, por tanto, que Jesús había querido indicar que la pobreza de espíritu debía ser uno de los rasgos principales de sus verdaderos discípulos y que *la posesión del reino de Dios* era la recompensa que correspondía a esa pobreza de espíritu.

Más adelante, Santiago había llegado a comprenderlo con mayor claridad. Un verdadero discípulo era aquel que vaciaba su espíritu humano de orgullo y voluntad propia y sometía mansamente su vida a la autoridad de Jesús, siguiéndolo adondequiera que Él lo condujera. Al despojarse de aquel obstinado interés propio al que los hombres se aferran como a un tesoro de valor incalculable, el discípulo debía llegar a ser verdaderamente “pobre en espíritu”. A tales personas —declaró Jesús— les *pertenecía* el reino de los cielos.

Santiago había aprendido mucho del sermón del monte. Sin embargo, no había tenido el privilegio de oír el discurso que Jesús pronunció en la llanura. Los primeros discípulos sí lo habían oído, y Santiago no se sorprendió cuando supo por ellos que el Salvador había comenzado aquel discurso de una manera muy semejante. También en aquella ocasión, el Señor Jesús había iniciado su mensaje fijando deliberadamente la mirada en sus propios discípulos y diciendo: “Bienaventurados vosotros, los pobres, porque vuestro es el reino de Dios” (Lucas 6:20). Al principio, Santiago había pensado que aquello se correspondía exactamente con las palabras que había oído antes en la ladera del monte. Sin embargo, al reflexionar después, comprendió que también había una diferencia. En el monte, Jesús había dicho: “Bienaventurados los pobres *en espíritu*”; pero en la llanura había afirmado sencillamente: “¡Bienaventurados vosotros, *los pobres!*”

Santiago había comprendido que aquella distinción merecía cierta reflexión. ¿Qué relación había entre la pobreza y la pobreza de espíritu? Era evidente que nadie podía poseer verdaderamente el reino de Dios a menos que fuera pobre en algún sentido; pero

¿quería decir eso que la pobreza material ofrecía de algún modo un entorno más propicio para cultivar también la pobreza de espíritu?

Entonces pensó en Jesús y en el hogar que habían compartido en Nazaret. ¡Qué ejemplo insuperable de mansedumbre espiritual y sumisión a Dios había dado su propio hermano al descender de la gloria resplandeciente del cielo, vivir en un hogar como aquel y, finalmente, morir por los pecados de los hombres! Sin duda, en Jesús se habían unido perfectamente la pobreza material y una sublime pobreza de espíritu. De hecho, nadie apreciaba mejor que Santiago la verdad celestial que Pablo expresaría más tarde: “Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo: aunque era rico, por amor a vosotros se hizo pobre para que vosotros, por medio de su pobreza, llegarais a ser ricos” (2 Corintios 8:9). Impresionado por todo ello, Santiago no podía dejar de creer que el ejemplo del Maestro tenía algo que decir a todos sus seguidores. La verdadera sumisión a Dios —la verdadera entrega a la búsqueda de las riquezas de la era venidera— era como una flor rara y exquisita. Florecía mejor en el suelo fértil de la pobreza terrenal.

Por supuesto, esto no significaba que los ricos nunca pudieran llegar a ser “pobres en espíritu”. Pero llegar a serlo les resultaba sumamente difícil. Para empezar, ya era bastante difícil que un rico siquiera *entrara* en el reino de Dios; mucho más aún que reuniera las condiciones necesarias para *poseerlo*. De hecho, Santiago había oído muchas veces a los discípulos relatar el triste y decepcionante encuentro que el Salvador había tenido cierto día con un joven rico que había acudido a hacerle una pregunta. En aquella ocasión, Jesús había afirmado con énfasis: “¡Qué difícil es para los que tienen riquezas entrar en el reino de Dios!” (Marcos 10:23). Naturalmente, en aquel momento los discípulos se habían quedado atónitos. Como la mayoría de sus compatriotas, suponían que, si un hombre era rico, la bendición de Dios debía de reposar verdaderamente sobre él.

Pero Jesús había respondido a su asombro con otra declaración que nunca olvidarían. “Hijos —les había dicho con gran ternura—, ¡qué difícil es para los que *confían en las riquezas* entrar en el reino de Dios! ¡Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios!” (Marcos 10:24–25). Naturalmente, aquello lo explicaba todo. Para entrar en el reino celestial, Dios requería que los hombres confiaran como niños en el don que Él podía darles por medio de su Hijo. Pero el rico tendía a confiar en sus riquezas. Podía comprar cuanto necesitara y le resultaba difícil aceptar un don de valor incalculable sin pagar nada a cambio. Como un camello sobrecargado que intentara en vano pasar por una abertura diminuta, el rico era demasiado “grande”, demasiado confiado en la riqueza que llevaba a cuestas, para pasar fácilmente por una entrada a la vida eterna tan estrecha y, sin embargo, tan sencilla.

Con todo, podía suceder, por supuesto, y Jesús se lo había asegurado a sus discípulos. “Para los hombres es imposible —había dicho—, pero no para Dios, porque para Dios todas las cosas son posibles” (Marcos 10:27). Y así como ningún hombre podría jamás hacer pasar un camello por el ojo de una aguja, ninguna persuasión humana podía lograr que un rico seguro de sí mismo confiara en Cristo, y únicamente en Cristo. Pero Dios podía hacerlo. Y Santiago sabía ahora muy bien que, dondequiera que se hubiera predicado el evangelio, había hombres ricos —no muchos, pero sí algunos— a quienes Dios había abierto los ojos para que recibieran el don de la vida.

Pero era evidente que, si a los acomodados les resultaba tan difícil entrar en el reino de Dios mediante un acto de fe tan sencillo, inmensamente más difícil les resultaba

llegar a *poseer* aquel reino mediante toda una vida de fe. Una y otra vez, la experiencia había demostrado cuán rara vez el suelo del corazón de un rico era verdaderamente fértil para la semilla vivificadora de la Palabra del Salvador. Por lo general, aquel suelo estaba lleno de espinos: las púas afiladas y desgarradoras de los afanes, las riquezas y los placeres mundanos. Solo en contadas ocasiones la semilla del evangelio producía fruto pleno y abundante en la vida de un hombre rico. Podía suceder —para Dios todas las cosas eran posibles—, pero no sucedía con frecuencia.

Así surgía una paradoja sorprendente. Santiago no podía eludir la verdad que encerraba. Era evidente que, en lo tocante a la fe, los papeles del rico y del pobre tendían a invertirse respecto de su situación material. En este mundo, los ricos rara vez aceptaban el don de Dios; pero, cuando lo hacían, su fe tendía a permanecer raquítica y débil. A la inversa, los pobres, cuando eran *ellos* quienes recibían aquel don, tenían poco en la tierra en lo que poner su confianza, salvo en el Salvador que les había dado vida.

De ahí que los ricos tendieran a ser pobres en fe y los pobres, ricos en fe. Y mientras la preocupación por los tesoros de la tierra impedía a menudo al rico entregarse a un verdadero discipulado, el pobre podía consagrar toda su vida a acumular los tesoros del cielo. No era de extrañar, por tanto, que Jesús hubiera dicho en cierta ocasión a sus seguidores:

“No temáis, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha placido *daros* el reino. Vended lo que os pertenece y dad limosna. Hacedos bolsas que no envejezcan, un tesoro inagotable en los cielos, donde el ladrón no se acerca ni la polilla corrompe. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Lucas 12:32–34).

¡Cuánto mejor sería —pensaba Santiago— despojarse por completo de los bienes terrenales que permitir que esos bienes lo privaran de una posesión futura tan gloriosa! El Padre se complacía en *dar* el reino a quienes seguían a su Hijo con abnegación. *Ese* era, evidentemente, el tesoro de valor incalculable en el que los hombres debían invertir con vistas a la era venidera.

Y si, en el caso de una persona concreta, la fe necesaria para ello crecía mejor en un suelo menos colmado de tesoros terrenales, ese era el suelo en el que aquella fe debía cultivarse con el mayor esmero. Si para llegar a ser pobre en espíritu era preciso hacerse pobre en lo material, sin duda valía sobradamente la pena hacerlo. Pues las palabras de Jesús conservaban su validez para todos los tiempos: “Bienaventurados vosotros, los pobres —al menos en espíritu; en su sentido más pleno, enteramente pobres—, porque vuestro es el reino de Dios” (Lucas 6:20).

Santiago era ahora uno de los dirigentes de la iglesia cristiana de Jerusalén. En la carta pastoral que se había visto en la necesidad de escribir a sus amados hermanos cristianos, tantas veces atribulados, les había advertido severamente contra el favoritismo hacia los ricos que pudieran acudir a su congregación (Santiago 2:1–4). Era una tentación muy real, sobre todo porque contar con el favor de un rico podía resultarles muy útil en un momento de crisis. Pero, al hacerlo, era fácil menospreciar a algún pobre, indicarle que ocupara un asiento inferior y tratarlo como si valiera muy poco o nada en absoluto.

Sin embargo, aquello podía resultar un desastroso error de juicio, como Santiago se cuidó de señalar. El rico a quien honraban podía vestir las prendas más elegantes y lucir en el dedo un resplandeciente anillo de oro, mientras que el pobre a quien menospreciaban podía estar sucio y desaliñado; pero ¡quizá el pobre fuera en realidad el más rico de los dos! Santiago escribió con énfasis: “Oíd, amados hermanos míos: ¿No

ha escogido Dios a los pobres de este mundo para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que lo aman?” (Santiago 2:5).

Sí, era cierto, y era precisamente lo que Santiago había aprendido de la vida humilde y las incisivas enseñanzas del hermano que ahora era su Señor. Podía haber ricos que hubieran oído y creído el evangelio del Hijo de Dios, y cabía esperar que de vez en cuando asistieran a las reuniones de una iglesia cristiana. Pero con demasiada frecuencia su fe era lamentablemente escasa. Aunque habían recibido el don de la vida eterna, más allá de esa fe inicial les resultaba difícil confiar en Dios de manera profunda y sostenida.

A la inversa, el pobre que llegaba a creer en Cristo parecía aprender muy pronto las numerosas lecciones de fe que las dificultades y las privaciones podían enseñarle. En tiempo de prueba —pensaba Santiago—, el rico podía apoyarse en su prestigio y sus recursos; pero el pobre tenía poco en lo que apoyarse aparte de Dios. Así, aquel bien de valor incalculable —la confianza en Dios— que los lectores de Santiago necesitaban con tanta urgencia en medio de sus pruebas de tantos matices era precisamente lo que el pobre muy probablemente había adquirido en abundancia. El rico, en cambio, permanecía espiritualmente raquítico: un indigente espiritual en medio de su abundancia material.

De hecho, a menudo parecía que la medida de la fe de un hombre estaba en proporción inversa a la medida de su riqueza. Era, por tanto, un grave error que los lectores de Santiago juzgaran superficialmente a alguien por su manera de vestir. A menudo era el pobre quien, a pesar de sus harapos, resultaba verdaderamente rico: “rico en fe”.

Pero quienes eran “ricos en fe” eran también “herederos del reino” que Dios había prometido “a los que lo aman”. *Herederos del reino*. Aquello significaba mucho más que limitarse a entrar en él. Significaba tener ante sí la perspectiva de grandes riquezas en aquel reino.

Una persona podía entrar en la mansión de un rico, contemplar todos sus espléndidos muebles y ornamentos, e incluso vivir en ella si se le permitía; pero no sería dueña de nada de lo que allí había. A menos que tuviera un derecho legítimo conforme a las leyes establecidas de propiedad o herencia, podía seguir siendo pobre aun viviendo rodeada de bienes de valor incalculable. La mansión era el lugar donde vivía, pero no era verdaderamente suya.

Y así sucedería en el reino de Dios. La entrada en aquel reino estaba asegurada a todos aquellos a quienes el Padre de las luces había engendrado gratuitamente mediante su palabra de verdad. Pero para *heredar* aquel reino —para poseerlo verdaderamente como propio, con todos sus honores y privilegios— era preciso hacerse, aquí y ahora, “rico en fe”.

“A menos que un hombre nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Esas habían sido las palabras de Jesús; y puesto que el nacimiento de lo alto era un don del Padre de las luces, todo el que hubiera nacido de lo alto podía esperar ver aquel reino y entrar en él únicamente sobre la base de la generosa gracia de Dios. Pero *ver* algo y *poseerlo* eran dos cosas distintas. Y aunque el mero acceso al reino de Dios era un privilegio inefable, cargado de maravillosos gozos eternos, había incomparablemente más que eso. De hecho, solo podía intuirse cuán espléndido debía de ser *poseer* el reino al considerar que quienes se limitaban a *entrar* en él podían ser considerados “no ricos”. Con todo, aun para ellos el reino era un lugar espléndido donde vivir.

Pero ser rico *allí* debía de significar poseer riquezas verdaderamente inimaginables. De hecho, aquel pensamiento sobrecogía a menudo al propio Santiago cuando trataba de penetrar con la mirada el velo tras el cual el hombre apenas alcanza a discernir las glorias resplandecientes y los privilegios inefables de un mundo eterno. Y aun el más leve vislumbre de ellos bastaba para extender un manto de sórdida mezquindad sobre todo cuanto esta era llamaba tesoro.

¡Qué maravilloso debía de ser, entonces, el valor último de las palabras del Salvador: “porque *vuestro* es el reino de Dios”! ¡Qué inmensa riqueza debía de encerrar semejante herencia! Todos los gozos y bendiciones inconmensurables del reinado venidero del cielo sobre la tierra: todos ellos heredados por quienes eran pobres en espíritu y ricos en fe. ¿Podía haber un llamamiento más claro y resonante al verdadero discipulado? ¿Podía haber un motivo más poderoso para emprender el camino de la abnegación y llevar la cruz? Santiago, al menos, no podía pensar en ninguno.

Pues allí estaba la meta resplandeciente que elevaba la gratitud hacia un Salvador generoso hasta convertirla en una entrega absoluta. El solo don de la vida que Él les había dado bastaba con creces para inspirar toda una vida de lealtad en cuantos lo habían recibido. Pero ¿compartir su reino y su gloria y poder llamar también “nuestro” a aquel reino? Eso era más de lo que un mortal se habría atrevido a imaginar, de no haberlo prometido el propio Hijo de Dios. Pero Él sí lo había prometido, y Santiago no podía dejar de amarlo por ello.

¡Y ese era precisamente el punto! “¡Herederos del reino que ha prometido *a los que lo aman!*” ¡No a quienes amaban las riquezas o los placeres terrenales, sino a quienes lo amaban *a Él!* Y, una vez más, resonaban en el corazón de Santiago las palabras de aquel sermón del monte: “Nadie puede servir a dos señores, porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se aferrará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24). Había que elegir. Ningún discípulo podía eludir aquella elección. O se amaba al Señor Jesús o se amaba al mundo, pero no era posible amar a ambos. Para quienes ya de por sí tenían poco en esta vida, resultaba más fácil escoger a Dios y llegar a ser ricos en fe. Para quienes tenían mucho, aquella elección resultaba más difícil y se hacía con mucha menos frecuencia.

Así, Dios realmente había “escogido” a los pobres de este mundo para que fueran ricos en fe, pues les había concedido precisamente aquellas circunstancias de la vida en las que semejante fe podía crecer y florecer. ¡Qué agradecido estaba Santiago por el hogar de Nazaret que había compartido con el Salvador! ¡Qué bendición era ser pobre en esta vida si esa pobreza conducía a la riqueza en la vida venidera!

Santiago sentía que había llegado a comprender todo aquello bastante tarde en su vida. Algunos de los primeros discípulos de Jesús, hombres como Pedro y Juan, le llevaban mucha ventaja en el camino hacia las riquezas eternas. Pero Santiago ya había acompasado su paso al de ellos y marchaba tras ellos. Deseaba que todo cristiano hiciera lo mismo.

Para el que tiene sed



Capítulo 10

Para el que tiene sed

Apocalipsis 21:1–8; 22:16–17

Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son verdaderas y fieles. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los temerosos e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda (Apocalipsis 21:5–8).

Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye diga: Ven. Y el que tiene sed venga; y el que quiera tome del agua de la vida gratuitamente (Apocalipsis 22:17).

Pedro y Juan llevaban, en efecto, mucha ventaja a Santiago. Mientras Santiago había permanecido en casa, sin creer todavía en Jesús, Pedro, Juan y los demás miembros de los doce habían seguido al Maestro de un lugar a otro mientras Él sembraba la semilla vivificadora de la palabra del evangelio. Y, salvo en el caso de Judas —que nunca había recibido en absoluto el don de Dios y cuyo discipulado no era sino un mero fingimiento (Juan 6:64, 70–71)—, cada paso que daban los hacía un poco más ricos en el mundo venidero.

Pero ninguno de aquellos doce hombres había recorrido la senda del discipulado durante más tiempo que el apóstol Juan. De hecho, había sido uno de los dos primeros seguidores de Jesús; el otro era Andrés, hermano de Simón Pedro (Juan 1:35–40). Así pues, Juan había estado entre los discípulos que viajaron con Jesús hasta Sicar, del mismo modo que había estado entre quienes se sentaron ante Él mientras predicaba el sermón del monte. A lo largo de los años que pasó en compañía de su Señor, había sentido crecer una cercanía verdaderamente maravillosa con su Maestro.

Por tanto, cuando llegó aquella noche decisiva y Jesús tomaba su última cena con los discípulos, poco antes de morir, fue Juan quien se recostó justo a su lado, a la mesa baja sobre la que estaba servida la cena pascual. Apoyado en el codo izquierdo, con los pies extendidos en dirección opuesta a la mesa, Juan podía inclinar fácilmente la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el pecho de Jesús, quien, recostado del mismo modo, se encontraba justo detrás de él. Y cuando, en el transcurso de aquella cena, quiso hacerle una pregunta al Salvador, eso fue precisamente lo que hizo Juan (Juan 13:23–25). El suyo había sido, pues, un lugar de privilegiada cercanía en aquella cena conmovedora y memorable.

Además, como Santiago y los demás hermanos descubrirían poco después de la crucifixión, Juan era el discípulo a quien Jesús había confiado el cuidado de su madre (Juan 19:26–27). No a sus propios hermanos, que todavía no creían, sino a aquel

seguidor fiel que había estado con Él desde el principio. Era evidente que nadie sobre la tierra gozaba de una relación más estrecha con su Maestro que Juan, hijo de Zebedeo.

Por eso, el Salvador había reservado tareas especiales para este discípulo tan cercano. Para empezar, más adelante habría de escribir un relato de la obra de Jesús en la tierra notablemente distinto de los demás relatos inspirados por el Espíritu de Dios.

En primer lugar, el Evangelio de Juan, a diferencia de los de Mateo, Marcos y Lucas, remonta su narración hasta los primeros momentos de la labor de Jesús como maestro. Y entre aquellos primeros episodios de su ministerio que solo Juan recoge se encuentra el relato de las conversaciones junto al pozo de Sicar. Las revelaciones decisivas que allí se desplegaron acerca del agua viva de la vida eterna y del alimento sobrenatural del discípulo obediente solo se encuentran en las páginas del libro de Juan. El lector de la Palabra de Dios tampoco podía permitirse prescindir de ellas, pues los otros tres Evangelios son como inmensos almacenes de verdad, cuyas puertas solo abre la llave que Juan proporciona. En suma, las enseñanzas posteriores de Jesús —tal como las recogen Mateo, Marcos y Lucas— solo se comprenden de verdad si se leen a la luz de lo que el Salvador había enseñado con claridad desde el principio. Y quedó reservado a Juan exponer aquellas enseñanzas fundamentales de Jesús.

Pero si la perspectiva de Juan se remontaba a las *primeras* revelaciones dadas por el Hijo de Dios, más adelante también habría de consignar sus revelaciones *finales*. Pues Juan escribió asimismo el último libro de la Biblia. Así, podría decirse que se le concedió el privilegio de consignar el Alfa y la Omega —la A y la Z—, el principio y el fin de la verdad de Dios tal como Él la fue revelando en Jesucristo, nuestro Señor.

Juan había sido discípulo, por tanto, desde los primeros tiempos del ministerio del Salvador, y aquel discipulado duraba ya casi cuarenta años. Aunque por entonces ya era un hombre maduro, al escribir el último libro de la Biblia aún sabía lo que significaba tomar su cruz cada día para seguir a Jesús. “Yo, Juan —escribe en el capítulo inicial de aquel libro—, vuestro hermano y copartícipe en la tribulación, el reino y la perseverancia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 1:9). Así pues, allí estaba: exiliado, desterrado por la autoridad romana a un diminuto pedazo de tierra en el mar Egeo, a unos cincuenta y seis kilómetros de la costa de Asia Menor. ¿Y cuál era su delito? Ninguno, aparte de su intrépida proclamación de la Palabra de Dios y de su rotundo testimonio de Jesucristo.

Pero ¿cómo habría podido hacer otra cosa? Durante todos aquellos años había estado comiendo el alimento de un discípulo: aquel alimento que en otro tiempo no conocía, pero que ahora había llegado a amar. Durante todo ese tiempo había entrado con vigor, una y otra vez, en los campos de la cosecha de Dios, sembrando la semilla vivificadora de la palabra de verdad y segando almas para el granero de Dios. Ese había sido el rumbo de la vida de Juan hasta entonces, y seguiría siéndolo hasta el final, costara lo que costase.

Seguir al Señor Jesús entrañaba “tribulación”, era cierto; pero también había un “reino” que poseer y, por tanto, podía haber “perseverancia” en la hora de la prueba. Juan se mantenía firme en medio de todo aquello porque tenía tanto que ganar —tanto que *heredar*— en el mundo venidero. Fueran cuales fueran las fuerzas hostiles del mal que se alzarán contra él, podía *vencerlas* mediante la fortaleza de su Salvador y Señor.

Por fin, Juan está llevando su último libro —el último libro de Dios— a su vibrante conclusión. Tras consignar una larga serie de visiones asombrosas —visiones que

revelan acontecimientos que culminan en el establecimiento del reino del Salvador—, se le permite vislumbrar el nuevo mundo eterno que Dios creará finalmente.

“Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva —escribe Juan—, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado, y el mar ya no existía. Y yo, Juan, vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía de Dios desde el cielo, preparada como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: ‘He aquí que la morada de Dios está con los hombres, y Él habitará con ellos; ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos; ya no habrá muerte, ni tristeza ni llanto. Tampoco habrá ya dolor, porque las cosas anteriores han pasado’” (Apocalipsis 21:1–4).

¡Era una visión sobrecogedora! ¡El cielo había descendido a la tierra! ¡El Dios del cielo habitando entre los hombres! Y todas las miserias que en otro tiempo habían desfigurado el mundo —la muerte y la tristeza, las lágrimas y el dolor— quedaban desterradas, idesterradas para siempre! Casi parecía demasiado bueno para ser verdad.

Pero era verdad. Y las palabras que Juan oyó a continuación lo confirmaron. “Y el que estaba sentado en el trono dijo: ‘He aquí, yo hago nuevas todas las cosas’. Y me dijo: ‘¡Escribe! Porque estas palabras son verdaderas y dignas de confianza’” (Apocalipsis 21:5).

Juan casi había vacilado en consignar la visión que había contemplado, de tan espléndida que era. Pero la voz divina dijo: “¡Escribe! Puedes confiar en ello: *estoy* haciendo nuevas todas las cosas”. Y aquella voz era la voz de Aquel que estaba sentado en el trono del universo, pues, al fin y al cabo, el universo era hechura suya. Y si lo había hecho una vez, ¡podía rehacerlo! De hecho, esa era la promesa que contenían sus palabras. Haría nuevo cuanto había creado antes. Y aquellas palabras eran “verdaderas y dignas de confianza”.

“Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin” (Apocalipsis 21:6).

Todas las letras de la lengua griega, en la que escribía el apóstol Juan, con toda su capacidad para expresar la realidad, se hallan entre alfa y omega. Y todos los acontecimientos de la historia tienen lugar entre el comienzo y el final de la historia. Pero *Dios* es el Alfa y la Omega, y *Él* es el principio y el fin. Él está, por así decirlo, al comienzo de la experiencia temporal de la tierra, y está también en su consumación. Él había hecho el mundo, y Él le pondría fin para hacerlo nuevo. Así, Él dominaba soberanamente todos los acontecimientos de la historia —desde su comienzo hasta su final— para llevar a cabo en ellos sus propios propósitos. Y todo cuanto pudiera decirse con exactitud, en lenguaje humano, acerca del significado de aquellos acontecimientos debía decirse en relación con Él: ¡el Alfa y la Omega!

También por eso Juan no tenía por qué vacilar en escribir la visión que había contemplado. El Eterno abarcaba sin esfuerzo toda la experiencia temporal, así como todo el conocimiento temporal. Todo cuanto pudiera conocerse con certeza acerca del futuro remitía directamente al conocimiento perfecto del Alfa y la Omega. Toda garantía de que aquel futuro llegaría a cumplirse se fundaba en la soberanía perfecta del Principio y el Fin. En suma, Dios —y solo Dios— podía revelar y garantizar el destino del hombre.

Y cada hombre tiene su propio destino, y la voz que Juan oyó continuó describiéndolo.

“Al que tiene sed le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida” (Apocalipsis 21:6).

Esa era la primera categoría cuyo futuro quedaba definido: la del hombre *sediento* que bebía del manantial de Dios. Juan no necesitaba explicación alguna acerca de su significado, pues todavía recordaba Sicar y el pozo de Jacob. La fuente de Dios ofrecía agua viva, y Juan sabía que la vibrante expresión “agua de vida” procedía directamente de las palabras del Salvador a la mujer samaritana.

Ella, sin duda, había estado aquel día entre quienes tenían sed: tan sedienta, de hecho, que estaba completamente dispuesta a beber aquella agua si tan solo conociera su naturaleza y su origen. “Si hubieras conocido el don de Dios y quién era el que te decía: ‘Dame de beber’, tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva” (Juan 4:10). Y aquel día había saciado su sed: la había saciado por completo y para siempre. Porque el Señor Jesús también había dicho: “Quien beba del agua que yo le daré no volverá a tener sed jamás. Pero el agua que yo le daré se convertirá en él en un manantial de agua que brota con ímpetu para vida eterna” (Juan 4:14).

No se había impuesto ninguna condición especial a aquella oferta, ninguna exigencia de que enderezara su vida torcida; nada, en realidad, salvo la sencilla oferta de un don maravilloso. Y ahora, al *final* de la revelación de Dios en Jesucristo, la oferta que Juan acababa de oír del Alfa y la Omega seguía siendo la misma que al *principio*. Seguía siendo un don. “¡Al que tiene sed le daré *gratuitamente* de la fuente del agua de la vida!”

Pero había una segunda categoría de hombres cuyo destino faltaba por describir. La voz procedente del trono continuó: “Al que venza, le daré estas cosas” (Apocalipsis 21:7, *siguiendo la edición del Texto Mayoritario de Apocalipsis*).

Una vez más, Juan no necesitaba ninguna explicación especial. Así como había oído a su Maestro ofrecer tan gratuitamente el don de la vida, también lo había oído ofrecer tesoros que solo podían acumularse a gran precio. Aunque la vida eterna se concedía a cualquier alma sedienta que la deseara, las riquezas del mundo venidero pertenecían únicamente a quienes vivían para Dios como vencedores. Todo creyente nacido en la familia de Dios tendría que afrontar inevitablemente —con la misma certeza con que la noche sigue al día— tanto las tormentas de la prueba como los atractivos de un mundo pasajero de brillo engañoso. Y el creyente en Jesús era llamado a hacerles frente y vencerlos.

El Salvador llamaba, pues, a una vida de abnegación y sacrificio personal, en la que se soportaban dificultades por causa de Él y se rechazaban las seducciones de esta era. Quien quisiera conservar esta vida terrenal la perdería, mientras que quien la entregara por causa de Jesús la salvaría. La senda del discipulado era, por tanto, la senda de la cruz, y recorrerla exigía entrega de sí mismo y pobreza de espíritu.

A diferencia del don del agua viva, recibido de una vez para siempre, semejante experiencia constituía un compromiso continuo que debía asumirse cada día. ¡Era nada menos que compartir constantemente el incomparable alimento del propio Maestro: hacer la voluntad de Dios y acabar su obra!

La vida eterna es *gratuita*. El discipulado es inmensamente arduo. Lo primero se obtiene solo por la fe; lo segundo, mediante una fe que *obra*. Lo primero trae consigo la justicia de Dios, de modo que el hombre es “justificado gratuitamente por su gracia” (Romanos 3:24). Lo segundo desarrolla una justicia personal, fundada en buenas obras, de modo que el hombre también es “justificado por las obras” (Santiago 2:24). Lo primero convierte al creyente en hechura de Dios; lo segundo cumple el maravilloso

propósito para el que el creyente fue creado. Lo primero no le cuesta nada al hombre; lo segundo puede costarle todo, incluida la vida misma. Así, lo primero le garantiza la entrada en el reino de Dios, mientras que lo segundo le garantiza la posesión de ese reino (Lucas 12:32).

“Al que *venza*, le daré estas cosas”. Tal era la declaración procedente del trono. No cabía hacerse ilusiones al respecto. Dios daría el agua viva a un alma sedienta sin imponer condición alguna. Pero solo concedería la posesión del mundo venidero a quienes resultaran victoriosos.

¡Y qué espléndida era la perspectiva! ¡Cielos nuevos, tierra nueva! Una ciudad celestial y resplandeciente que descendía de lo alto, radiante con la exquisita belleza de una esposa magníficamente engalanada para su marido. ¡Oh, poder *poseer* realmente todo aquello! ¡Disfrutarlo hasta la plenitud sin límites de sus infinitas posibilidades! ¡Poder decir aquel día no solo “Estoy aquí”, sino “Todo esto es *mío*”!

El precio era elevado. Jesús nunca había dejado lugar a dudas sobre *ese* punto. ¡Pero aquella herencia valía mucho más —indeciblemente más— que el precio exigido! En semejante herencia había un valor *verdadero*, y ningún tesoro fugaz de la tierra podía compararse con ella ni por un instante.

“Al que *venza*, le daré estas cosas, y yo seré *Dios* para él, y él será *hijo* para mí” (Apocalipsis 21:7).

¡La condición de hijo de Dios! Era un concepto importante en el pensamiento de Juan. Pero el término traducido por “hijo” que la voz procedente del trono ordenaba ahora al apóstol consignar era uno que Juan nunca había empleado antes de aquel modo. Hasta entonces, en todas las obras inspiradas que había escrito —un Evangelio, tres cartas y ahora este libro profético—, cuando se aplicaba a una relación con Dios, aquel término había quedado estrictamente reservado al propio Señor Jesucristo. *Él* era el “Hijo” de Dios en un sentido único y especial, y en ninguna declaración consignada por Juan hasta aquel momento se había llamado así a los creyentes en Él.

En cambio, cuando quería referirse a los creyentes en Jesús como quienes habían sido engendrados por Dios y, por tanto, poseían vida eterna, Juan siempre había recurrido a otra palabra griega para “hijo”, una palabra que significaba sencillamente “niño”. Así, en el lenguaje de este escritor, hasta aquel preciso instante, Jesús era el “Hijo” de Dios, mientras que los cristianos eran sus “hijos” en el sentido de “niños”. Pero en el mundo venidero, acababa de anunciar la voz divina, los “vencedores” serían tratados como “hijos” de Dios.

El pensamiento estaba cargado de implicaciones. Juan sabía que, en el mundo temporal que lo rodeaba, un hijo menor no podía recibir la herencia que le correspondía hasta alcanzar la mayoría de edad civil establecida por la costumbre y la ley vigentes. Podía ser *potencialmente* rico durante todos los años de su juventud; pero, cuando el “niño” alcanzaba la condición de “hijo” plenamente adulto, su riqueza potencial podía convertirse en riqueza *efectiva*, y podía tomar legalmente posesión de su herencia. Así pues, las palabras del Alfa y la Omega que Juan escuchaba estaban cargadas de significado.

Según aquella concepción particular de las cosas que a este apóstol se le había concedido consignar, la “condición de hijo” pertenecía únicamente al vencedor. Juan llamaba “hijos” —en el sentido de “niños”— a todos los que bebían del agua de la vida. Pero la experiencia madura y plenamente desarrollada a la que aquella relación podía

conducir pertenecía únicamente a quienes vencían. A ellos, como a hijos plenamente adultos, Dios les *daría* el mundo venidero.

Es cierto que Juan sabía que un querido compañero de apostolado, Pablo, acostumbraba a llamar a *todos* los hijos de Dios —en el sentido de “niños”— tanto “herederos” como “hijos”. Y, por supuesto, Juan comprendía que, desde cierto punto de vista, lo eran. Si se consideraban los beneficios eternos de la salvación misma como una herencia garantizada a todos los que creían en Cristo, la concepción de Pablo era plenamente válida. Pero el Maestro no había formado a Juan para contemplar las cosas desde aquel punto de vista. Pablo se había hecho cristiano después de que el Salvador dejara la tierra para regresar por un tiempo a la gloria celestial y después de que derramara el don especial del Espíritu Santo sobre todos los que creían en Él. Pablo nunca había sabido lo que era seguir al Salvador en la tierra, como Juan mismo sí lo había sabido. Era natural, por tanto, que la perspectiva de Pablo fuera distinta.

En efecto, la verdad de Dios era demasiado vasta y demasiado grandiosa para ser comprendida desde un único punto de vista, y Juan hacía mucho que había reconocido el enriquecimiento que la doctrina de Pablo había aportado a la iglesia cristiana. Con todo, Juan era fruto de la formación especial del Salvador y, para él, la condición de herederos propia de los hijos plenamente adultos se limitaba a “poseer” el reino y el universo sobre los que Cristo reinaría.

Pablo conocía también aquella forma de herencia. Y aunque hablaba de la condición de herederos que poseían todos los creyentes en cuyos corazones había entrado el Espíritu de Dios, hablaba asimismo de ser “coherederos” con Cristo, condición supeditada al sufrimiento (Romanos 8:16–17). De hecho, cerca del final de su propia vida —tan colmada de aflicciones por Cristo—, pudo escribir: “Si perseveramos en el sufrimiento, también reinaremos con Él. Si lo negamos, Él también nos negará. Si dejamos de creer, Él permanece fiel; no puede negarse a sí mismo” (2 Timoteo 2:12–13). El apóstol Juan podría haber escrito aquellas palabras con la misma facilidad que Pablo.

Reinar con Cristo, declaraba Pablo, depende de que perseveremos en medio del sufrimiento por Él. Al fin y al cabo, el reino que Él comparte con nosotros es suyo porque Él mismo sufrió para obtenerlo. Pero se nos negará el privilegio de compartir aquel reinado si le fallamos aquí en la tierra. Si en esta era nos apartamos de Él por vergüenza, en la era venidera Él se apartará de nosotros avergonzado. “Porque todo el que se avergüence de mí y de mis palabras —había dicho Jesús—, de este se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su propia gloria, en la de su Padre y en la de los santos ángeles” (Marcos 8:38). Que Él nos *negara* aquel día —que se negara a reconocernos y honrarnos— sería, en verdad, una experiencia dolorosa.

Sin embargo, había también una palabra de consuelo. “Si dejamos de creer —había añadido Pablo—, Él permanece fiel; no puede negarse a sí mismo” (2 Timoteo 2:13). Supongamos, en efecto, que en vez de mantenernos firmes en medio de nuestras pruebas, nuestra fe se derrumbara —como de hecho *sí* se derrumbó en aquellos cuyos corazones eran terreno rocoso—. ¿Qué sucedería entonces? ¿Significaría aquello el fin de nuestra relación con Él? ¡De ningún modo! Nosotros podíamos cambiar; Él, no. Fueran cuales fueran las promesas que nos hubiera hecho o los dones que su gracia nos hubiera concedido, Él permanecía inquebrantablemente fiel a todo ello. Actuar de otro modo equivaldría a negar su propia palabra, a negar todo cuanto Él era; en realidad, equivaldría a negarse a sí mismo. Y Él no podía negarse a sí mismo. No, no cabía pensar

en revocar el don de la vida eterna que había concedido de manera tan incondicional. Algo semejante era inconcebible. Como Pablo había afirmado en otro lugar: “¡Los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables!” (Romanos 11:29).

Así pues, Pablo y Juan coincidían en lo esencial, pues ambos habían sido enseñados por el mismo Espíritu de Dios. Sin embargo, Juan, que había tenido el privilegio de estar tan cerca de Jesús durante su vida terrenal, había reservado siempre —hasta aquel momento culminante— el concepto de *condición de hijo de Dios* exclusivamente al Salvador. Ahora, bajo la dirección de aquella voz procedente del trono, debía ampliarlo para incluir también a los “vencedores”, los poseedores del mundo venidero. Las implicaciones de aquella condición de hijo eran maravillosas. A quienes vivieran como vencedores en la tierra se les concedería una relación con Dios de naturaleza semejante a la que mantenía con Él el propio Señor Jesucristo.

Mientras trazaba aquellas palabras sobre la hoja de papiro que tenía delante, Juan recordó algunas palabras anteriores que su Maestro le había encargado consignar y que ahora estaban cargadas de significado. “Al que venza —había dicho Jesús resucitado a Juan— y guarde mis obras hasta el fin, le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro. Como vasijas de alfarero serán quebradas, *tal como yo también la recibí de mi Padre*” (Apocalipsis 2:26–27). Y el Salvador exaltado había dicho también: “Al que venza le concederé sentarse conmigo en mi trono, *así como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono*” (Apocalipsis 3:21).

No, no había lugar a dudas. La porción del vencedor era semejante a la del propio Hijo de Dios en su relación con su Padre celestial. Así como el Padre había dado a su Hijo victorioso un trono y autoridad sobre la humanidad, así también, en un día futuro, aquel trono y aquella autoridad serían compartidos con otros “hijos” victoriosos. *Ellos* eran los herederos del reino de Dios o, como diría Pablo, “coherederos con Cristo” (Romanos 8:17).

Por consiguiente, habían hecho realidad todo el potencial latente en aquel sorbo de valor incalculable del agua de la vida. Por medio de aquel sorbo se habían convertido para siempre en hijos de Dios —en el sentido de “niños”—, pero no se habían detenido ahí. Nutriéndose del alimento del discipulado, afrontando y venciendo sus pruebas terrenales de sufrimiento y privación, habían madurado hasta alcanzar la plena condición de hijos del Dios vivo. Habían entrado en una experiencia con Él modelada conforme a la del propio Jesucristo.

De ese modo habían llegado a tocar de una manera muy especial la realidad última de todo cuanto Dios podía ser para los hombres. Ahora, en un sentido extraordinariamente profundo y pleno de significado, Él era *Dios* para ellos. Era, por supuesto, el Dios de toda la creación, y en ningún momento podía dejar de ser el Dios de toda criatura. Pero para el vencedor era *Dios* de una manera en que no podía serlo para ningún otro ser creado por Él. Porque ahora el vencedor compartía las prerrogativas reales del Hijo único y eterno de Dios. Era, por tanto, maravillosa aquella palabra que había emanado del trono. Había transmitido una promesa inolvidable: “¡Al que venza, le daré estas cosas, y yo seré ‘Dios’ para él, y él será ‘hijo’ para mí!” (Apocalipsis 21:7).

Hasta ese momento, la voz divina había declarado el destino de dos categorías de hombres. A los que tenían sed les ofrecía con absoluta gratuidad el agua de la vida eterna. Ese era el don de Dios. Pero a quienes hacían algo más que beberla, a quienes *también* vencían, les ofrecía en el mundo venidero la condición de hijos con

prerrogativas reales. ¡Y aquello *no* era un don! Había que ganarlo en medio de las luchas y penalidades de una vida consagrada al Señor Jesús y a hacer la voluntad de Dios. Pero ¿qué ocurría con quienes no pertenecían a ninguna de esas dos categorías? ¿Qué ocurría con quienes no solo no vencían, sino que ni siquiera bebían del agua viva de Dios? ¿Cómo podía describirse adecuadamente *su* destino?

La voz continuó: “Pero los temerosos, los incrédulos, los abominables, los homicidas, los fornicarios, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:8).

Era una declaración espantosa. Aquello era el infierno: la trágica morada eterna de todos los que no habían tenido verdadera sed del Dios vivo.

Tras rechazar o desatender la fuente del agua de la vida, un día se encontrarían en un lago ardiente de muerte. Toda posibilidad de saciar cualquier clase de sed habría desaparecido entonces para siempre. Ni siquiera los actos y deseos pecaminosos que marcaban para siempre el carácter de quienes estaban allí podrían hallar ya expresión alguna en una morada donde solo quedaba sufrimiento. ¡En aquel lago no había agua viva! Solo los fuegos del justo juicio de Dios y una existencia interminable tan vacía y carente de valor que ni siquiera merecía el *nombre* de “vida”. Por eso debía llamarse “la segunda muerte”.

En el mundo pasajero —sabía Juan—, el hombre se enfrentaba siempre a la doble realidad de la vida y la muerte. Así sería también en el mundo eterno. Allí habría vida para quienes sabiamente la hubieran hecho suya de antemano, y muerte para quienes no lo hubieran hecho. La primera sería una experiencia interminable en la presencia de un Dios vivo. La segunda sería una experiencia interminable fuera de su presencia, una existencia que había perdido todo significado. La primera garantizaba el bienestar eterno del hombre y, si este vencía, también un privilegio eterno. La segunda ofrecía castigo eterno.

Era evidente que la fuente de la vida y el lago de la muerte eran las dos alternativas del destino humano. El hombre que bebía de la fuente recibía en su interior una corriente cuyas aguas renovadoras, según había prometido Jesús, jamás dejarían de brotar con ímpetu. El hombre que entraba en el lago entraba en una morada de espantoso estancamiento. En ella quedaba definitivamente cegado todo manantial vital que da valor a la existencia humana. Era el fin definitivo de toda utilidad, de todo gozo y de toda esperanza. Aquello era el infierno. Y puesto que la muerte no podía poner fin a tan triste existencia, esta constituía en sí misma una *segunda* muerte.

Sin embargo, todos los incluidos en la lista de quienes tendrían allí su “parte” merecían plenamente un destino tan terrible. Y Juan observó algo llamativo: aquella lista comenzaba con “los temerosos”. ¿Los temerosos? ¡Cuántos había —como Juan sabía por experiencia— cuyos corazones y mentes se encogían de pavor ante lo desconocido y aterrador que, para ellos, se hallaba justo más allá de la tumba! El pensamiento de la muerte y la bruma sombría que envolvía el mundo venidero eran tormentos que se esforzaban por eludir y olvidar. El maravilloso mensaje de vida, la impresionante revelación del amor de Dios manifestado en la muerte de su Hijo por los hombres pecadores: aquellas eran realidades incapaces de penetrar en corazones tan vacilantes.

Su temor ciego e irracional, por tanto, los había alejado de Dios, en vez de conducirlos *hacia* Él. Se habían sumergido en un mundo manifiestamente pasajero, temiendo el día de su muerte, pero sin prepararse jamás para él, hasta que al fin se encontraron

rodeados —para siempre— por un lago de fuego. ¿Quién podía decir que no merecían su destino? El Hijo de Dios había venido y les había ofrecido vida; pero, en lugar de creer en Él y regocijarse en su amor, se habían limitado a tener miedo.

Los siguientes en la solemne lista de los habitantes del infierno eran los “incrédulos”. Evidentemente, pensaba Juan, estos eran hermanos espirituales de los “temerosos”. Los temerosos habían sido, en efecto, incrédulos; pero había también una incredulidad independiente del temor. Ya surgiera de un escepticismo obstinado, capaz de poner en duda la verdad por contundentes que fueran las pruebas que la confirmaban; ya naciera del orgullo del intelecto y del saber, que consideraba la gracia de Dios demasiado sencilla o demasiado insensata para aceptarla; o, en realidad, procediera de cualquier otra fuente, su desenlace era siempre el mismo. Tanto los incrédulos como los temerosos tendrían para siempre su parte en el lago de fuego.

Lo mismo ocurría con los “abominables”. Juan sentía instintivamente que era justo que se los mencionara a continuación, pues el temor y la incredulidad, que apartaban al hombre de Dios y de la salvación que Él ofrecía, eran como raíces venenosas de las que podía brotar todo cuanto hay de degradante y repugnante en la vida humana. De hecho, si podía decirse con verdad que el carácter de un hombre era abominable, era seguro que, de algún modo, carecía de confianza y fe en Dios. Una vida repulsiva era siempre la escultura deforme de un corazón temeroso o incrédulo.

El resto de la lista era, en esencia, un comentario sobre las formas que podía adoptar una vida abominable. El infierno estará poblado por quienes destruyen la vida de otros, los “homicidas”; por quienes desvirtúan el impulso físico mediante el cual se reproduce la vida humana, los “fornicarios”; por quienes se aventuran más allá de los límites legítimos de la vida en busca de contacto con los poderes invisibles del mal que hay a su alrededor, los “hechiceros”; por quienes ofrecen una imagen falsa del Autor de la vida o colocan algún sustituto humano en el lugar que solo a Él corresponde, los “idólatras”; y será, de manera particular, la morada de todos los que tergiversan la realidad, “todos los mentirosos”.

Juan sabía, por supuesto, mientras transcribía aquella lista, que la voz procedente del trono le estaba describiendo el carácter de los hombres tal como quedaba fijado de manera definitiva e inmutable por su rechazo del don de la vida. Era muy cierto que todos los males incluidos en aquella lista se habían encontrado alguna vez, en algún lugar, entre quienes finalmente entrarían en el reino de Dios, incluso entre quienes finalmente heredarían ese reino. Pero *su* carácter fundamental no estaba determinado por su pecado, sino más bien por la gracia de Dios.

“¿No sabéis —había escrito en cierta ocasión el apóstol Pablo— que los injustos no heredarán el reino de Dios? ¡No os engaños! Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los homosexuales, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores heredarán el reino de Dios. *Y algunos de vosotros erais así*; pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Corintios 6:9–11).

El sentido de las palabras del apóstol estaba claro. Aquellos términos ya no podían aplicarse verdadera y plenamente a sus lectores cristianos. Pero eso no significaba que, ni siquiera entonces, hubieran dejado de *merecer* esas denominaciones. Pablo sabía muy bien que en los creyentes a quienes escribía abundaban los rasgos poco atractivos. Había incluso en la iglesia un caso de incesto, por el cual los había reprendido con

indignación (1 Corintios 5:1–2). E inmediatamente antes de consignar su catálogo de los injustos que no podían heredar el reino de Dios, Pablo había acusado a aquellos mismos creyentes de cometer injusticias. “Al contrario —había escrito—, vosotros cometéis injusticias y robáis, ¡y hacéis estas cosas a vuestros hermanos!” (1 Corintios 6:8). Y, sin embargo, acto seguido podía decir: “Pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Corintios 6:11).

¡Qué rica e inquebrantable era la concepción que el apóstol tenía del don de Dios! Sus lectores habían sido “justificados gratuitamente” por la gracia de Dios y eran los privilegiados poseedores de “la justicia de Dios”, que era “para todos y sobre todos los que creen” (Romanos 3:21–26). Nada podía cambiar aquel hecho, por deplorables que fueran sus fracasos. Y Pablo solía exhortar a sus conversos cristianos, no manteniéndolos suspendidos sobre el infierno del que la gracia de Dios los había salvado, sino apelando a que vivieran de acuerdo con lo que ahora eran por medio de aquella gracia.

Por eso, poco después les advierte acerca de la terrible trampa de la fornicación, y *no* los amenaza con la condenación eterna, sino que les pregunta directamente: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una prostituta? ¡De ningún modo!” (1 Corintios 6:15). Y unas frases más adelante dice: “¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y que habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis a vosotros mismos? Porque habéis sido comprados por un precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que pertenecen a Dios” (1 Corintios 6:19–20).

No podía hallarse un llamamiento más elevado ni más eficaz. Desde el punto de vista psicológico, el hombre se comporta de acuerdo con la imagen de sí mismo que procura mantener. Y en el espejo de la palabra de verdad, como lo habría expresado Santiago, el creyente en Jesús contempla “el rostro que recibió al nacer” (Santiago 1:23). Ve en la Palabra de Dios los contornos y el reflejo de aquella nueva identidad que ahora es suya por haber sido engendrado por el Padre de las luces. Es hechura de Dios, una especie de primicias de sus criaturas, y solo al vivir de acuerdo con aquella realidad fundamental hallará una motivación suficiente para llevar una vida santa.

Pablo lo sabía y exhortaba constantemente a sus hermanos cristianos a “andar de manera digna del llamamiento” con que habían sido llamados por la gracia de Dios (Efesios 4:1; Colosenses 1:10; 1 Tesalonicenses 2:12). ¿Querían ver la fornicación bajo su verdadera luz? Que la vieran como algo absolutamente detestable para alguien cuyo cuerpo se había convertido en templo del Dios vivo.

¿Y querían comprender cuán impropia era de ellos la conducta injusta, ahora que habían sido justificados en el nombre del Señor Jesús? Que recordaran que aquellos a quienes podían aplicarse con propiedad términos como “fornicarios” o “idólatras” estaban excluidos por completo de toda herencia en el reino de Dios. Su “parte” —su herencia— estaba en un lago que ardía con fuego y azufre; ¡no así quienes habían sido lavados y santificados por el Espíritu de nuestro Dios! El privilegio de heredar el reino de Dios era para ellos una esperanza viva y vibrante. Por tanto —daba a entender Pablo—, debían vivir como quienes deseaban alcanzar aquella herencia, no como quienes no tenían esperanza alguna de recibirla.

Sí, Juan lo comprendía: el catálogo de los habitantes del infierno era un catálogo de quienes no habían sido lavados, santificados ni justificados por el generoso don de Dios.

A los ojos de Dios, el hombre solo podía hallarse en una de dos condiciones. O bien era hechura suya, una especie de primicias de sus criaturas, poseedor de una justicia otorgada gratuitamente por su gracia; o bien era temeroso, incrédulo, abominable o cualquier otra cosa en que una vida pecaminosa lo hubiera convertido. Quienes recibían el don de Dios y se convertían así en hechura suya podían heredar el reino venidero. Pero quienes nunca habían recibido aquel don no podían heredar sino un lago de fuego. “¡Pero los temerosos, los incrédulos, los abominables, los homicidas, los fornicarios, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos *tendrán su parte* en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda!” (Apocalipsis 21:8).

Si aquella era la sombría realidad a la que se enfrentaban quienes morían en sus pecados sin haber probado jamás el agua de la vida, era inevitable que el último libro de la santa Palabra de Dios hiciera resonar un último llamamiento a los hombres para que bebieran de aquella agua. Y era apropiado que Juan, que había consignado el primer llamamiento junto al pozo de Sicar, fuera escogido para escribir también este último. A él le correspondía, al parecer, consignar el alfa y la omega, el principio y el fin de la oferta de agua viva del Salvador.

Juan acababa de llegar a su última hoja de papiro, y la voz que ahora oía hablarle era inequívocamente la de Aquel mismo que, tantos años atrás, se había apoyado, fatigado, en el pozo de Jacob. Los tonos y las inflexiones eran los mismos —Juan los conocía bien—, pero ahora tenían una resonancia que había faltado aquel día en la voz de un Salvador fatigado y sediento. Había sido verdaderamente hombre aquí abajo, en la tierra, así como ahora lo era allá arriba, en el cielo, aunque participaba ya de la vitalidad de una vida resucitada.

El Resucitado hablaba: “Yo, Jesús, he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la Raíz y la Descendencia de David, la Estrella resplandeciente de la mañana” (Apocalipsis 22:16).

El despliegue de preciosas revelaciones destinadas a instruir a las iglesias cristianas había llegado a su fin. Y la voz que daba testimonio de ellas era la de Aquel que era a la vez Dios y hombre. Era la raíz de David porque era su Hacedor, pero también era descendiente de David. De hecho, muchos años antes, con ocasión del anuncio de su futuro nacimiento, el ángel de Dios había dicho a María: “Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lucas 1:32–33). Ese era, pues, su destino como descendiente de David, y eso era lo que hacía de Él la mayor esperanza de la humanidad. En un mundo envuelto en la oscuridad del pecado y en la ignorancia de su Hacedor, Él era la Estrella de la mañana, el heraldo de un nuevo día y un nuevo mundo, en el que las horas más oscuras de la tierra quedarían por fin disipadas por su venida y su reino. Pero, entretanto, había un mensaje que proclamar.

La voz de Jesús continuó: “Y el Espíritu y la Esposa dicen: ‘Ven’. Y el que oye diga: ‘Ven’. Y el que tiene sed venga; y el que quiera tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17).

Juan sintió que se le formaba un leve nudo en la garganta mientras escribía aquellas palabras. Los años no habían disminuido en absoluto su profundo aprecio por el don de Dios, y con los ojos de la memoria todavía podía ver a su Maestro hablando con la mujer de Samaria mientras Juan y sus compañeros regresaban de Sicar con sus provisiones. ¡Qué atónitos se habían quedado al contemplar aquella escena! Pero no tardaron mucho en comprender, gracias a la hábil enseñanza del Salvador acerca del alimento espiritual,

que Él le había estado diciendo “¡Ven!” a aquella mujer y que quería que sus discípulos lo dijeran también. Quería que dijeran “¡Ven!” a todos aquellos a quienes los enviara y que proclamaran por todas partes que su agua viva estaba al alcance de todos. Ese era el mensaje del Espíritu Santo. Ese sería el mensaje de toda la iglesia cristiana, la Esposa de Cristo (Efesios 5:25–32).

Y ese *debía* ser el mensaje de todo el que lo oyera. ¡Era una proclamación gloriosa! Solo quienes tuvieran el corazón embotado podían dejar de transmitirla. Y nadie podía tener el corazón *tan embotado* y ser, al mismo tiempo, un verdadero discípulo.

Decir “¡Ven!” a un mundo necesitado era la responsabilidad suprema de los discípulos. Y decirlo de manera constante y fiel durante toda la vida implicaba a menudo esfuerzo, sacrificio y sufrimiento. Pero era también un privilegio inefable, una experiencia emocionante y vigorizante, como saborear algún alimento celestial. ¡Y era alimento celestial! El propio Señor de la gloria lo había comido mientras estuvo aquí en la tierra, y quienes tenían hambre de conocerlo más y de poseer el mundo eterno sobre el que algún día reinaría podían comerlo también. *Él* les había dicho “¡Ven!”; *ellos* podían decir “¡Ven!” a otros.

Pero, aunque el discipulado, tal como lo enseñaba el Señor Jesús, estaba invariablemente asociado a esta clase de obediencia a la voluntad de Dios y a llevar a término esta clase de obra para Él, el agua de la vida estaba invariablemente asociada a la generosidad incondicional de Dios. La pobre mujer que aquel día se encontraba ante el Salvador, junto al pozo —aunque pudiera parecer demasiado indigna incluso para escuchar aquella oferta—, era precisamente el tipo de persona que mejor ejemplificaba lo que realmente es la gracia de Dios. Si su vida hubiera tenido el menor mérito, la lección quizá no habría quedado tan clara. Y si se le hubiera pedido que la hiciera digna, tampoco habría quedado clara. Porque la lección tenía que ver con un don. Y con un don no cabe negociación alguna: solo dar y recibir.

Y ahora, mientras Jesús resucitado hablaba por última vez del agua viva, no había el menor rastro de negociación. “Y el que tiene sed venga; y el que quiera tome del agua de la vida gratuitamente”. No se exigía ninguna condición especial ni mérito alguno, ni se imponía ningún compromiso vinculante para el futuro. ¿Quién podía tomar de aquella agua? ¡El que tenía sed! Pero ¿era incluso *eso* una condición demasiado exigente? Pues entonces, sencillamente, ¡el que *quiera*! “¡El que quiera, que tome!”

La salvación no podía ser más sencilla. Ni más clara. Vida eterna, con solo tomarla. Y los únicos que quedan fuera son quienes no la quieren. Era, por tanto, la dádiva perfecta, que colmaba la idea más elevada que el hombre pudiera formarse de lo que debe ser un don: ítotalmente, inefablemente, absolutamente *gratuita*!

“Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’, tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva” (Juan 4:10). Y ella *había* pedido. Había preguntado si Él era el Cristo. Y Él *había* dado. Le había dado aquella verdad portadora de vida al revelarle que Él *era* el Cristo: “Yo, el que habla contigo, soy Él” (Juan 4:26). Ella había creído aquella verdad y así poseía agua viva.

¡Pero entonces comenzó el hambre! El hambre de regresar a aquella pequeña aldea y decir a los hombres de allí: “*¡Venid! Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo?*” (Juan 4:29). Pero todo aquello era perfectamente natural. Su sed la había conducido a la vida eterna, y su hambre la conduciría a ser heredera en la eternidad. Esa es la experiencia que corresponde a todo el que cree en el Señor Jesús.

Para el que tiene sed

Porque, al fin y al cabo, ilos que tienen sed viven, pero los que tienen hambre heredan!